REYES
DE LA
MONTAÑA

edebé

REYES
DE LA
MONTAÑA

edebé

REYES
DE LA
MONTAÑA

edebé

REYES DE LA MONTAÑA

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Paula Jarrín, Sr. Óscar López, Sra. Rosa Navarro Durán y Sra. Care Santos.

Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinadora de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Fotomontaje y diseño de cubierta: Aurora Iraita
Imágenes: Unsplash

ISBN: 978-84-683-7231-0

A mi madre, que siempre confió.

El fin del mundo dio comienzo poco antes de la medianoche de un miércoles, hora peninsular.

PRIMERA PARTE Fin

La convivencia crea lazos de afecto. Los crea y los fortalece. Ramón se lo había dicho al grupo varias veces, tantas que quizá la frase, en lugar de convertirse en una especie de lema, como él pretendía, había perdido parte de su sustancia y su fuerza. Pero era su objetivo principal, crear lazos en un hatajo de chavales que carecía de ellos. Tal y como Ramón lo veía, el problema que todos ellos tenían, lo que les había llevado a la situación en la que se encontraban, era la falta de redes afectuosas. O el afecto mal entendido, que para él venía a ser lo mismo. La acelerada evolución de la sociedad en los últimos años, sobre todo desde las dos últimas décadas del siglo veinte, había llevado a que una gran mayoría de las personas careciera de una mínima urdimbre de cariño. Había adultos que no eran capaces de sobrellevar esa falta, pero en los adolescentes la cosa empeoraba. Y mucho. Porque la adolescencia es sin duda la etapa de la vida donde más importancia tienen las amistades, y Ramón sabía muy bien que una sola amistad valía más, mucho más, que miles de seguidores en las redes sociales; un único amigo merecía más la pena que un armario lleno de ropa de la mejor marca, que dinero a espuertas, que cien mil «Me gusta», que un móvil de última generación. Ramón había sido joven cuando la única red social era el grupo de chavales del barrio y del colegio, cuando había móviles, sí, pero suponían más bien una rareza, una extravagancia. Ramón había sido joven cuando existía el aburrimiento, eso le gustaba decir.

Aquel viaje que hacían ahora lo había hecho él montones de veces con grupos similares y con un elevadísimo porcentaje de satisfacción. Solía funcionar muy bien la combinación de naturaleza y convivencia. Salían a relucir el esfuerzo y la solidaridad. Surgía, aunque poco a poco, el compañerismo. La amistad. Con eso Ramón se daba por satisfecho.

Ese alto porcentaje positivo tenía mucho que ver con la labor previa de evaluación de los chicos, cuando Ramón y el resto del equipo estudiaban a conciencia y seleccionaban a los elegidos. No todos los internos del Centro de Menores eran aptos para participar en una excursión de varios días a la montaña, los había demasiado violentos, los había con varios intentos de fuga ya a sus espaldas y ni Ramón ni sus jefes querían correr el riesgo de perder a un interno en mitad de ninguna parte.

Con aquel nuevo grupo el monitor estaba convencido de que tendría éxito. No sería fácil, pero, por otra parte, nunca lo era. Si fuera fácil, no tendría mucho sentido hacer el viaje. Diez chavales, seis chicos y cuatro chicas, problemáticos todos ellos, con una lista de

roces y encontronazos con las autoridades ya considerable para su corta edad, pero diez chavales en los que Ramón había entrevisto una luz que le hacía tener esperanzas. Pese a su juventud y a sus rasgos a medio camino de la infancia recién abandonada y de una madurez aún distante, no eran ángeles. Pese a que alguno se lo proponía y adoptaba poses, muecas o miradas que lo pretendían, tampoco eran demonios. Ramón sabía lo primero y estaba convencido de lo segundo.

Según la ley, los diez chicos eran culpables, pero su monitor (y su equipo) sabía que no se les podía echar toda la culpa. En ese sentido no bastaba con acusar a la sociedad en general, convenía especificar, y ahí entraban en no pocos casos los padres, que confundían las muestras de afecto con billetes de veinte o cincuenta euros, pero también la soledad más absoluta, las familias rotas, la falta de asideros, la creencia de que todo es lícito cuando se es joven, la incapacidad de empatizar. Hurtos, robos, trapicheos, eso era lo que figuraba en los expedientes de cada uno de los chicos. A cada expediente Ramón y su equipo añadían una ficha en la que evaluaban sus progresos desde la llegada al Centro. La idea no era que cumplieran una condena de equis meses ingresados, sino que cuando recuperasen su libertad fueran capaces de desarrollar unos lazos de afecto que más adelante les sirvieran como tablas salvavidas. Porque toda vida corre en algún momento peligro de naufragar.

En el vehículo había capacidad para quince plazas, además del conductor, pero el escaso espacio para el equipaje hacía necesario dejar al menos una fila entera de asientos libre para colocar las mochilas y las tiendas de campaña.

Llevaban casi dos horas desde que habían abandonado la carretera propiamente dicha y se habían internado por una serie de caminos de tierra que zigzagueaban, ascendían y bajaban como si los hubiera trazado un loco con mala uva. Alguno de los chicos dormitaba, o al menos lo intentaba; otros se mantenían aislados, concentrados en sí mismos; ninguno atendía con verdadero interés a las constantes indicaciones de Ramón, quien, mientras conducía, señalaba algún punto en el paisaje y pronunciaba el nombre con el que se le conocía localmente, o refería una pequeña leyenda o recordaba una anécdota vivida con un grupo anterior.

Por fin, tras un recodo, apareció ante ellos el refugio, un edificio de piedra y techos inclinados que se levantaba al borde de una pinada. Pero no se trataba del final del trayecto, tan solo del lugar donde dejarían el vehículo e iniciarían el viaje a pie.

Había un coche de color verde aparcado en un lateral.

Ramón hizo sonar el claxon.

Unos instantes después se abrió la puerta y se asomó una pareja de unos treinta años. Claudia y Miguel. Eran los encargados de supervisar el estado del refugio cada cierto tiempo, y habían quedado con Ramón en que los esperarían allí con una pequeña sorpresa.

—Bien —anunció Ramón en cuanto apagó el motor—. Este es nuestro campamento base, chicos. Aquí dejamos la civilización y nos adentramos en la naturaleza. Por eso, gracias a Miguel y a Claudia, vamos a disfrutar de una comida de despedida. Será la última que no tendréis que preparar vosotros mismos en dos semanas, así que aprovechaos y no le hagáis a los cocineros el feo de dejar algo en los platos.

En el interior del edificio descubrieron que Claudia y su novio habían preparado una mesa alargada de madera basta para doce comensales, con ensalada, queso, paté y unas enormes chuletas que se cocinaban en una parrilla.

—Mirad ese cuadro —dijo el monitor, señalando un bodegón en la pared del fondo de la estancia que servía de comedor—. Feo de narices, ¿verdad?

—No quería decirlo, por si acaso lo habías pintado tú —dijo Germán.

—No, ni idea de quién lo hizo. De todos modos, lo bueno está detrás. —Ramón se subió a una silla y descolgó el cuadro para dejar a la vista una simple caja fuerte empotrada en la pared—. Como os dije, todo aparato electrónico, dispositivo móvil, etcétera, que llevéis con vosotros, se queda aquí hasta que volvamos.

En el Centro funcionaba un régimen de tolerancia cero con los teléfonos móviles. Los internos no podían tener móvil propio, solo se les facilitaba por buen comportamiento en determinadas ocasiones y estaba prohibido encenderlos fuera de un horario muy estricto y siempre bajo supervisión. Había, además, inhibidores de señal por si alguien pretendía incumplir la norma.

—Este es el último punto donde encontraremos cobertura —continuó Ramón—, así que no tiene sentido cargar con algo que no vais a utilizar. Anillos, pulseras, pendientes, cualquier cosa que podáis perder, también os recomiendo que la metáis, pero eso es decisión

vuestra. Para lo otro no hay opción: se queda aquí, ya os lo avisé. Dos semanas sin conexión con el mundo exterior. Os digo una cosa, cuando volvamos, apuesto a que no tenéis prisa en encender el móvil. Es más, si alguno aguanta unos días más sin encenderlo, le daré un premio. Ya pensaré en algo.

Cuando terminaron de comer, Ramón ordenó a los chicos que se repartiesen la faena de recoger la mesa y fregar los platos y cubiertos, mientras él repasaba el plan con Claudia y Miguel.

—Supongo que el día 15 llegaremos a media tarde, pero mejor que estéis ya aquí algo después del mediodía, por si nos adelantamos.

—Sin problema —dijo Miguel.

—¿Tú te llevas el minibús?

—Sí. Claudia el coche y yo el minibús. Y tendré el depósito lleno para el día 15.

—Perfecto. —Ramón desplegó entonces un enorme mapa sobre la mesa ya limpia y llamó a los chicos—. Ahora estamos aquí —señaló, y colocó la yema de su índice sobre una de las esquinas del plano—, y vuestro universo, *nuestro* universo, va a ser toda esta zona —pasó su mano por la amplia zona central del mapa y luego procedió a indicar los puntos más representativos—: bosques, predominan los pinos, pero también hay castaños, robles, ya iremos viendo cómo identificarlos; el río Erza, como veis, hay también varios arroyos, estas líneas de aquí y de aquí, pero no tienen nombre, todos van al Erza o desaparecen sin más, lo importante es que no nos faltará el agua, usaremos uno para beber y otro para limpiar la ropa y asearnos nosotros mismos; el lago; la aldea abandonada, Grandesa... Aquí montaremos el campamento —dijo, marcando otro punto.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —quiso saber Paula.

—Eso va a depender del ritmo con que os mováis. Pero debemos irnos ya para que no se nos haga oscuro. Así que en marcha.

Se miraron unos a otros y, por turnos, salieron del refugio. El último baluarte de la civilización.

La convivencia crea y fortalece lazos de afecto, decía Ramón.

O todo lo contrario, pensó Eva, que fue la primera en colocarse la mochila a la espalda.

EVA MARÍA GOSÁLBEZ VELASCO: delitos relacionados con drogas. Trapicheos, venta al menudeo. Huida de la casa familiar, donde residía con su madre y la pareja de esta, un ciudadano argentino que menospreciaba a Eva y la animaba a marcharse para que no entorpeciera su relación. Para pagarse un techo comenzó a trabajar con un camello al que conocía de antes, él le servía la droga que ella vendía en la zona de bares y discotecas. Fue detenida en varias ocasiones y devuelta a la casa materna, de donde no tardaba en escapar de nuevo. Le ofrecieron prostituirse para ganar más dinero, pero siempre se negó. Para Eva su cuerpo era el único templo que le quedaba. Finalmente, en una redada hecha de madrugada, la sorprendieron con una cantidad de coca demasiado grande para pasarlo por alto. Así acabó internada en el Centro de Menores, y su destino se cruzó con Ramón, un tipo idealista que quiso ver en ella algo que nadie más había visto. Quizá porque nadie se había preocupado de mirarla de verdad.

Cuando logró abrir una grieta en los muros que Eva había erigido a su alrededor, se decidió a preguntarle por el significado del curioso tatuaje que lucía en la muñeca:

-. --- / -- . / ...- . -. -.-. . .-. .- -.

—Es morse —respondió Eva.

—Ya sé que es código morse. —Se rio Ramón—. Pero nunca he sido capaz de entenderlo, y te aseguro que lo intenté más de una vez. Venga, dime, ¿qué pone ahí?

—No me vencerán.

A Ramón le gustó la frase como declaración de principios. La rebeldía es habitual en la adolescencia, pero en aquellas tres palabras Ramón entrevió una seguridad que desdecía el aspecto exterior de Eva (su cuerpo menudo, el pelo liso, los ojos verdes, extraños). Eva era consciente, a sus dieciséis años, de que toda vida está plagada de derrotas, muchas pequeñas y alguna que otra grande y terrible, pero ninguna definitiva. No hay derrotas definitivas mientras uno siga vivo y esté decidido a seguir en pie.

Eso le gustó a Ramón de Eva, su confianza en salir adelante. Estaba convencido de que, con apoyo, sus trapicheos y su paso por el Centro serían solo el rastro de una etapa confusa.

Desde el primer momento la incluyó en el reducido grupo que

viajaría a la montaña.

* * *

Solo fue necesario alejarse unos metros para que el refugio quedase oculto tras los pinos, y con él, con aquel pequeño edificio aislado, desaparecía también el último puente que los unía al mundo de los humanos.

En una fila irregular, en la que los chicos avanzaban por parejas o en subgrupos reducidos de tres o en algunos momentos de cuatro, siempre con Ramón a la cabeza, la comitiva se adentró en aquel territorio silvestre y distante. Ya no había sendas por las que guiarse; la vegetación, cada vez más frondosa y colorida, lo cubría todo, así que eran ellos mismos los que tenían que abrir nuevos caminos. Ramón no perdía oportunidad de hacerles ver sutiles paralelismos con sus propias experiencias vitales: «Es bueno atreverse a abrir nuevos caminos y no limitarse siempre a ir adonde ya han ido otros antes que tú».

O: «No permitáis que sean otros los que guíen vuestros pasos».

Llegaron al lugar que el monitor había elegido para acampar cuando la luz del día ya menguaba, por lo que se apresuraron a montar las tiendas. Había cinco en total: una para Ramón, dos para las chicas y otras dos para los chicos. Las colocaron formando un semicírculo y luego se ocuparon de recoger leña para la hoguera.

El punto escogido se hallaba en un llano en el corazón del bosque, a muy pocos metros de un arroyo que les serviría para asearse, lavar la ropa y limpiar los platos y cubiertos.

Durante las dos semanas siguientes se dedicaron a realizar senderismo, un poco de barranquismo y otro tanto de espeleología, a bañarse en el lago y explorar las ruinas de Grandesa, la aldea abandonada a unos kilómetros del campamento, en la que solo quedaban unas pocas paredes en pie. Ramón les enseñó a pescar y a preparar luego el pescado para cocinarlo; les enseñó a cazar algún conejo y a quitarle la piel para asarlo, a buscar nidos y a reconocer algunas raíces comestibles. También practicaron diversos juegos de orientación y trabajo en equipo, y al anochecer, alrededor de la hoguera, contaban historias. Ramón puso las normas: cada noche debían participar tres de ellos, no importaba si eran tres historias diferentes o una sola contada entre los tres, tampoco importaba si se trataba de una historia de ficción o algo que les hubiera sucedido a

ellos. Los primeros días era el propio Ramón quien elegía a los narradores, pues no había voluntarios, pero después su empeño surtió efecto y todos acabaron participando con gusto. Incluso Nando, el más callado, y Paula, la más vergonzosa.

Como casi siempre ocurría, a pesar de las diferencias de caracteres entre ellos e incluso de las claras tiranteces entre algunos, paso a paso el grupo fue transformándose en algo semejante a un equipo en el que todos, en mayor o menor medida, colaboraban. A partir del séptimo día, Ramón les concedió un grado de libertad del que hacía meses que ninguno de ellos disfrutaba.

Así, cuando llegó el momento de regresar a la ciudad, cundió el desánimo en los diez chicos.

Ramón les dio entonces el discurso que había redactado años atrás y que repetía al final de cada excursión, les pidió que no perdieran el espíritu, que no olvidaran el beneficio del trabajo en equipo, que no se asustaran a la hora de buscar nuevos caminos cuando abandonasen el Centro de Menores...

Recogieron el campamento, se aseguraron de no dejar basura tras ellos y emprendieron la marcha sumidos en un silencio producto ya de la nostalgia.

El fin del mundo dio comienzo poco antes de la medianoche de un miércoles, hora peninsular. Pero ellos no lo supieron entonces, acababan de instalar el campamento. Estaban en el interior del bosque, en una posición tan elevada y aislada de la civilización que no podían ni imaginar lo que ocurría. Ninguno de ellos tuvo el menor presentimiento.

Todos, en algún momento, se habían considerado invencibles, habían creído que su juventud era eterna y los protegía. Pero no era así.

FRANCISCO MOLINA REYES, TICO: su destreza innata con la informática, unida a su escasa habilidad en las relaciones sociales y su poco esfuerzo académico, le llevó a jaquear el sistema del instituto para falsificar sus calificaciones. Le pillaron, pero en lugar de servirle de escarmiento, lo que hizo fue motivarlo a probar cosas más difíciles. En poco tiempo consiguió las claves de acceso a las cuentas bancarias de diversos vecinos y amigos de sus padres, y no mucho después probó a colarse en la base de datos de un banco local. Le pareció demasiado pronto y arriesgado intentarlo con uno de los grandes, pero aun así le cogieron y una rápida investigación sacó a la luz una cuenta en la que almacenaba ya varios miles de euros. Menos de los que quería llegar a tener y muchos más de los que podía justificar su paga semanal.

Su mala forma física, alrededor de ochenta kilos de peso en un cuerpo de poco más de uno sesenta, provocó que disfrutara menos que los demás de las actividades y del viaje, y también que fuera el último en entrar en el refugio.

* * *

También fue el último en ver que allí no había nadie.

A Ramón ya le había extrañado sobremanera la ausencia de los vehículos frente al edificio. Pensó en algún tipo de imprevisto que hubiera retrasado a Claudia y a Miguel, pues tenía absoluta confianza en ellos y en ninguna otra ocasión anterior les había tenido que esperar, siempre estaban allí cuando él llegaba con el grupo de turno, con una comida en la mesa para darles la bienvenida. Quizá alguno de los vehículos había pinchado, o se había producido un accidente... Ni se le pasó por la cabeza que la pareja se hubiera equivocado con la fecha de recogida o se hubiera olvidado; conociéndolos, eso era sencillamente imposible. Aceleró el paso, desoyendo las protestas de alguno de los chicos, sobre todo de Tico y Paula, los más rezagados.

La puerta del refugio nunca estaba cerrada con llave, para que pudiera acceder a su interior cualquiera que se hallase en la zona y necesitara guarecerse de una tormenta. Pero no había nada en él, ni comida ni señal de que alguien hubiera pasado por allí en al menos una semana. Estaba todo tan ordenado y limpio que Ramón creyó muy probable que nadie hubiera entrado desde el mismo día que ellos se habían ido.

Extraño.

En su ánimo, el enfado pugnaba con la alarma. Descolgó el cuadro y abrió la caja fuerte, donde habían dejado sus teléfonos móviles. Los fue colocando sobre la mesa y encendió el suyo.

Mientras tanto, los chicos habían ido entrando también, y cada uno cogió con cierta avidez el suyo. Solo Eva, Nando y Yasser permanecieron inmóviles al recordar el desafío que les había planteado Ramón, pero este parecía haber olvidado su oferta de un premio para quien más aguantase sin recuperar el móvil. Al instante, toda la atención del monitor y de los chicos que habían encendido sus teléfonos se concentró en la repetitiva serie de avisos acústicos que les informaba de las llamadas perdidas y los mensajes que les aguardaban.

—¡Siete llamadas de mi madre! —exclamó Alicia—. Pero si nunca me llama.

—Yo tengo de mi padre, de mi madre, de mi hermano… —dijo Luke, sorprendido.

También le aparecían varias llamadas más de amigos y de su tía Carmen.

Ramón notó que se le formaba un nudo en la boca del estómago. La sensación de alarma venció definitivamente al enfado. La lista de llamadas perdidas que le mostraba su móvil era interminable, como las de los demás. Familiares, personal del Centro, amigos… De su novia había casi una decena de llamadas. ¿Qué significaba todo aquello?

Pasó a la aplicación de mensajes y vio que tenía cientos de ellos.

—¡Joder! —gritó Germán—. Mirad este vídeo. Me lo ha pasado mi hermana por WhatsApp.

Nando, Yasser y Eva no aguantaron más y cogieron también sus respectivos móviles.

Germán colocó su teléfono de modo que los demás pudieran ver el vídeo. En él se mostraba una imagen tomada desde un piso alto, que Germán reconoció como su propia casa. Abajo, en las calles, había una enorme caravana de vehículos que apenas se movía. La voz asustada de la hermana de Germán se oía por encima de un alboroto de pitidos de claxon:

«Todos se van…,

todos…

Pero es que no hay adónde ir…».

—Yo he recibido montones de vídeos también —dijo Alicia.

—Y yo —añadió Luke.

Todos los habían recibido.

Vídeos y mensajes de texto que hablaban de un estado de emergencia.

En otro de ellos, que había recibido Tico, se veía también una caravana infinita de coches, quizá la misma, pero ahora, como no se movían, mucha gente había decidido apearse y alejarse caminando. Algunas personas discutían entre ellas, otras se limitaban a correr…

—Pero ¿qué es esto?

—¿Qué está pasando?

Un vídeo en el móvil de Alicia mostraba un gran incendio. Otro la llegada de vehículos militares llenos de soldados. Otro más lo que parecía ser una pelea multitudinaria en un hipermercado, gritos, golpes, carreras.

Todo sonaba a escenas extraídas de alguna película de apocalipsis. De *The Walking Dead* sin zombis.

Ramón se apartó un poco de los demás y leyó todo lo rápido que pudo los mensajes de texto que le habían llegado. De su novia, de sus padres, de su grupo de amigos más íntimos. Era difícil captar un sentido claro. Los remitentes de los mensajes los habían escrito con prisas, sin preocuparse por corregir los errores que cometían sus dedos nerviosos en el minúsculo teclado. Algunos, por culpa del autocorrector, resultaban indescifrables, puros enigmas. Otros habrían sido cómicos de no ser por la situación.

Un virus.

Al parecer, las noticias habían sido confusas al principio, y como había ocurrido de noche mucha gente no se enteró hasta el día siguiente. Miles de personas se levantaron por la mañana y acudieron a su lugar de trabajo sin ser conscientes de que el mundo había comenzado a desmoronarse. Del origen del virus no se sabía apenas

nada, tal vez una inesperada mutación natural, o un escape de un laboratorio producido por un error humano, quizá un ataque terrorista. Se propagaba de formas muy variadas y actuaba con una velocidad vertiginosa que impedía su cura mediante cualquier tratamiento conocido. La gente moría el mismo día que se infectaba. Se transmitía en el aliento, en la saliva y el sudor, la tasa de mortalidad crecía hora tras hora, sin freno.

«Huimos, tenemos que huir», decía Silvia, la novia de Ramón, en un archivo de audio que había sido enviado once días antes de que él encendiera su móvil. El llanto ahogaba por momentos su voz. «Ponte a salvo, Ramón». Once días.

¡Once!

Más vídeos. Algunos sacados de la televisión o YouTube, otros rincones del mundo sufrían igualmente el impacto del virus. Era imparable. No había espacio para tantos muertos. Se prendía fuego a edificios enteros en cuyo interior solo había cadáveres, o se los apilaba en las plazas y se rociaban con gasolina, pero el virus sobrevivía incluso al fuego, eso aseguraban los informes más alarmistas.

En otro se veía una imagen distante de una de las pistas de un aeropuerto. Unos vehículos militares rodeaban un avión. Según el rótulo se trataba del Aeropuerto Josep Tarradellas de Barcelona, y en el avión había varios pasajeros infectados. De pronto se abría una de las puertas y varias personas saltaban, a pesar de la altura considerable que los separaba del suelo.

Paula había roto a llorar.

—¡Oh, madre mía! ¡Mirad esto!

En la pantalla de su móvil aparecían hileras de cuerpos tapados con mantas y sábanas. En la parte inferior se podía leer:

«París, hoy a las 12 horas».

—Pone «hoy» —dijo Nando—. ¿Cuándo es «hoy»?

Paula detuvo el vídeo y miró la fecha en que le habían enviado el archivo.

—El viernes. Pero… no el viernes pasado, fue el anterior. Cinco días después de que viniéramos aquí.

Ramón salió de la aplicación de mensajería y pasó a la de contactos. Seleccionó el primero, el de su novia, AASilvia, y pulsó el botón de llamada.

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

Seleccionó a continuación el de su padre.

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

El de su madre.

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

Probó con varios más, de amigos y compañeros de trabajo. El resultado fue el mismo, aquel mensaje mecánico que se le empezaba a antojar una broma macabra.

De pronto se le ocurrió probar con Emergencias, el 112. Lo tecleó y contuvo la respiración.

Esta vez no sonó un mensaje automatizado, solo un interminable pitido discontinuo.

—Llamad —dijo a los chicos—. Llamad a alguien, a quien sea. Venga, llamad.

Lo miraron. Costaba apartar la mirada de los vídeos y los mensajes, pero todos acabaron por hacer lo que el monitor les decía.

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

Nadie respondía a sus llamadas.

Todos volvieron a mirar a Ramón, sobrecogidos por la incredulidad y un miedo creciente. Pero ese miedo era aún demasiado débil para dominarlos, era más intensa y más fuerte la sorpresa y la sensación de estar siendo víctimas de algún tipo de engaño o broma.

Ramón salió afuera. Allí la cobertura no era muy buena, sí suficiente para llamar y recibir mensajes, pero quizá no para navegar por internet. Probó a hacerlo, y tras un tiempo de frustrante espera, la pantalla le mostró los iconos de las páginas web que más solía visitar. Seleccionó la de un periódico de tirada nacional. De nuevo la espera, lenta e inquietante, mientras se cargaba la imagen. Por fin aparecieron varias fotos y titulares, todos sobre el mismo tema, como si todas las demás noticias hubieran quedado en suspenso, como si ya nada

importara aparte del virus y sus efectos.

«El Gobierno ordena al ejército bloquear las vías de salida de las grandes ciudades».

«El número de fallecidos en Madrid se duplica en cuestión de horas».

«Imágenes captadas desde un helicóptero muestran una Valencia sin vida».

«El foco del origen continúa siendo incierto».

De pronto, Ramón tuvo un presentimiento y con la yema del dedo deslizó la imagen hacia arriba, para ver de nuevo la cabecera del periódico. Su temor se confirmó: la fecha no era la actual, sino la del martes, cinco días atrás. Habían pasado cinco días sin que el periódico actualizase su web. Lo normal, en aquel periódico y en otros que Ramón también solía consultar, era que la información se actualizase al menos dos veces al día, que algunos de los titulares de la mañana fueran sustituidos por otros al llegar la tarde. Titulares más actuales, noticias de última hora. Pero aquella web llevaba cinco días sin variar.

Probó con otra, otro periódico igualmente importante, pero ni siquiera llegó a cargarse, así que realizó un tercer intento con la web de un rotativo inglés, *The Guardian*. Tardó una barbaridad de tiempo en cargarse, y cuando lo hizo mostró la fecha del miércoles, solo un día después que la del periódico español. Su titular más destacado, en letras mayúsculas, decía:

«*GOD BLESS US ALL*». Que Dios nos bendiga a todos.

Más abajo se leía:

«Londres es una tumba».

Ambos titulares tenían cuatro días de antigüedad.

Ramón salió de la aplicación de internet y volvió a abrir la de WhatsApp. Los últimos mensajes que había recibido también eran de hacía bastantes días. Nadie le había escrito desde hacía siete días.

Desde dentro del refugio le llegó el sonido del llanto. Se dio la vuelta y entró.

Varios de los chicos habían empezado a llorar. Al verle entrar,

Luke le indicó su móvil:

—Mi hermano dice que mis padres se han infectado. Es el último mensaje que tengo.

—¿De cuándo es? —quiso saber Ramón.

—El sábado. Hace más de una semana.

Todos hicieron un rápido repaso de las llamadas y mensajes que habían recibido. Coincidían en las fechas, se habían producido en los primeros días de su viaje. No había ninguna llamada ni ningún mensaje en los últimos seis días.

Ramón se pasó la mano por la cara y, al hacerlo, se dio cuenta de que le temblaba.

—Dejad los móviles, por favor —dijo—. Dejadlos sobre la mesa, o guardadlos. Vamos a sentarnos todos y a hablar un momento.

ALICIA BONAVIDES SERRAT: fue denunciada por su propio padre al descubrir que le había robado varias piezas de arte de una colección privada para venderlas y comprarse una guitarra eléctrica y un equipo de sonido. Su cara de ángel contradice un carácter huraño y a menudo grosero. Destaca por su belleza, pero, sobre todo, por un peinado extravagante: el pelo rapado al uno por el lado izquierdo, liso y hasta el hombro en el derecho, y una cresta en punta teñida de negro y azul.

En sus conversaciones con ella, Ramón había comprendido que solo había una cosa que pudiera competir con el odio que Alicia sentía hacia sus padres, el amor por la música *rock* y su deseo de poder llegar a vivir de ella. Sus padres, forrados de dinero, no habían dudado en denunciarla y ni siquiera se habían despedido de ella cuando el juez de menores dictó sentencia.

AMADOR RIVAS SAAVEDRA: culpable de robos y agresiones, alguna de ellas con arma blanca. Inmigrante, de origen salvadoreño. Afirma haber pertenecido en su ciudad natal a una mara, y al llegar aquí buscó enseguida un grupo similar al que unirse.

Pese a su constante mueca de desafío y amenaza, Ramón estaba convencido de que en su pecho latía un corazón noble, un espíritu honesto que solo requería el ambiente propicio para salir a la superficie.

Alicia y Rivas fueron los únicos que no hicieron caso a Ramón cuando este pidió que dejaran los móviles. Tal vez ni siquiera lo oyeron, absortos como estaban en las imágenes de sus respectivas pantallas.

* * *

—No tenemos medio de transporte para regresar —dijo Ramón—. Claudia y Miguel no han venido, así que…

—¿Qué les ha pasado? —le interrumpió Paula.

Ramón abrió las manos sobre la mesa y enarcó las cejas. La respuesta se antojaba evidente, pero también resultaba comprensible la pregunta. Los chicos necesitaban saber, necesitaban una confirmación. Y Ramón era el único adulto allí, les había enseñado montones de cosas durante aquellas dos semanas que habían pasado juntos, pero ahora no tenía respuestas.

—No lo sé, Paula. No sé qué les ha pasado. Quizá… A la vista de

todos estos vídeos que hemos recibido… Es posible que ese virus les haya impedido venir… Algo les ha impedido venir. Si no, estarían aquí. —Miró la hora en la pantalla de su móvil: hacía ya casi dos horas desde que habían llegado al refugio. Parecía mentira.

—¿Los vídeos…? —musitó Tico—. ¿Los vídeos son verdad?

De nuevo, Ramón sintió la incomodidad de no poder ofrecer una respuesta firme.

—Sé lo mismo que vosotros. Lo mismo. He entrado en internet, no hay actualizaciones desde hace días.

—¿En ninguna web? —preguntó Nando.

—En ninguna de las que he mirado. Y me estoy quedando sin batería.

—¡Ostras! —exclamó Nando al fijarse en que la suya también estaba al mínimo—. ¿Alguien tiene un cargador?

Nadie había llevado uno. Antes de salir de viaje, Ramón les había explicado que dejarían los teléfonos móviles y cualquier otro aparato en el refugio, así que no tenía mucho sentido llevarlo. Al sacarlos de la caja fuerte, como los habían tenido apagados, todos conservaban algo de batería, pero el visionado de los vídeos la había consumido casi por completo.

—Haced una cosa —decidió Ramón—: la batería que os queda, utilizadla para insistir con las llamadas. Quizá alguien conteste.

Alicia por fin le hizo caso y apartó su mirada azul del móvil.

—Pero alguien vendrá, ¿no? No van a dejarnos aquí.

El silencio que siguió resultó descorazonador.

—Creo… Bueno…, creo que, si alguien fuera a venir, ya estaría aquí. Saben que estamos aquí, saben el lugar exacto. No solo Miguel y Claudia, todo el personal del Centro también lo sabe. Y…, la cuestión es que por ahora no han venido. No sé, no puedo saber cuál es la razón de que no hayan venido a buscarnos.

Yasser señaló los teléfonos.

—La razón es la que hemos visto en todos esos vídeos.

Ramón solo pudo asentir. No quería admitirlo, pero parecía obvio que era así. Los vídeos eran reales.

Los muertos eran reales.

El virus era real.

De nuevo, el silencio se adueñó de la estancia.

Unos se miraban entre sí, otros mantenían la mirada fija en su móvil, deseando que empezase a sonar. Ramón era el monitor, y sabía que le correspondía a él mantener la calma y tomar decisiones. Pero en su cabeza los pensamientos no llegaban a cobrar forma definida, pues una y otra vez surgía la voz de su novia, alterada y quebradiza en el archivo de audio.

«Tenemos que huir...

Ponte a salvo».

Miró otra vez la hora, y el porcentaje de batería disponible. Tarde y poca.

—Quedaos aquí —dijo.

—¿Qué?

—Vamos a hacer una cosa. Estamos a horas de la población más cercana. Horas a pie, me refiero. Llevamos caminando desde el amanecer, y todos estamos muy cansados. Así que lo que vamos a hacer es esto: vosotros me esperáis aquí, y, mientras, yo bajaré al pueblo. A ver si allí puedo conseguir un vehículo para todos. O varios coches. Si hay gente, traeré a alguien para que nos ayude. Y comida. ¿Tenéis hambre?

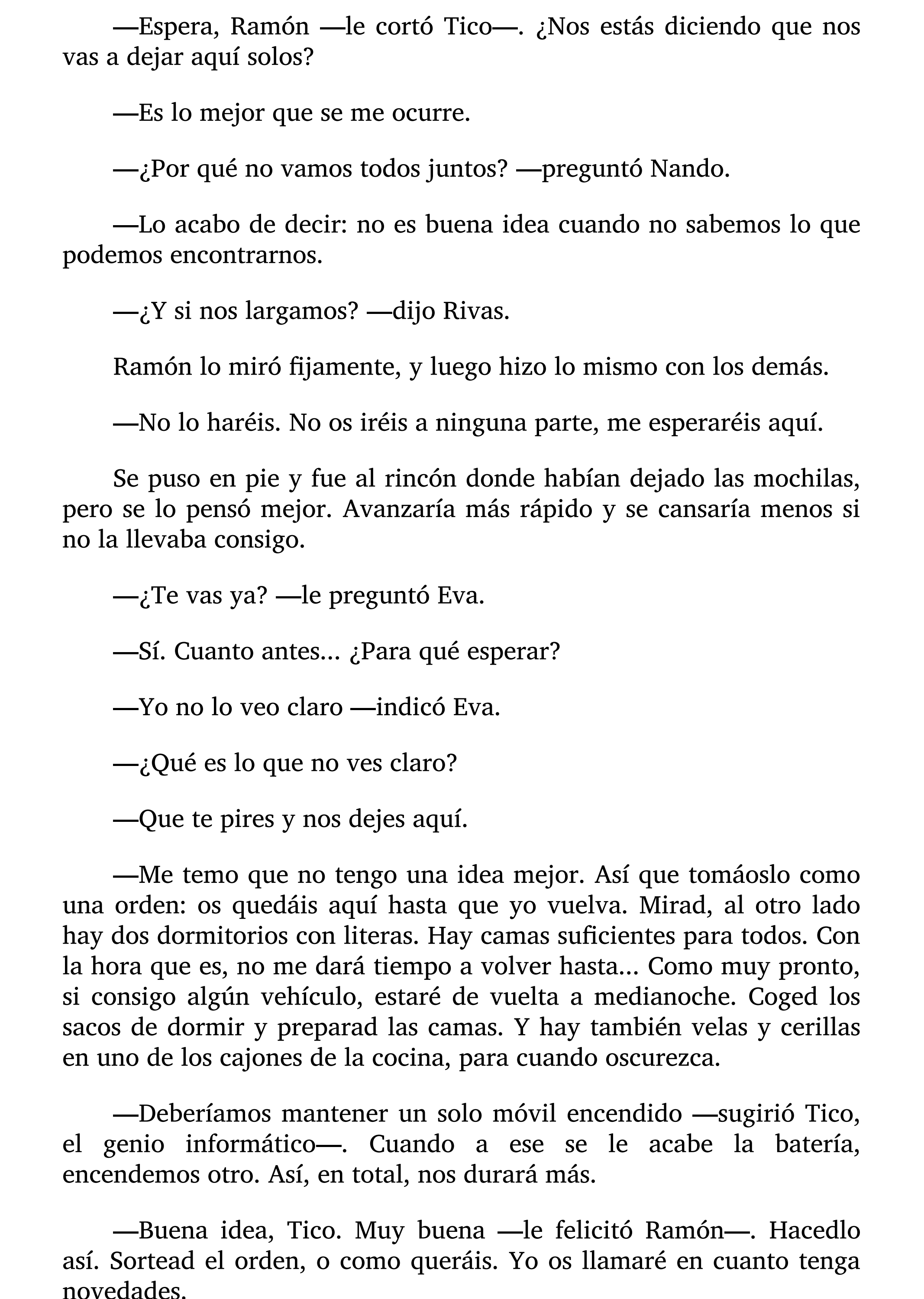
—Joder, ya te digo —mascculló Germán.

Ramón prosiguió sin prestarle atención:

—No merece la pena que vayamos todos, sin saber lo que nos vamos a encontrar. Y el camino es largo. Así que vosotros os quedáis aquí y me esperáis.

—Yo prefiero ir contigo —dijo Paula.

—No. Iré más rápido si voy solo. Tengo el móvil, os llamaré para deciros por dónde voy y lo que encuentro.



—Espera, Ramón —le cortó Tico—. ¿Nos estás diciendo que nos vas a dejar aquí solos?

—Es lo mejor que se me ocurre.

—¿Por qué no vamos todos juntos? —preguntó Nando.

—Lo acabo de decir: no es buena idea cuando no sabemos lo que podemos encontrarnos.

—¿Y si nos largamos? —dijo Rivas.

Ramón lo miró fijamente, y luego hizo lo mismo con los demás.

—No lo haréis. No os iréis a ninguna parte, me esperaréis aquí.

Se puso en pie y fue al rincón donde habían dejado las mochilas, pero se lo pensó mejor. Avanzaría más rápido y se cansaría menos si no la llevaba consigo.

—¿Te vas ya? —le preguntó Eva.

—Sí. Cuanto antes... ¿Para qué esperar?

—Yo no lo veo claro —indicó Eva.

—¿Qué es lo que no ves claro?

—Que te pires y nos dejes aquí.

—Me temo que no tengo una idea mejor. Así que tomáoslo como una orden: os quedáis aquí hasta que yo vuelva. Mirad, al otro lado hay dos dormitorios con literas. Hay camas suficientes para todos. Con la hora que es, no me dará tiempo a volver hasta... Como muy pronto, si consigo algún vehículo, estaré de vuelta a medianoche. Coged los sacos de dormir y preparad las camas. Y hay también velas y cerillas en uno de los cajones de la cocina, para cuando oscurezca.

—Deberíamos mantener un solo móvil encendido —sugirió Tico, el genio informático—. Cuando a ese se le acabe la batería, encendemos otro. Así, en total, nos durará más.

—Buena idea, Tico. Muy buena —le felicitó Ramón—. Hacedlo así. Sortead el orden, o como queráis. Yo os llamaré en cuanto tenga novedades.

Volvió junto a su mochila, sacó de ella la cantimplora y la rellenó

con el agua del grifo. Luego se la enganchó al cinturón y cogió también la linterna. Después fue a la puerta.

—Como muy tarde, estaré aquí por la mañana, ¿de acuerdo?

Ninguno de los chicos le dijo nada. Varios de ellos esperaban que alguien hablara, o que Ramón les diera instrucciones más precisas, no solo que se quedasen en el refugio y le esperasen, pero aquella fue la despedida del monitor, la promesa de que regresaría por la mañana a más tardar.

Salió y cerró la puerta a su espalda. La tarde ya avanzaba, aunque todavía le quedaban unas horas de luz. El aire empezaba a refrescar. Se puso en marcha, tenía la esperanza de que el movimiento le ayudara a mantener los nervios bajo control.

La voz de Silvia resonaba en su mente. «Ponte a salvo».

Pero lo que se disponía a hacer era ir en dirección contraria a la salvación.

Puso un pie delante del otro y se alejó pendiente abajo por el camino de tierra por el que habían llegado al refugio catorce días atrás.

FERNANDO SUBIRATS SEGURA, NANDO: le había robado a su propia abuela los ahorros para comprar coca. Lo habían detenido en la misma redada que a Eva, pues era a ella a quien le compraba la droga.

Moreno, siempre despeinado y despreocupado por su aspecto, o lo que los demás pudieran pensar de él. Delgado hasta parecer casi enfermo. Su carácter taciturno y callado solía provocar que el resto de la gente le ignorase. Sin embargo, Ramón había conseguido que se abriera, al menos un poco, y había descubierto a un muchacho inteligente y culto cuyo principal problema era que no sabía desenvolverse en la sociedad.

Si Ramón hubiera tenido ocasión de escribir su informe posterior al viaje, habría indicado en él que Nando era probablemente el miembro del grupo que más y mejor había evolucionado con la convivencia durante aquellas dos semanas.

* * *

Nando, como el resto de sus compañeros, no pegó ojo en toda la noche. Los más afortunados durmieron unos minutos, vencidos por el cansancio, pero él vio pasar todas las horas de aquella noche, una tras otra. Aguantaron en pie cuando cayó la oscuridad, y solo más tarde, poco a poco, algunos se fueron a uno de los dormitorios y se metieron en su saco. Nando se quedó sentado a la mesa hasta después de la medianoche. Ramón había dicho que con suerte estaría de vuelta para entonces, pero no apareció.

—¿Lo llamamos? —sugirió Yasser.

—Dijo que llamaría él —contestó Paula.

—Ya, pero no lo ha hecho.

—Lo hará. O vendrá.

Cuando le llegó el turno que habían acordado, después de que al móvil de Rivas se le agotase la batería, Nando encendió de nuevo el suyo. Nada, ni mensajes ni llamadas que no hubiera visto antes. Todo con una semana de antigüedad.

—Vendrá por la mañana —se le ocurrió decir—. Y nos iremos de aquí.

—¿Adónde? —le espetó Yasser—. ¿Irnos adónde? Porque a mí me

parece que no hay muchos sitios a los que ir.

—Yo creo que todo es mentira —dijo Paula.

—Y una mierda —soltó el marroquí—. ¿Cómo va a ser mentira? ¿Los mensajes de tu familia son mentira? ¿Te están gastando una broma? ¿Los vídeos son mentira? ¿Los muertos? Si en uno de los vídeos se veían varios edificios de mi barrio ardiendo. Están quemándolo todo para luchar contra ese virus.

—No —dijo Nando.

—¿Cómo que no? No, ¿qué?

—No lo están quemando. Ya lo han quemado. Lo quemaron hace días.

—Vale, sí. Eso es verdad.

Yasser se levantó y dijo que se iba a la cama, que lo despertasen el primero si sucedía algo.

Paula y Nando se quedaron solos en la penumbra de las velas.

Paula se cambió de sitio para sentarse al lado del chico.

—¿Y si no viene?

Nando desbloqueó la pantalla del móvil y abrió la aplicación de contactos para localizar el de Ramón, sin llegar a pulsarlo.

—Ha dicho que vendría.

—Ya, pero ¿y si no lo hace?

—Es un buen tío, si ha dicho que lo hará, lo hará.

—Si puede. Yo me refiero a...

Nando se incorporó y se apartó de ella.

—¿Te puedes callar de una maldita vez?

—Vete a la mierda —le espetó Paula.

Lo que hizo Nando fue salir al exterior. Enseguida se arrepintió, porque hacía mucho frío, la temperatura había caído en picado desde

que el sol se había ido, pero aguantó allí un rato solo para no volver a sentirse asediado con las dudas de Paula. Él tenía las mismas dudas, todos las tenían. ¿Cómo no tenerlas?

Todo parecía increíble. Imposible.

Se sentó en el escalón que daba a la puerta del refugio y miró hacia arriba. Si algo le había gustado de aquellas dos semanas en la montaña, había sido el cielo nocturno. Las miríadas de estrellas que no se veían en las noches de la ciudad. Todos aquellos soles distantes. Varias veces había sacado su saco de dormir de la tienda que compartía con Tico y con Rivas y se había acostado a la intemperie, y había permanecido durante horas observando aquellos puntos de luz titilantes que quizá iluminasen mundos desconocidos.

Siempre le habría gustado tener un telescopio, aunque dudaba que uno de los que había visto a la venta en las tiendas sirviera para ver gran cosa. Los cráteres de la luna y algunos de los planetas del sistema solar, como mucho. Él quería ver más allá, lo más lejos posible.

Cerró los ojos y se dijo que no tenía frío. A veces le funcionaba.

LUCAS CASTAN ZUVIRÍA, LUKE: desde muy pequeño demostró que la propiedad ajena le importaba un comino. Había protagonizado desde los once años una larga carrera de hurtos y robos. Todo aquello que le gustaba, lo cogía. Si era algo pequeño, se lo metía en el bolsillo, y si era grande, como una bicicleta o una moto, se montaba y se largaba. Poseía una navaja que había sido regalo de su abuelo y con la que había adquirido una gran destreza, aunque por lo general solo tenía que mostrarla para salirse con la suya. En su habitación, en la casa de sus padres, había reunido una enorme colección de cómics y de objetos relacionados con *Star Wars*, sus películas favoritas. De ahí procedía su sobrenombre, Luke. Unos amigos comenzaron a llamarlo así y le gustó más que su nombre original. Otros también lo llamaban elfo, por su pelo rubio y liso que a menudo se recogía en una especie de moño en la coronilla, pero eso, por lo general, lo hacían a sus espaldas.

* * *

Luke salió del dormitorio en el que había pasado buena parte de la noche en cuanto detectó un ligero aumento en la claridad del cielo, a través de los postigos entornados de la ventana. Sabía que Ramón no había regresado.

Encontró a Nando lavándose la cara en el aseo y a Paula aún sentada en la mesa.

—¿Hay café? —preguntó.

—¿Lo has traído tú acaso? —repuso la chica.

—Pensaba que lo llevabas tú en esas alforjas que tienes por caderas.

—Vete a la mierda.

—Eso es que no, ¿no? —Luke se entretuvo un momento abriendo los armarios y cajones de la cocina sin encontrar nada comestible—. ¿Ha llamado Ramón?

—No —respondió Nando.

—Pues habrá que llamarlo. Está amaneciendo. ¿A alguien le queda algo de comer? Si no desayuno, no soy persona.

Al sonido de las voces se fueron levantando los demás y se

reunieron en el comedor, la única estancia más o menos espaciosa del refugio.

—Habrá que pensar qué hacemos —dijo Alicia.

—Esperar, eso es lo que tenemos que hacer —respondió Rivas.

Alicia se sentó frente a él.

—Vale, pero ¿hasta cuándo?

—Hasta que vuelva Ramón.

—Te lo repito: ¿hasta cuándo? Porque Ramón dijo ayer que vendría como muy tarde por la mañana. Y ya es por la mañana.

—Sí, joder, pero era una idea aproximada. Se fue andando, no es fácil calcular cuánto iba a tardar.

—Vale. —Alicia volvió a ponerse de pie—. Vale, pues así lo esperamos. Sin comida ni para desayunar.

—¿Qué tal si trazamos un plan? —sugirió Eva—. Aunque solo sea por si acaso.

—¿Por si acaso? —preguntó Paula.

—Por si acaso Ramón no aparece —se explicó Eva—. Todos tenemos hambre, ¿no? Lo que digo es que podemos ir pensando ya qué hacer para conseguir comida si la espera se alarga.

—Yo no pienso esperar mucho tiempo —intervino Luke—. Le doy hasta mediodía, como mucho. Si no ha llegado a las doce, me voy.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—No creo que sea buena idea —dijo Rivas.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?

—Tío, Luke, porque tu casa está en la ciudad. Y el virus también.

—Y si Ramón no vuelve será por algo —apuntó Tico.

Luke se sentó en una de las sillas libres y cruzó los brazos sobre el

pecho.

—Decidme una cosa: ¿vosotros qué creéis que ha pasado? —dijo Saray.

—¿Con Ramón? —preguntó Eva.

—No, primero en general. ¿Qué ha pasado, qué es eso que hemos visto en los vídeos? Por cierto, ¿cuántos móviles nos quedan con batería?

—A mí me quedan como diez minutos —informó Alicia.

—Y cuando se acabe la del suyo, encenderé yo el mío —dijo Germán—. Imagino que tendré para tres horas. Cuatro, a lo mejor.

—O sea, que tenemos comunicación por teléfono hasta mediodía —dijo Luke.

—No —le corrigió Tico—. Tenemos móvil hasta mediodía. Comunicación de momento no tenemos con nadie.

—Cierto —aceptó Luke.

—Venga —repitió Saray—, ¿qué es lo que creéis que ha pasado?

—¿A qué te refieres? —exclamó Alicia—. Lo hemos visto todos en los vídeos. Un virus está matando a la gente. Todo el mundo se ha vuelto loco. El Gobierno ha mandado al ejército. ¿No viste el del aeropuerto de Barcelona? ¡Los pasajeros de ese avión saltaban y se estampaban contra el suelo! No les habían puesto las escaleras y aun así saltaban.

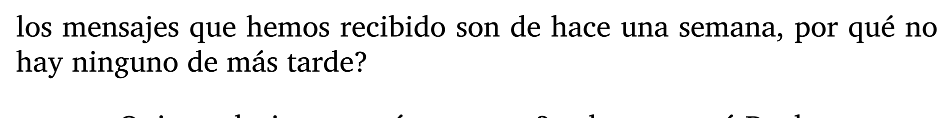
—Ya, pero…

—Pero ¿qué? —le urgió Rivas al ver que Saray enmudecía.

—No puede ser verdad, ¿no os parece? ¡Si hace dos semanas estábamos nosotros ahí! ¿Cómo es que ahora hay un virus mortal? ¿De dónde ha salido?

—¡Y yo qué sé! —gritó Luke—. ¿Y qué importa de dónde haya salido?

—A ver, vamos a intentar calmarnos —pidió Yasser—. Yo creo que Luke tiene razón. No importa de dónde ha podido salir ese asqueroso virus, el caso es que está ahí. ¿Por qué todas las llamadas y


los mensajes que hemos recibido son de hace una semana, por qué no hay ninguno de más tarde?

—¿Quieres decir que están muertos? —le preguntó Paula.

—Bueno… —balbuceó Yasser—. Todavía hay cobertura, porque hemos recibido los mensajes. Eso significa que las antenas de telefonía móvil funcionan. Pero en internet no hemos encontrado ninguna página web que se haya actualizado desde la semana pasada.

—¿Crees que todo el mundo ha muerto? —insistió Paula.

Todos lo miraron, y Yasser no se atrevió a responder.

—Hagamos una cosa —dijo Germán un momento más tarde—. Esperemos aquí, eso fue lo que nos dijo Ramón, así que hagámoslo. Esperemos, pero, al mismo tiempo, pensemos en un plan, como ha sugerido Eva. Nos conviene tener un plan por lo que pueda pasar. Tenemos agua —señaló el grifo—, pero necesitamos comida.

—¿Nos separamos en dos grupos? —dijo Rivas—. Uno puede quedarse aquí, por si regresa Ramón; y el otro se ocupa de intentar cazar algún conejo.

—Tres grupos —dijo ahora Luke—. Uno aquí, otro de caza, y el tercero se va por el camino. Si viene Ramón, vendrá por ahí. Y si no viene, ese tercer grupo podrá llegar a algún pueblo y pedir ayuda.

—Creo que es mejor solo dos grupos —opinó Eva—. No me parece buena idea tratar de llegar a un pueblo.

—A ver, lista, ¿por qué no? —gruñó Luke.

—Porque si todo está bien, Ramón volverá a buscarnos. Y si no está todo bien, y hay una razón de peso para que no haya vuelto, entonces no ganamos nada yendo nosotros hacia allí. Si hay un lobo con la boca abierta, no es cuestión de acercarse a él.

—¿De verdad creéis que el virus ese de las narices es tan fuerte como para cargarse a Ramón tan rápido? —inquirió Luke.

—Yo no lo sé —le contestó Germán—, ¿y tú?

—De eso se trata —dijo Tico—. No sabemos nada.

—Entonces, ¿qué? —insistió Luke.

—Un grupo en el refugio y otro de caza —sentenció Rivas—. Cinco y cinco.

—Estoy de acuerdo —dijo Paula.

—Sí —convino Saray—. ¿Voluntarios para salir a por la comida?

Decidieron que Alicia, Eva, Luke, Rivas y Yasser irían de caza, y el resto permanecería en el refugio.

SARAY VILLEGAS BARCÍN: culpable de robo con violencia, aunque ella alegó que la violencia había sido involuntaria. Trató de quitarle el bolso a una mujer y esta lo agarró por la correa; el tirón que dio Saray a continuación para arrancárselo hizo caer a la señora y golpearse la cabeza contra el suelo. Unos viandantes le cortaron el paso y la retuvieron hasta que llegó la policía, que ya conocía de sobras a Saray por una lista casi infinita de acciones semejantes.

* * *

A Saray nunca se le había dado bien esperar. Su impaciencia le había causado no pocos problemas. A menudo, cuando se hartaba de esperar a que sonase el timbre que marcaba el final de las clases en el instituto, se levantaba y se marchaba, sin más. Cuando se cansaba de esperar a cumplir los dieciocho, se escapaba de casa. Cuando se cansaba de esperar a que sus escasos ahorros se multiplicasen, le arrancaba el bolso a alguna señora en la calle.

Fue la primera en hartarse de esperar a Ramón y al grupo de cazadores. Le dio una patada a una de las sillas del comedor y la tiró al suelo, luego salió y cerró con un portazo.

—¿A la loca esa qué le pasa? —Oyó que decía Germán a sus espaldas.

Podría haber vuelto a entrar y plantarle cara, pero logró controlarse. El control de sus arranques violentos hacia las personas era una de las cosas en las que había mejorado desde su llegada al Centro de Menores. Se distanció unos pasos y dejó que su mirada flotase hacia donde el camino de tierra se perdía tras un recodo. Reaparecía más allá, en otra elevación del terreno, pero solo para volver a desaparecer.

No había nada en la parte visible del camino. Solo tierra. Y por encima un cielo azul, casi carente de nubes. Las pocas que había eran blancas y se movían hacia el norte.

La dominaba la inquietud, pero no quería reconocerlo, no le gustaba admitir nada relacionado con sus sentimientos, pues pensaba que era una muestra de debilidad y odiaba que los otros pudieran pensar de ella que era frágil. Y le molestaba sobremanera no poder controlar la inquietud e impedir que se aferrase a sus entrañas como unas garras invisibles y gélidas, porque allí, en lo más hondo de su ser, esa inquietud ya había comenzado a transformarse en miedo.

Había visto los vídeos, había oído los archivos de audio y había leído los mensajes de texto, pero seguía sin poder darle crédito a todo ello. No podía ser cierto, así de simple. No podía ser verdad que un virus letal se hubiera extendido con tanta velocidad y hubiera causado tantos muertos mientras ellos jugaban a los *boy scouts*. Había algo absurdo en ello. Absurdo y quizá irónico. Y triste. Ramón se los había llevado a la montaña para enseñarles a aprender a desenvolverse en la sociedad mejor de lo que lo habían hecho hasta ahora, pero entretanto parecía que la sociedad había dejado de existir.

Ellos continuaban en la montaña, ¿y el resto del mundo? ¿Dónde estaba el resto del mundo?

YASSER BENNIS: culpable de robo y allanamiento. Había desvalijado dos viviendas de una misma urbanización y le habían pillado in fraganti en la tercera. Había llegado a España por la costa de Almería, en patera, tres años atrás, y desde entonces había hecho de todo para salir adelante.

En él, Ramón había vislumbrado un fondo brillante, por mucho que Yasser se empeñase en ocultarlo. Un chico de su edad, inmigrante, acostumbrado a vivir y dormir en la calle muchas veces, cuando no lograba lo suficiente para costearse un techo y una cama en algún cuartucho compartido, no podía permitirse parecer buena persona. Tenía que colocarse un disfraz, el más horrible y detestable que pudiera idear, tenía que pisar fuerte, tenía que golpear primero para que no le golpeasen a él.

* * *

Fue Yasser el que cazó el conejo, la única pieza que los cinco cazadores consiguieron en toda la mañana.

—¿Un conejo, una mierda de conejo? ¡Somos diez! ¿No os dais cuenta? —se exasperó Germán.

—Sal tú a buscar más, listillo —repuso Luke—. Es el único que hemos visto.

—Sí, se ve que en esta zona no abundan —dijo Eva.

Yasser colocó el animal sobre la pequeña encimera de la cocina.

—Yo lo he cazado, que otro se encargue de prepararlo.

PAULA GÓMEZ SIGÜENZA: ladrona compulsiva y torpe, incapaz de controlar la tentación de coger cualquier cosa que le gustara. Sus relaciones, con su familia, con sus compañeros de instituto y ahora del Centro de Menores, con el mundo entero, eran difíciles. Paula era una chica de poca estatura, con sobrepeso, poco agraciada físicamente y muy acomplejada. Se había creado un caparazón protector que consistía en mostrarse grosera y agresiva verbalmente hacia los demás, fueran quienes fueran.

* * *

Como nadie más parecía ofrecerse, Paula se hizo cargo de despellejar el conejo y cocinarlo.

A todos les supo a poco, pero sirvió al menos para engañar durante un rato el hambre que sentían.

Pasó el mediodía sin novedad alguna, y el nerviosismo del grupo aumentó ya de forma incontrolable. Ninguno de ellos podía estarse quieto, salían y entraban al refugio, oteaban el horizonte en busca de algún movimiento, daban una pequeña vuelta por los alrededores.

—Eh, Germán, ¿cuánta batería te queda? —le preguntó Paula.

El chico comprobó la pantalla de su móvil.

—Once por ciento.

—Eso son solo unos minutos —señaló Yasser.

—Llámalo —dijo Eva.

—Sí, llámalo antes de que se agote.

—Si no ha llamado él...

—¡Llámalo, joder! —estalló Saray.

—Vale, vale. —Germán seleccionó el contacto del monitor y pulsó para llamar.

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

—A Ramón le quedaba poca batería cuando se fue de aquí —recordó Nando.

—Ya —aceptó Luke—, pero se supone que él sí está en un sitio donde puede conseguir algún cargador.

—Si fuera así, habría llamado —opinó Alicia.

—A ver —refunfuñó Germán—, ¿qué hago? ¿Llamo a alguien más?

—¡Eh! —gritó Paula—. ¿Alguien ha probado con la policía, o con el número de Emergencias? Ahí habrá alguien, seguro. Marca el 112.

Germán le hizo caso, y al momento conectó el altavoz para que todos oyeran lo mismo que él: una serie de pitidos sin fin. Nadie contestaba al otro lado.

—¡No puede ser! —exclamó Tico—. Eso es una centralita, siempre hay alguien de turno. No hay horarios para las emergencias, tiene que haber siempre alguien.

—Prueba otra vez —dijo Eva.

Germán repitió la llamada tres veces, con el mismo desesperante resultado.

—Las llamadas consumen batería —dijo—. Voy por el cinco por ciento.

—Eso es lo mismo que nada —masculló Luke—. Llama a alguien más antes de que se te acabe.

—¿A quién?

—A alguien a quien no hayas llamado ya —sugirió Paula.

Germán revisó a toda prisa su lista de contactos y seleccionó el nombre de su prima. Lo pulsó y escuchó aquel mensaje odioso por enésima vez:

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

La batería de su teléfono acabó por agotarse dos minutos después.

—A la mierda —gruñó.

Las miradas de todos ellos se dirigieron una vez más al camino.

—Yo digo que nos larguemos —dijo Luke al cabo de unos minutos

—. Por muy lejos que esté el primer pueblo, si seguimos el camino, llegaremos. ¿O es que queréis quedaros aquí eternamente?

—¿Y el virus? —le espetó Rivas.

—Que le den al virus —repuso Luke—. ¿Cuánto tiempo vive un virus? Nosotros estamos bien...

—Idiota —dijo Alicia—. Estamos bien porque estamos aquí. Los virus se contagian si estás cerca de alguien infectado. Si tose cerca de ti, o estornuda, o algo así. Si lo tocas. Depende del virus que sea. No ha llegado hasta aquí porque no ha venido nadie que esté infectado, simplemente por eso.

—Es verdad —corroboró Tico—. Si bajamos al pueblo y allí hay gente infectada..., nos contagiaremos.

—Pero ahora no puede haber ya gente infectada, ¿no? —trató de rebatirles Luke—. En los vídeos decían que morían en cuestión de horas.

—Entonces es posible que esté todo lleno de muertos.

—Alguien tiene que haberse salvado, ¿no? —chilló Paula—. No puede haberse muerto todo el mundo.

—¿Y entonces por qué nadie contesta al móvil?

La pregunta de Eva quedó colgada en el aire.

—Vale, vosotros pensáis que solo quedamos nosotros, ¿es eso? —dijo Luke—. Que todos los demás han muerto. Todos. Incluido Ramón, ¿no? ¿Es eso?

—¿Por qué no ha vuelto, si está bien? —le preguntó Yasser.

—Puede haber sufrido un accidente. Igual se ha torcido un tobillo. ¡Yo qué sé!

—Un tobillo no le habría impedido volver —dijo Alicia.

—¡Pues cualquier otra cosa! He dicho el tobillo por decir algo. ¿De verdad creéis que Ramón está muerto, que todos están muertos?

—Mirad —dijo de pronto Nando, aprovechando la pausa para atraer la atención de todos.

Luke y los demás miraron enseguida hacia el camino, creyendo, o queriendo creer, que Nando había visto algo allí.

—¿Qué? —le urgió Paula.

—¿Has visto algo, Nando?

—Justo de eso se trata —empezó a explicarse Nando—. Más o menos por allí —y extendió el brazo para señalar un punto en el horizonte— es por donde está el aeropuerto. Llevo mirando un buen rato.

—¿Y qué? —se exasperó Rivas.

—Ni un maldito avión —dijo Nando—. Mirad el cielo, tíos, ¿veis algún avión? ¿Sabéis la frecuencia con la que aterrizan o despegan aviones en ese aeropuerto? En un día cualquiera, a esta hora, no pasan ni cinco minutos sin que entre o salga uno. Y ahora no hay ni un solo avión en el cielo.

Los diez chicos registraron el cielo con la mirada, buscaron en todas direcciones un punto diminuto que indicase la presencia de un avión.

Varios de ellos comenzaron a llorar en silencio, incapaces de retener las lágrimas ante la evidencia.

—Vaya mierda.

Luke bajó la mirada al suelo, vio una piedra suelta y le propinó una patada con todas sus fuerzas.

GERMÁN ILDEFONSO ILLESCAS: una noche le cogió el coche a su padre sin permiso, y sin carnet de conducir, por supuesto, y se dedicó a recorrer la ciudad aprovechando la ausencia casi total de tráfico. Su exceso de confianza le llevó a saltarse los semáforos en rojo en las avenidas, acelerando como en una carrera, hasta que un peatón noctámbulo cruzó delante de él y salió volando por los aires.

* * *

—Bueno —dijo Germán—, ¿qué hacemos? Porque tendremos que hacer algo, ¿no?

La tarde avanzaba, lenta pero imparable, sin más cambios que una bajada leve de temperatura y una brisa que agitaba las copas de los árboles y les removía el pelo cuando se asomaban fuera del refugio.

—Habría que intentar cazar antes de que se haga de noche y no veamos un pimiento —comentó Eva.

—Sí, es verdad —aprobó Luke—. Los que no fuisteis esta mañana, os toca pillar la cena.

—Los que no fuimos por la mañana es porque se nos da peor —objetó Paula.

—Pues espabilaos, joder —insistió Luke.

—Yo he cocinado el conejillo —repuso Paula—. Es más inteligente que nos repartamos las tareas según nuestras habilidades. A mí se me da mejor cocinar que cazar.

—No hay más que verte.

—Vete a la mierda, elfo.

—¿Os podéis callar? —intervino Rivas—. Paula tiene razón.

—O sea, ¿que tengo que traerle yo la comida a la pava esta?

—Y ella la cocinará para que te la puedas comer.

—¡Qué ganas tengo de perderos de vista! —exclamó Luke, malhumorado, y salió.

—No le hagas caso —le dijo Eva a Paula—. Todos estamos de los

nervios.

—Es un imbécil —murmuró Paula.

—Más de un imbécil hay aquí —gruñó Alicia, mirándola.

El segundo intento de caza no dio ningún resultado. La noche se les vino encima y, aunque lo intentaron un rato más valiéndose de las linternas, no tuvieron éxito. Finalmente, se sentaron en torno a la mesa con pocas ganas de hablar. Solo Nando se quedó fuera.

Al rato, Tico y Saray se unieron a él. Nando continuaba mirando en la misma dirección que antes, hacia donde suponía que se encontraba el aeropuerto.

—Sigue sin haber aviones, ¿eh? —dijo Saray.

—Mirad, ¿qué es lo que veis?

Tico y Saray volvieron a otear el horizonte, al este de donde ellos estaban.

—Nada, tío. Yo no veo nada —dijo Tico.

—Hay luz —dijo Nando—. Por las noches es fácil detectar una ciudad por la cúpula de claridad que se forma sobre ella. Y allí hay luz.

Saray sonrió con ilusión.

—¿Quieres decir...? ¿Eso significa que todo está bien? Hay gente allí y ha encendido las luces, es eso, ¿verdad, Nando?

—No lo sé.

—¿Cómo que no? Tiene que ser así. Alguien ha encendido las luces.

—Es que todo eso está automatizado, Saray. Las farolas de las calles están conectadas a un... ¿cómo se llama? Un temporizador o algo así. Se encienden siempre a la misma hora, y por las mañanas se apagan. Aunque ya no quede nadie allí, las farolas seguirán encendiéndose y apagándose cada día. Al menos hasta que se acabe la energía, supongo.

—Pero también puede ser que haya gente —quiso creer Saray.

—Yo creo que no —dijo Tico.

—¿En serio? ¿De verdad crees que no queda nadie?

—Bueno... Nadie, nadie... A lo mejor quedan algunos supervivientes, yo qué sé. Sí, puede que haya personas inmunes a ese virus. Hay gente que nunca pilla una gripe. Creo que hay gente que nunca tiene caries, da igual la cantidad de azúcar que coman. Así que puede que ese virus no afecte a todo el mundo. Pero... Macho, los vídeos, eso parecía el fin del mundo. El apocalipsis.

—Vamos adentro —dijo Nando.

Los demás continuaban en el comedor. Saray les informó de la presencia de luz en el horizonte, y Tico se apresuró a decir que no tenía por qué significar nada.

—¿Qué tal si todos pensamos en lo que vamos a hacer? —dijo Germán—. No podemos quedarnos indefinidamente aquí, cruzados de brazos.

—Tarde o temprano, alguien vendrá a buscarnos, ¿no os parece? —repuso Saray.

—Igual no —contestó Alicia—. Ramón no ha venido. Puede que esté muerto. Puede que todos estén muertos: nuestras familias, nuestros amigos, el personal del Centro, todo el que sabe que estamos aquí.

—¡Calla! —exclamó Paula—. No puede ser que seamos las únicas personas que siguen con vida. ¡Eso sencillamente no puede ser! ¿Los únicos supervivientes del virus en todo el mundo? ¡Es de locos!

Tras unos segundos de silencio, Yasser tomó la palabra:

—En realidad, creo que da igual si somos los únicos o no. Hay gente que vive en las montañas, en el quinto pino. A lugares aislados puede que el virus no haya llegado. Y tampoco sabemos lo que ha pasado en otros países.

—Había vídeos de París y de Londres —señaló Tico.

—Sí, pero ¿y el resto? ¿Ha llegado el virus a Canadá, a Nueva Zelanda? No podemos saberlo, pero ahora mismo no nos importa.

—¿Cómo que no?

—¿Qué más da si hay supervivientes en México o en Argentina? Si ni siquiera nos podemos poner en contacto con la gente de aquí, ¿cómo vamos a contactar con el otro lado del mundo? Estamos solos, nosotros diez, ¡estamos solos! Eso es lo que tenemos que pensar. Si hay más gente, genial, pero ahora mismo nos da igual. Tenemos que pensar cómo sobrevivir sin ayuda de nadie.

—¿Y si hacemos señales de humo? —sugirió Eva. Todos la miraron—. Ya sé que suena a tontería, pero no lo es. El humo lo pueden ver desde lejos. Encendemos una hoguera y quizá alguien…

—Sí, no es mala idea —dijo Germán—. Por la mañana la encendemos con todo lo que pillemos. Cuanto más grande sea el fuego, mejor.

—Vale —dijo Luke—. Primera cosa decidida: cuando amanezca, encendemos una hoguera. ¿Qué más?

—Esta noche la pasamos aquí, ¿no? —preguntó Tico.

—Tenemos techo y camas para todos —contestó Germán.

—Ya, pero parece que no es buena zona para cazar. Yo me muero de hambre.

—En el campamento no teníamos muchos problemas para cazar —apuntó Rivas.

—Y estaba el río para pescar —añadió Eva.

—Está lejos como para ir, cazar, pescar y volver aquí —dijo Luke.

—Y allí es más complicado que nos localicen —añadió ahora Eva.

—¿Qué tal si hacemos una cosa? —empezó a decir Rivas—. Volvemos a dividirnos en dos grupos. Cinco se quedan aquí, y los otros cinco van a donde montamos el campamento. No para venir hasta aquí cada día, porque es verdad que está lejos, pero podríamos hacerlo cada dos días. Y que cada vez haga el viaje alguien diferente, o que los dos grupos se intercambien a los dos o tres días.

En un primer momento nadie respondió a esa idea. Luego, Paula comentó:

—No sé si es bueno que nos separemos.

—Lo que seguro no es bueno es que nos muramos de hambre. Y si

aquí cerca no hay caza…

—Solo lo hemos intentado un día, Rivas. Puede que mañana haya más suerte.

—A ver —intervino Alicia—. Yo voto por quedarnos en el refugio. Más cómodos que en las tiendas de campaña vamos a estar, eso seguro. Pero está claro que lo de la comida es importantísimo. De todas maneras, no creo que debamos precipitarnos: llevamos aquí un día…

—Un día y medio —apuntó Tico.

—Sí, un día y medio —aceptó Alicia—. Yo aguantaría aquí unos días. Mañana encendemos la hoguera, intentamos cazar, y a ver qué pasa.

—Vale.

—Me parece bien.

Todos se mostraron de acuerdo con las palabras de Alicia, y ella experimentó una satisfacción interior que raramente tenía ocasión de sentir.

—Me crujen las tripas —dijo Tico.

—Y a mí —contestó Yasser.

—Yo tengo mucho más sueño que hambre, y ya es decir —comentó Eva.

Paulatinamente, aunque ninguno estaba seguro de que fuera a conseguir dormir, se retiraron a los dormitorios y cada uno ocupó la misma cama que había usado la noche anterior.

* * *

Antes del amanecer varios de ellos ya estaban en pie. Se les acumulaba el cansancio, pero aun así apenas podían cerrar los ojos. Eran demasiadas las imágenes que esperaban allí agazapadas, en la cara interior de sus párpados. Imágenes de sus familias, de sus amigos, de toda la gente que conocían, incluso de otros compañeros del Centro de Menores, de Ramón, fotogramas de los horribles vídeos que habían recibido en los teléfonos móviles. Imágenes que no habían visto, pero que su imaginación les ofrecía igualmente: calles llenas de muertos,

cadáveres que se pudrían al aire, ratas y aves negras que se adueñaban de las ciudades, caravanas de coches detenidos en las autopistas, farolas que continuaban encendiéndose y apagándose para iluminar escenarios dantescos que nadie veía…

Eva y Alicia fueron las primeras en asomarse al exterior y comprobar que nada había cambiado. Ambas, sin necesidad de acordarlo, fueron a sentarse en un pequeño montículo situado a unos metros de uno de los laterales del edificio.

—Ramón no va a venir —murmuró Alicia.

—Creo que no. Cada vez está más claro.

—¿Qué piensas tú?

—¿De qué, de por qué no ha vuelto Ramón?

—No, si no ha vuelto es porque no ha podido. Ramón es un tío legal. Habría regresado a por nosotros si… Yo creo que está muerto.

Eva asintió. Ella pensaba lo mismo.

—Me refería a qué piensas de todo esto —insistió Alicia—. Todo lo que está ocurriendo.

—No sé, es que creo que no quiero pensarlo. ¿Tú puedes hacerte a la idea de que todo el mundo esté muerto?

—Yo estoy de acuerdo con lo que dijo Yasser anoche: puede que haya más gente. Es lógico que haya mucha más gente que haya sobrevivido, pero no sabemos dónde están. Y ellos tampoco saben que nosotros estamos aquí. Así que, por lo que a nosotros respecta, es como si fuéramos los únicos que seguimos vivos. Al menos, hasta que veamos a algún otro.

Paula, Nando y Rivas salieron del refugio y se les acercaron. Alicia repitió para ellos lo que acababa de decirle a Eva.

—Sí, yo pienso igual —murmuró Nando.

—La cuestión —opinó Rivas— es saber cuánto tiempo esperar para bajar y comprobarlo.

—Yo no voy a bajar —afirmó Eva—. No tengo a nadie, me importa una mierda si alguno de mis padres se ha salvado. No me quieren. Mi padre se largó y mi madre se juntó con un capullo que me

hacía la vida imposible. Me hubiera echado si no llego a pirarme yo antes.

—A mí me metieron en el Centro porque me denunció mi padre, así que imagínate —dijo Alicia—. Pero… sí me gustaría que se hubieran salvado. No quiero volver a verlos, pero sí me gustaría que estuvieran vivos.

—La mayor parte de mi familia sigue en El Salvador —dijo Rivas —. Tal vez allí… No sé, igual el virus no ha llegado a América, ¿no?

No hacían más que dar vueltas sobre las mismas dudas una y otra vez. Desde donde estaban no podían saber el alcance de la pandemia.

—Lo único que parece seguro —opinó Nando al cabo de un rato— es que por ahora aquí estamos a salvo. El virus no llega hasta aquí. Por la distancia, o por la altura o por lo que sea. Somos diez, y Ramón nos enseñó a cazar, pescar y cocinar lo que capturemos. Con eso podemos salir adelante si nos lo montamos bien.

—¡Qué dices, tío! —le reprochó Alicia—. No me apetece mucho quedarme a vivir aquí.

El resto del grupo se les fue uniendo entre bostezos.

—¿Hacemos el fuego? —dijo Tico.

—Yo me voy de caza —repuso Luke—. O eso o empezamos con el canibalismo.

De nuevo se separaron en dos grupos. Los primeros eligieron un punto elevado y sin árboles para evitar que un golpe de viento pudiera desplazar las llamas y provocar un incendio. Reunieron una buena provisión de madera seca, la amontonaron a un lado y encendieron los primeros trozos con uno de los mecheros que tenían.

Cuando las llamas crecieron lo suficiente, añadieron madera más verde y hojas para crear una gran humareda que resultase visible desde lejos.

Luke y los que le acompañaron a cazar se dirigieron monte abajo, hacia el oeste, pero tampoco esa mañana tuvieron suerte. Ante la ausencia de conejos, treparon a varios árboles para buscar algún nido e intentaron también capturar un par de pájaros que volaban bajo.

—Imposible —se lamentó Yasser cuando regresaron con los demás.

—Pues nos vamos a comer unos a otros —gruñó Saray.

—O bajamos al pueblo o nos morimos de hambre, está claro —dijo Luke.

—Venga, baja —le animó Germán, con sorna—. Y si no la palmas, vuelves y nos avisas.

—Que te den —le dijo el otro.

—¿Es que no lo entiendes o qué? Ahora mismo el pueblo y cualquier lugar que estuviera habitado es terreno vedado. Si quieres arriesgarte, hazlo tú. Yo no pienso bajar hasta que no venga alguien y me asegure que no hay virus ni mierdas de esas.

—Vale, nos quedamos aquí y nos morimos de hambre. O, como ha dicho Saray, nos empezamos a comer unos a otros —exclamó Luke.

—Ya conseguiremos comida —trató de mediar Yasser—. Se nos dará mejor la próxima vez. No somos cazadores de verdad, solo hemos practicado un poco. Tenemos que espabilar, preparar trampas y todo eso.

—Escuchad —insistió Luke—: ni siquiera estamos seguros de lo que ha pasado allí abajo. Puede que no sea tan grave. A lo mejor la razón de que Ramón no haya vuelto es otra y no tiene nada que ver con el virus.

—¿Cuál, por ejemplo?

—¿Y yo qué sé? ¡Yo qué sé! Puede que se le hiciera de noche antes de llegar al pueblo y se cayera en un barranco, a saber. Puede que sea él quien nos espera a nosotros porque no puede moverse, y

nosotros aquí sin hacer nada.

Esa posibilidad los enmudeció un instante a todos; pero, enseguida, Tico reaccionó:

—No. Alguien del Centro habría venido. Ellos sabían qué día volvíamos. Y la pareja que nos hizo la comida, Miguel y... Claudia, ¿no? Ellos dos tampoco han vuelto. Están todos muertos, Luke. Y Ramón también. Así que yo me quedo aquí.

Los demás asintieron y Luke se dio por vencido. Él, si hubiera estado solo, habría bajado hasta el primer pueblo, pero en el fondo era consciente de que no le convenía separarse del grupo.

* * *

Por la tarde, los cazadores se alejaron hacia el sur y no regresaron hasta que ya era de noche, pero otra vez lo hicieron con las manos casi vacías. La única pieza que habían cobrado era un lagarto de apenas un palmo de tamaño.

—¿Y eso cómo se cocina? —preguntó Paula.

—¿Nunca habéis comido lagarto? —dijo Yasser.

—Claro que no, tío.

—Pues yo sí. Los cazaba de pequeño.

—¿Y a qué sabe? —quiso saber Germán.

—Es un poco parecido al pollo. No está malo. Pero este tiene poca carne, nos dará para un bocado cada uno, como mucho.

—¿Lo cocinas tú, Yasser? —le preguntó Paula.

El marroquí dijo que sí y se puso manos a la obra bajo la atenta mirada de Paula.

Como la noche anterior, celebraron una especie de cónclave para tomar nuevas decisiones.

De tanto en tanto, alguno salía fuera para asegurarse de que la hoguera continuaba encendida y añadía algo más de madera.

—¿Alguna idea? —dijo Tico.

—¿Qué os parece si ponemos sobre la mesa las opciones que tenemos? Todas las que se nos ocurran. Y luego votamos —dijo Eva.

—Antes habría que saber si todos los que estamos aquí aceptaremos el resultado de esa votación —apuntó Germán.

—OK, vale, ¿alguien piensa oponerse a lo que sea más votado entre todos? —preguntó Eva—. Está claro que lo mejor es que sigamos juntos.

—Gana la mayoría —confirmó Tico, y el resto lo confirmó con un sí o un movimiento afirmativo de la cabeza—. Bien, pues, ¿qué opciones hay?

Luke fue marcándolas con los dedos a medida que las enumeraba:

—Uno: quedarnos aquí hasta no sabemos cuándo, con un hambre terrible, esperando a que alguien aparezca por ese camino de tierra. Dos: nos vamos por donde se fue Ramón. Tres: lo que dijo Rivas, un grupo se queda aquí y otro se va al bosque para cazar y pescar.

—Y cuatro —añadió Nando—: nos vamos todos juntos al bosque y montamos otra vez el campamento. Allí al menos tenemos más probabilidades de conseguir comida.

—Y menos de que nos encuentren —objetó Saray.

—Un momento —solicitó Rivas—. Dejadme señalar los pros y los contras. Y si pensáis en alguno que yo no haya pensado, lo decís. A ver, de la opción uno: este es el sitio más fácil para que nos encuentren, y también para que nosotros veamos si alguien se acerca por el camino. Y tenemos camas, y techo, porque algún día lloverá si esto se alarga mucho. Y agua. En contra: está claro que aquí vamos a pasar hambre. La opción número dos: seguir a Ramón puede ser ir directos a la boca del lobo. Lo siento, Luke, pero no se me ocurre nada a favor de esta opción. Sigo. La tres: a favor está que tendremos las dos cosas, comida y también mantendremos el refugio, pero, por el otro lado, separarnos puede ser un riesgo, e implica estar moviéndonos constantemente de un punto al otro para repartir la comida que consigan los del bosque y la información que tengan los del refugio, si es que tienen alguna. Y la cuarta opción: pues continuaremos juntos, y tendremos caza y pesca. En contra: es difícil que nos vean si no nos buscan directamente en el bosque. ¿Se os ocurre a vosotros algo más?

—Votemos ya —dijo Nando, impaciente.

—Pues empieza tú —le exigió Luke.

Nando bajó la mirada, un poco intimidado.

—Yo voto por permanecer juntos.

—Tío, eso solo descarta la tercera opción. Podemos seguir juntos aquí, o bajar juntos a algún pueblo, o irnos juntos al bosque.

—Nadie ha dicho que solo se pueda votar una opción.

—¡Pues yo voto las cuatro, no te fastidia! —se enfadó Luke—. Venga, elige una.

Nando dudó un instante. Luego dijo:

—La cuatro. Al bosque y al río, me muero de hambre y allí no nos faltará comida ni agua. —Levantó la mirada y la fijó en Luke—. Ahora tú.

—Al pueblo.

Paula iba marcando los votos en voz baja, y lo que consiguió es que todos la mirasen para solicitar el suyo.

—¿Yo? Creo que aguantaría aquí unos días más. Vendrán a por nosotros.

Rivas tomó la palabra a continuación:

—Yo digo lo que ya dije: dos grupos. Así cubrimos nuestras dos mejores opciones. Tendremos comida y mayores posibilidades de que nos encuentren.

—Vamos de maravilla —dijo Luke, burlón—. Un voto para cada una de las opciones.

—Yo voto la cuatro, como Nando —señaló Tico—. Tengo tanta hambre que estoy a punto de comerme una piedra. Al bosque, al menos por unos días.

—Yo también —dijo ahora Yasser—. Siempre podemos subir hasta aquí más adelante.

—Yo digo la tres —votó Saray—. No me hace gracia lo de separarnos, pero creo que es lo más práctico.

—La cuatro —dijo Eva.

—La cuatro —secundó Alicia.

—Entonces ya está, pero yo también iba a votar la cuatro —dijo Germán.

—Cinco votos para la opción cuatro —sentenció Paula.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó Germán.

Uno tras otro mostraron su conformidad.

—Pues vayámonos mañana en cuanto salga el sol. Llegamos al bosque, montamos el campamento como antes y nos dividimos allí para pescar y cazar.

—El que primero se despierte que avise al resto —pidió Alicia—. Mejor ponernos en marcha lo más temprano que podamos.

* * *

Por primera vez desde la marcha de Ramón lograron dormir varias horas seguidas, el agotamiento pudo a los nervios y la incertidumbre, y al vacío que se les había instalado en el estómago.

A la mañana siguiente fue Paula la más madrugadora, despertó a las otras tres chicas y luego a los chicos. Recogieron los sacos y guardaron en las mochilas la ropa que habían utilizado en los últimos días. Llenaron las cantimploras y revisaron que no se les olvidaba nada.

Rivas salió para cerciorarse de que la hoguera estaba bien apagada. Era mejor evitar el riesgo de un incendio forestal. Él y Nando echaron agua sobre los rescoldos y después lo cubrieron con tierra.

Cuando ya estaban preparados para marcharse, a Saray se le ocurrió una idea:

—¿Dejamos una nota? Por si alguien llega buscándonos.

—Es buena idea, sí —aprobó Germán.

—¿Quién tiene papel y boli? O lápiz —preguntó Saray.

Nadie tenía.

—Podemos escribirla en la pared con la ceniza de la hoguera —comentó Nando—. No sé si aguantará mucho, pero es mejor que nada.

—Esperad un momento —dijo Alicia, y abrió uno de los cajones de la cocina—. Con los cubiertos. Mientras no los volvamos a tocar, el mensaje se mantendrá aquí. —Sacó cuchillos, tenedores y cucharas, y los dejó sobre la mesa—. ¿Qué nota ponemos?

—Estamos vivos.

—Hay que decir dónde estamos.

—En el campamento. Ramón sabrá a qué nos referimos.

—¡Ramón no vendrá, joder! Tenemos que dejar una nota que cualquiera pueda entender.

Alicia los ignoró a todos y empezó a formar letras con los cubiertos.

—En el río —leyó Rivas en voz alta—. Sí, con eso basta. Estaremos cerca del río y los veremos llegar.

Las tres palabras ocupaban la mayor parte de la mesa. Todos las leyeron antes de salir del refugio y experimentaron la misma sensación, la de un náufrago en una isla desierta que arroja un mensaje en una botella con la esperanza de que las corrientes marinas la lleven hasta alguien que pueda acudir en su ayuda.

SEGUNDA PARTE Año I de los Niños Perdidos

Un hogar. Aunque fuera temporal. Eso era lo que pretendían conseguir mientras levantaban el campamento en el mismo lugar donde lo habían hecho días atrás con Ramón. En el fondo, ninguno de ellos había tenido uno verdadero desde hacía años; para casi todos, el paso de la infancia a la adolescencia había supuesto la pérdida del hogar que antes había sido la casa familiar, porque una casa, con sus paredes y su techo, no siempre es un hogar. A veces no es más que eso, cuatro paredes y un techo.

Ahora el techo sería de lona, y las paredes serían los pinos y los robles que los rodeaban.

Su universo se había comprimido hasta quedar reducido a una montaña y un bosque. Un río cuyas aguas seguían corriendo como si nada hubiera sucedido. Poco más.

Yasser, Luke y Eva se fueron a cazar. Nando y Tico prepararon unas cañas de pescar con los anzuelos de Ramón, que este había dejado en su mochila al marcharse. Los demás montaron las tiendas y encendieron una hoguera.

Esa noche cenaron mejor que en los últimos tres días. Cazaron dos conejos y pescaron también un par de truchas, y aunque alguien sugirió que convendría dejar algo para el desayuno, tenían tanta hambre que se lo comieron todo.

—Paula —dijo Rivas—, no sé si es que cocinas de maravilla o si es que habría sido capaz de comérmelo todo crudo.

—Menos mal que por lo menos no tenemos problemas para encender el fuego —repuso Paula.

Tenían varios mecheros y también habían tomado la precaución de llevar consigo las velas que había en el refugio.

—Por ahora —señaló Yasser, y sus palabras sonaron algo oscuras.

—No seas agorero, tío —le recriminó Eva.

—Me refiero a que nos podría venir bien practicar eso de hacer fuego con lo que tengamos a mano, sin mecheros.

—Ya lo hicimos con Ramón —recordó Germán.

—Sí, pero ninguno demostró mucha maña que digamos.

—Lo que deberíamos hacer es repartirnos la faena durante el tiempo que vayamos a estar aquí —los interrumpió Luke—. ¿No creéis? Unos se encargan de conseguir comida, otros de cocinar y..., no sé, de mantener el campamento en orden. ¿No?

—Sí —dijeron varios al unísono.

—¿Voluntarios para ir de caza cada mañana? —preguntó Germán.

—No, eso es una chorrada —exclamó Luke—. De voluntarios nada. Cada uno hace lo que mejor se le da. Paula cocina más o menos bien, así que no la vamos a enviar a cazar porque sería perder el tiempo. Yasser, Rivas y yo cazamos. Nando, Germán, ¿os apuntáis?

—Yo me apunto —intervino Alicia.

Luke la miró.

—Vale. No lo haces mal.

—Gracias, experto.

—¿Por qué no dos grupos de caza en vez de uno solo? —opinó Tico—. Así abarcaríamos más terreno.

—Dos grupos de tres. Buena idea —dijo Eva—. Con que en el campamento se queden cuatro es suficiente. Además, esos cuatro pueden pescar también. Dos se quedan y dos van al río.

—Eh, parad un poco —dijo entonces Saray—. ¿No os parece que estamos exagerando? O sea, quiero decir... ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

Algunos la miraron, otros desviaron la mirada.

Ya era oscuro, y la claridad de la hoguera en torno a la que se habían sentado provocaba que la negrura del resto fuera muy intensa.

—Ni idea —respondió al fin Nando.

—Porque una cosa es que hablemos de estar unos días —dijo Saray—, pero ¿hasta cuándo? ¿Qué vamos a hacer, vivir en medio del bosque para siempre? ¿No queréis... no sentís curiosidad por saber...? Está claro lo del virus y todo eso, pero... ¿de verdad pensáis que vamos a quedarnos aquí?

—Yo no sé contestarte a eso, Saray —le dijo Eva.

—¿Cuánto vive un virus? —inquirió Luke—. ¿Alguien lo sabe?

—No tengo la más mínima idea del ciclo de vida de un virus —contestó Tico—. Pero el caso es que algunos vuelven año tras año. El de la gripe, por ejemplo. Y mutan. Puede que este virus sea una mutación del de la gripe.

—En uno de los vídeos decían que lo habían creado en un laboratorio —dijo Paula.

—Pero a lo mejor solo era una teoría. No creo que lo supieran seguro.

—Da igual eso, ¿no? Lo que nos interesaría saber es cuánto tiempo duran —dijo Alicia.

—Pero no lo sabemos y no lo podemos saber —repuso Nando.

—A lo mejor con el frío muere el virus —sugirió Saray.



—Creo que es al contrario, con el calor —dijo Tico.

—O puede que haya virus que no soporten el frío y otros que no resistan el calor —añadió Rivas.

—Entonces, ¿qué? —volvió a hablar Saray—. ¿Vuestra idea es que nos quedemos aquí para siempre? ¡¿Para siempre?!

—O hasta que veamos a alguien. O un avión —dijo Nando.

—Es una locura —zanjó Saray, disgustada.

—Ya lo discutimos en el refugio, Saray —le dijo Rivas—, y lo votamos. La idea era seguir juntos y que todos aceptásemos el resultado de la votación. Te recuerdo que yo voté otra cosa.

—Pero si alguno quiere largarse, que se largue —dijo Alicia. Ella y Saray se sostuvieron la mirada unos segundos—. No te estoy diciendo que te largues. Lo que digo es que, por mucho que hayamos votado, nadie tiene por qué hacer lo que diga el grupo si no está de acuerdo. Estamos juntos por obligación, no porque seamos amigos del alma, así que si alguno quiere ir por libre que lo haga.

—Eso también es verdad —aceptó Rivas—. Pero si uno decide ir por libre, que vaya por libre para todo.

—Sí —corroboró Luke—, yo no pienso darle de comer a alguien

que no haga nada. Yo voté por largarnos, y me he quedado y me dedicaré a cazar el tiempo que estemos aquí, pero que nadie me toque las narices.

—Solo he hecho una pregunta, joder —escupió Saray.

—No lo he dicho por ti, sino por todos.

—Vale, tranquilizaos —solicitó Eva—. Acordaos de lo que dijo Ramón cuando nos habló del viaje: se trataba de que formáramos un equipo, una piña. Y eso más o menos lo conseguimos. No hace falta ser amigos para ser un equipo. Eso es lo que tenemos que seguir haciendo. Y, como ha dicho Alicia, si alguien quiere irse, que se pire. El que se quede tiene que poner de su parte. O caza, o pesca, o cocina.

—Y limpia. Los que cocinen que se encarguen de limpiar —dijo Luke.

—La limpieza la podemos hacer entre todos. Que cada uno recoja lo suyo y friegue sus cosas en el arroyo.

—Oíd —dijo Rivas—. Habrá que buscar un sitio para convertirlo en letrina.

—Ostras, pues sí, y que esté lejos —dijo Germán—. Nada de ponerse a mear en el primer árbol.

—¿Alguien sabe hacer antorchas? —preguntó Nando.

—Hay madera de sobra —contestó Germán.

—Sí, pero no basta con eso. Hay que ponerles algo para que el fuego aguante. Grasa o algo así. Lo digo porque las pilas de las linternas se acabarán tarde o temprano.

—Bueno, ¿por qué no vamos día a día? —comentó Rivas—. Pensemos primero en lo que haremos mañana.

—Dos grupos de tres para cazar, y los cuatro restantes para pescar —resumió Eva.

—Sí, pero decidamos ya quiénes forman los grupos —instó Rivas.

—Yo me quedo aquí —dijo Paula—. Y cocino lo que traigáis.

—Yo me quedo con ella —dijo Saray.

—Dos más que se queden. —De manera casi imperceptible, Rivas miró a Eva y a Alicia.

—Yo iré de caza —dijo la primera de ellas.

—Y yo —añadió Alicia.

—Yo me quedaré —dijo Tico—. Me haré cargo de la pesca.

—A mí me da igual hacer una cosa u otra —dijo Nando—. Si nadie más quiere quedarse, me quedo yo.

—Vale, el resto de caza.

—¿Y lo de la letrina? —preguntó Yasser.

—Es verdad, eso es prioritario —dijo Luke.

—Nosotros la haremos —dijo Saray—. Los que nos quedamos. Solo es un agujero, ¿no?

—Pero bien grande.

—Que a nadie se le ocurra ponerse a mear en el río —advirtió Alicia.

* * *

Por la mañana, después de una noche poco plácida, más por la inquietud que por la incomodidad del suelo, todos se pusieron manos a la obra.

Nando, Paula, Saray y Tico escogieron un lugar que consideraron adecuado y empezaron a excavar. Lo hicieron con las manos, al no disponer de herramientas, lo cual lo dificultó mucho, pues bajo la capa de hierba y hojarasca la tierra era dura. Cuando ya habían empezado, Tico sugirió que sería buena idea cavar dos letrinas un poco separadas la una de la otra.

—Somos diez, y no es cuestión de ponernos a hacer cola para ir al aseo.

—¿Y cómo de profundos hacemos los agujeros?

—Todo lo que podamos.

Mientras, Eva, Germán y Yasser se dirigieron hacia el sur, y Luke,

Alicia y Rivas hacia el oeste.

A media mañana, el grupo que se encargaba de las letrinas hizo un descanso y aprovechó para acercarse al río y colocar las cañas de pescar.

* * *

Por la tarde, después de comer, continuaron con la excavación, y, entretanto, los otros discutieron cómo mejorar las posibilidades de aumentar la caza. Luke y Yasser, que eran hábiles con las manos, propusieron fabricar varias trampas. Los demás buscaron trozos de madera susceptibles de ser convertidos en lanzas o flechas, y emplearon cuchillos para sacarles punta.

* * *

Al día siguiente, Rivas, empeñado en no olvidar la opción que él había votado, sugirió ir al refugio para comprobar si había aparecido alguien por allí.

—Ir y volver te llevará casi todo el día —dijo Alicia.

—No importa. No hace falta que seis de nosotros vayamos a cazar cada día.

—A mí me parece bien —dijo Germán—. Deberíamos ir con cierta frecuencia. Iré contigo, pero sería mejor hacerlo mañana. Así nos llevamos comida para el camino.

—Es mejor que nadie vaya solo, sí —opinó Alicia.

—Vale. Mañana —aceptó Rivas—. Nos ponemos en marcha en cuanto nos levantemos.

—¿Qué tal si organizamos también un turno para eso? —dijo Eva —. Cada tres o cuatro días vamos al refugio para revisarlo, y que cada vez vayan dos diferentes de nosotros.

—Yo no tengo problema en encargarme de ir hasta allí —dijo Rivas—. Me gusta estar ocupado.

—Bueno, pero a mí también me gustaría ir alguna que otra vez — explicó Eva.

—Vale, hacemos los turnos, si quieres —admitió Rivas—, pero yo me ofrezco a ir si a alguien no le apetece cuando le toque.

Una vez decidido eso, reanudaron las tareas. Encontraron un nido con varios huevos, cazaron dos conejos y descubrieron huellas de un animal más grande, quizá un jabalí. También fue provechosa la pesca, y terminaron con las letrinas.

Esa noche reservaron una porción de la comida que habían cocinado entre Paula y Tico para desayunar y para que Rivas y Germán se la llevaran en su viaje al refugio.

* * *

—Podríamos construir una especie de despensa —dijo Nando, cuando Germán y Rivas ya se habían ido y los otros cuatro cazadores se preparaban para salir del campamento.

—¿Una despensa? —repitió Saray—. ¿Cómo?

—Eso no lo sé, pero puede que algún día no podamos cazar nada, ni pescar. Nos conviene tener reservas de comida para días así.

—Es verdad —dijo Luke—. Hay que hacer una despensa.

—Sí, pero ¿cómo? ¿Cómo se conserva la comida sin que se estropee? No podemos congelarla.

—No vamos a poder conservarla durante mucho tiempo, pero sí al menos para unos días —dijo Nando—. Hay que hacerlo de manera que las hormigas y las moscas no puedan acceder a nuestros alimentos. ¿Alguna idea?

—Podemos utilizar la mochila de Ramón —sugirió Yasser—. La vaciamos, metemos la comida y la colgamos de una rama.

—¿Eso servirá? —dudó Nando—. Yo estaba pensando en una de esas edificaciones que ponen sobre unas columnas, para que no puedan subir los ratones.

—Hórreo —dijo Tico—. Se llaman hórreos.

—Sí, no recordaba el nombre.

—Pero, tío, eso es difícil. ¿Eres albañil o qué?

—Tampoco será tan complicado, digo yo —se defendió Nando—. Podemos probar.

—Yo creo que con lo que ha dicho Yasser será suficiente.

—Bueno, yo probaré a construir el hórreo, o como se llame. No hace falta que nadie me ayude, pero, mientras lo hago, me libero de la pesca y la cocina.

Eligió un punto equidistante entre dos árboles, detrás de las tiendas, y se puso manos a la obra. Sabía que necesitaba crear primero unas columnas para elevarlo y que no entrase la humedad del suelo, y luego una superficie plana que descansaría sobre esas columnas. Esa era la parte más difícil. Su idea inicial para las columnas fue buscar un par de troncos, pero reparó en que la rugosidad de la madera sería como una autopista para los roedores y los insectos, así que pensó en construirlas con barro. Supuso que eso tampoco evitaría el ascenso de los bichos, pero quizá se lo complicaría un poco.

Fue al río y buscó un lugar propicio, donde hubiera tierra y alguna piedra más o menos plana que pudiera utilizar como base.

Tras varias horas de trabajo, lo que tenía sobre la piedra no se parecía en nada a unas columnas firmes y se dejó llevar por la frustración. Cogió la tierra a puñados y la arrojó al río.

Volvió al campamento al mismo tiempo que los cazadores.

—El menú de hoy va a ser el de siempre —informó Yasser—: conejo.

—Estoy un poco hasta las narices de comer conejo —se quejó Tico.

—¿Y quién no? —gruñó Luke—. Pero no hay mucho donde elegir, la pizzería estaba cerrada.

—¿Y las huellas que visteis? —preguntó Paula—. ¿Las del jabalí?

—Hoy no las hemos visto —contestó Eva—. Y ni siquiera sabemos seguro si eran de jabalí.

—De lo que sea, da igual —dijo Luke—. Es más grande que un maldito conejo.

—Escuchad —pidió Nando—. He pensado que mañana iré yo al refugio. Si se me hubiera ocurrido antes, habría ido hoy con Rivas.

—Habíamos acordado ir cada tres días —repuso Eva—, no todos los días.

—Ya, pero a lo mejor encuentro algo allí que podamos usar como despensa. No soy muy mañoso, así que si intento construirla no voy a hacer otra cosa que perder el tiempo. Hoy he perdido toda la mañana.

—Yo te acompaño —dijo Yasser—. Podemos intentar arrancar alguno de los armarios de la cocina y cargarlo hasta aquí.

—Exacto.

—¿Podréis entre los dos? Lo digo por acompañaros yo también —se ofreció Alicia.

—¿No será mejor que vayamos todos y traigamos todo lo que podamos? —preguntó Saray.

—Sí, incluso la mesa nos vendría muy bien tenerla aquí —añadió Alicia—, aunque es enorme.

—No, todos no —dijo ahora Nando—. Yo creo que alguien debe quedarse aquí. Siempre tiene que haber alguien en el campamento.

—Y también debería quedarse alguien para cazar y tener la cena preparada para cuando los otros vuelvan —dijo Tico.

Decidieron finalmente que eso era lo más sensato: cuatro permanecerían en el campamento, como hasta entonces, cazarían y pescarían y prepararían la cena; los otros seis irían al refugio y escogerían todo lo que pudiera serles de alguna utilidad en el bosque.

* * *

Rivas y Germán estaban de vuelta poco antes de que cayera la noche sobre el bosque. No traían consigo ninguna novedad. Nada había cambiado en el refugio, no había huellas que indicasen que alguien aparte de ellos hubiera estado allí. El mensaje hecho con los cubiertos permanecía sobre la mesa.

—Estuvimos un buen rato mirando hacia el aeropuerto —dijo Germán—. Ni un avión.

Los demás les informaron del plan para el día siguiente.

—Buff, es una paliza en toda regla —dijo Rivas—. Yo estoy reventado y no he tenido que traer nada a cuestas.

—Eso es verdad —confirmó Germán.

—Bueno, podemos hacer varios viajes, en ese caso —comentó Yasser.

—Y tampoco hay que traerlo todo mañana —dijo Nando—. Cogemos lo más necesario y ya volveremos otro día a por el resto.

—Mirad —insistió Rivas—, yo mañana no voy. Casi no puedo ni mover las piernas. Es una caminata brutal.

—Ya habíamos contado con eso —le explicó Luke—. Tú y Germán os podéis quedar con Paula y Saray.

—Entre los cuatro conseguimos comida y preparamos la cena para cuando regresen —dijo Saray.

—Si vais a venir cargados de cosas —opinó Germán—, vendréis despacio y se os hará de noche mucho antes de que lleguéis.

—Podemos salir muy temprano —dijo Luke.

—Mejor os quedáis a dormir —sugirió Rivas—. Y cuando volváis, os estará esperando una comida en condiciones.

* * *

El grupo formado por Nando, Luke, Eva, Tico, Alicia y Yasser llegó al refugio sudando y de mal humor. Durante el camino habían discutido varias veces, tanto por la lentitud de Tico, que constantemente se quedaba rezagado y pedía a los demás que lo esperasen y aflojasen el ritmo, como por algún comentario desagradable de Luke, que empezó por cebarse primero con el propio Tico, por su sobrepeso, luego con Nando por su delgadez, a continuación con Yasser, a quien le lanzó un par de pullas xenófobas, y por último con Alicia y Eva, a las que dirigió un sinfín de indirectas de índole sexual.

Ninguno de ellos se quedó callado, pero al cabo de un rato optaron por ignorarle y hacerle el vacío, aunque Luke no quiso darse por enterado.

Eva se acercó a Nando y le preguntó en voz baja, aprovechando que Luke se había distanciado en cabeza:

—¿Al idiota este qué mosca le ha picado hoy?

—Creo que en realidad es al contrario. Desde que lo conocí en el

Centro me pareció un imbécil y un chulo. Lo raro es que hasta ahora se haya portado bien.

—Ya, bueno, yo también lo pensé, pero no me gusta fiarme al cien por cien de las primeras impresiones —dijo Eva.

—¿Yo no te caí bien la primera vez que te compré coca?

—No me acuerdo de cuándo fue la primera vez que te vi. ¿Tú sí?

Nando tardó un instante en responder:

—Sí, la verdad es que sí que me acuerdo.

Eva lo miró con su extraña mirada de color verde musgo.

—Solo te compraba a ti —añadió Nando.

—¿Y eso por qué?

—Porque un amigo me dijo que eras de fiar, y porque me daba miedo que cualquier otro que me ofreciera coca pudiera ser un poli con cara de niño. ¿Sabes? Tú y yo somos los únicos que ya nos conocíamos antes de acabar en el Centro de Menores. Bueno, tampoco es que nos conociéramos, pero ya me entiendes.

—Sí. Yo también conocía a Alicia, de vista.

—¿Te compraba?

—No. La vi tocar un par de veces en uno de los locales a los que solía ir. Toca la guitarra, y lo hace de maravilla.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Esperó a que Eva asintiera para darle su conformidad y formuló su interrogante—: ¿Quién te cae bien del grupo?

—¡Vaya pregunta, tío! ¿Crees que eso importa ahora? Quiero decir, nosotros no formamos el grupo, lo hicieron Ramón y sus compañeros. Si no tuviéramos que estar juntos a la fuerza, por obligación, no creo que fuera a elegir a ninguno como amigo.

—¿A ninguno?

—Claro que no. Sois todos unos delincuentes de mierda —sentenció Eva con una carcajada.

Nando también sonrió, aunque sin muchas ganas.

—Vale, pero ahora estamos los diez juntos, por obligación, como dices. ¿Quién te cae mejor?

—Es una pregunta bastante indiscreta, ¿no te das cuenta? ¿Quién te cae mejor a ti?

—Yasser. Tico. Tú.

—Vale, tú también me caes bien. Y Rivas y Yasser. Me parecen dos tíos muy..., no sé, prácticos.

—¿Alicia no?

—Alicia es extraña. A veces me cae bien y a veces no. Y eso mismo me pasa con casi todos. Pero, como te digo, no me iría de fiesta con ninguno de vosotros por placer. No te lo tomes a mal, Nando.

—Qué va, no me lo tomo mal para nada.

Continuaron un rato en silencio, y luego fue Eva la que preguntó:

—¿A quién echas más de menos?

—Creo que todavía no me he hecho a la idea de que tenga que echar de menos a nadie. Es como eso que dicen de las guerras en las noticias, que no afectan a la gente que las ve desde el sillón de su casa; porque, aunque saben que son de verdad, no lo parecen, parecen más una película. Pues a mí me pasa algo así. Sé que es verdad lo de la pandemia y los muertos..., pero los únicos muertos que hemos visto estaban en los vídeos. No he visto ninguno delante de mí, ¿entiendes? Ni uno. Sé que ha muerto muchísima gente, pero ¿cuánta? ¿Y quiénes son? No sé si tengo que echar de menos a las personas que conozco, porque no sé si están muertas o se han salvado.

—Aunque no hayan muerto los puedes echar de menos, porque no estás con ellos.

—No. Porque ya no estaba con ellos antes, igual que tú. No los echaba de menos cuando estábamos en el Centro, había decidido no echar de menos a nadie. Echaba de menos estar fuera y poder hacer lo que me diera la gana, pero no echaba de menos a mis padres, por ejemplo, porque hace ya mucho tiempo que no me llevo bien con ellos.

—Yo sí echo de menos a alguien —dijo Eva—. ¿Sabes a quién?

—¿A tu novio?

—No tenía novio.

—Entonces, ¿a quién?

—A una vecina. Flor. Una señora de setenta y pico años. La conozco desde pequeña. Cuando yo era una niña, cada vez que me veía me regalaba un caramelo. Creo que los compraba solo para mí. Más tarde, años después, cuando mi padre se fue, me quedé con ella un montón de veces, cuando mi madre tenía que irse a trabajar o a cualquier sitio. Y cuando mi madre se juntó con el imbécil de su nuevo novio, era yo la que le pedía que me dejara quedarme en su casa. A ella sí que la echo de menos.

—A lo mejor se ha salvado.

—No lo creo. Estaba muy mayor. Supongo que los ancianos habrán sido los primeros en sufrir el virus.

* * *

Una vez dentro del refugio, seleccionaron los dos armarios rectangulares que había en la pared sobre la encimera y el fregadero, y trataron de descolgarlos sin desmontarlos.

No fue sencillo, pues carecían de herramientas y tuvieron que echar mano de alguno de los cuchillos que habían colocado sobre la mesa para intentar desatornillar las sujeciones a la pared. Estas, además, estaban muy oxidadas.

La operación les llevó un buen rato y no pocos quebraderos de cabeza. Las quejas entre unos y otros se hicieron constantes. Estaba claro que Luke tenía un mal día, el peor desde que habían salido del Centro, y su carácter más pendenciero y ofensivo salía a flote una y otra vez, quejándose de la torpeza de los demás.

Hasta que Yasser, harto de que, en vez de llamarlo por su nombre, se dirigiera a él como «moro» le gritó que se callase de una vez.

Luke lo miró desafiante, pero pensó que no merecía la pena llegar a las manos, o que, si lo hacía, quizá Yasser no fuera un rival fácil de derrotar. Era delgado, pero no como Nando, que parecía casi huesos y pellejo. Yasser estaba en forma y era ágil, y por lo que Luke sabía de

él, era muy probable que supiera pelear.

Cuando consiguieron descolgar el primero de los armarios, se tomaron un descanso.

—Me duelen los hombros de tanto tener los brazos en alto —protestó Tico.

—Menos mal que al final decidimos que nos quedaríamos a pasar la noche aquí —comentó Alicia.

* * *

En cuanto empezó a clarear se pusieron en marcha. El viaje, pese a que una gran parte era cuesta abajo o en terreno bastante llano, les llevaría varias horas, más que el día anterior, pues ahora cargaban con los dos armarios. De hecho, enseguida se dieron cuenta de que, más que el peso de los muebles, lo complicado era el transporte en sí mismo: para cada armario hacían falta dos personas, pero como no había asideros la carga se convirtió muy pronto en una pesadilla. Se ladeaba, se inclinaba hacia delante o hacia atrás, y como no ponían toda su atención en el terreno que pisaban a menudo resbalaban o tropezaban con alguna piedra. A cada pocos pasos, tenían que detenerse y cambiar la posición de las manos, o dejar el armario en el suelo para descansar y relevar a los porteadores.

—¿Quién tuvo esta genial idea? —gruñó Luke.

Nando no contestó, pues Luke sabía perfectamente que la idea había sido suya.

—Esto se nos va a hacer eterno —murmuró Alicia.

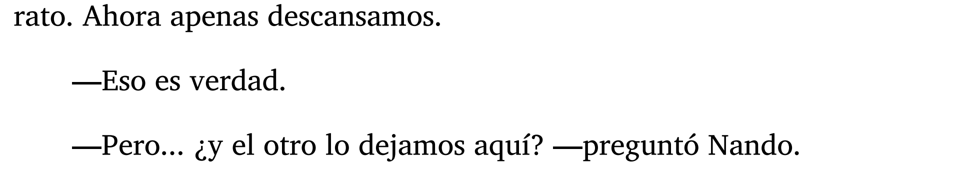
—Hay demasiada distancia —dijo Tico.

—Vale, ¿y qué queréis? —les espetó Nando—. Ya que estamos aquí, deberíamos seguir, aunque tardemos todo el día.

—Se te ocurrió a ti lo de la despensa de las narices —continuó quejándose Luke—, ¿por qué no los llevas tú solito?

—Porque la despensa será para todos, capullo.

—Dejaos de chorradas —los riñó Yasser—. ¿Por qué no hacemos una cosa? ¿Y si nos llevamos hoy solo uno de los dos armarios? Somos seis, podemos hacer tres relevos y cuatro de nosotros descansarán un



rato. Ahora apenas descansamos.

—Eso es verdad.

—Pero… ¿y el otro lo dejamos aquí? —preguntó Nando.

—O eso o lo llevas tú —le dijo Luke—. Yo estoy a favor de lo que dice el moro.

De pronto, Yasser se abalanzó sobre él y le dio un empujón con ambas manos. Luke se fue hacia atrás, su pie derecho dio con una piedra, trastabilló y se cayó hacia atrás.

Nando se apresuró a colocarse entre ambos, pero Luke se incorporó y se lanzó contra Yasser, arramblando de paso con Nando, de manera que los tres acabaron rodando por el suelo.

Los otros les gritaron que se estuvieran quietos, y al ver que nos les hacían caso, Alicia hizo un gesto tanto a Eva como a Tico. Entre los tres, cogieron el armario más próximo y reanudaron la marcha.

Al poco, los que peleaban se percataron de que las chicas y Tico estaban ya cincuenta metros ladera abajo y pararon de darse golpes.

—Lo que no entiendo es que te moleste que te llame «moro» —dijo entonces Luke—. ¿Es que no es lo que eres o qué?

—Que te den. —Yasser se desentendió del segundo armario y fue tras el otro grupo.

Luke miró a Nando con una media sonrisa, aunque el pómulo izquierdo se le había puesto rojo y se empezaba a hinchar.

—¿Tú lo entiendes?

—No es solo lo que dices, tío. Es la forma en que lo dices.

También Nando siguió los pasos de los demás, los alcanzó y se ofreció a relevar a Eva cargando con el armario.

* * *

El trayecto hasta el campamento les llevó todo el día, y al menos un par de veces estuvieron a punto de abandonar el armario, como habían hecho con el otro. Pero llegaron, y el mueble también.

—Ya habíamos empezado a ponernos algo nerviosos —dijo Paula,

a modo de saludo.

—¿Traéis hambre? —preguntó Rivas.

—Dime que has cazado un hipopótamo, o un diplodocus, o algo igual de gordo y grande —gritó Luke.

—Bueno, no tanto, pero hemos pescado más que nunca y Germán ha encontrado unos huevos cerca del río.

—De serpiente —especificó el aludido.

—¿De serpiente? —se sorprendió Nando—. ¿Y eso se come?

—Espero que sí —dijo Paula.

Comieron con tanta ansia que, otra vez, casi agotaron la comida sin pararse a pensar en reservar algo para el siguiente desayuno. Cuando reparó en ello, Eva les llamó la atención a sus compañeros:

—Eh, tenemos que espabilar. No podemos estar todos los días igual, zampándonos todo lo que pescamos y cazamos. Llegará un día que no tengamos nada.

—Por eso hemos cargado con el armario —gruñó Tico—. Pero hoy estábamos todos famélicos.

—Sí, mañana será otro día —secundó Alicia—. A partir de mañana guardamos una parte de lo que consigamos.

—A ver si es verdad —dijo Eva, entre dientes.

—Tranqui, guapa —le dijo Luke, pero la mirada que le lanzó Eva le hizo carraspear y quedarse callado.

* * *

Con la punta de un cuchillo, Paula hizo varias marcas en el tronco de uno de los pinos que rodeaban el campamento, una marca por cada día que llevaban allí. La primera marca, un simple corte vertical en la corteza, la hizo para señalar el día que Ramón se había separado de ellos. A continuación, realizó cinco más, dudó y añadió una sexta, y aún volvió a dudar. ¿Era posible que ya hubiera perdido la cuenta? Hizo memoria: Ramón se había ido el mismo día que habían llegado al refugio, ellos lo habían esperado allí… ¿dos, tres días? Al tercer día fue cuando habían bajado al bosque…

Oyó pisadas a su espalda, y de reojo vio que era Germán.

—¿Llevamos aquí ya una semana? Desde que se fue Ramón —preguntó Paula.

El otro lo pensó un instante y asintió.

—Sí, ¿no? Siete días. O seis. No estoy seguro.

—¿Qué día de la semana es hoy?

—¿Qué importa eso? ¿Es que echan partido en la tele o algo?

—Solo es por llevar la cuenta —se explicó Paula.

Germán miró las marcas que acababa de hacer.

—¿Desde que Ramón desapareció?

—Sí. Son los días que llevamos solos aquí.

Los demás, que iban despertando y saliendo de las tiendas, se acercaron.

—¿Un calendario? —dijo Alicia—. Como hacen los presos en las películas.

—Prisioneros del bosque —murmuró Nando.

—¿Y por qué has puesto seis marcas? —preguntó Rivas.

—Es desde el día que fuimos al refugio y Ramón se marchó.

—Yo empezaría a contar desde el día que llegó el virus —dijo el salvadoreño—. Nuestro calendario desde el día del fin del mundo.

—¿Y cuándo fue eso? —inquirió a su vez Paula.

—La primera llamada perdida en mi móvil era de tres días después de haber venido —recordó Alicia.

—¿Qué más da, unos días más o menos? —refunfuñó Paula—. Está bien así: desde el día que nos separamos de Ramón. Lo otro no lo sabemos con seguridad.

Nando levantó la mirada y observó el cielo entre las copas de los árboles. Todos los días miraba buscando algún avión, pero nunca veía

más que nubes o pájaros.

—Buff —resopló Luke—, estoy reventado. Tengo las piernas como si fueran piedras. —Se colocó al lado de Yasser y ambos se miraron. Los dos tenían ligeras marcas en la cara por los golpes del día anterior.

—Pues falta por traer el otro armario —dijo Alicia.

—¡Ni de coña! —rugió Luke—. Ese lo dejamos ahí. O ya iremos otro día a por él. Si no tenemos casi comida para guardar, ¿para qué queremos tanto armario?

—Sí, ya iremos otro día a traerlo —estuvo de acuerdo Nando—. Por ahora, con este nos vale, creo yo. Lo que sí hay que hacer es ponerlo en alto para que no le entre humedad del suelo.

—Bueno, pero para eso bastará con apoyarlo en unas rocas —dijo Tico.

—Yo hoy no puedo ni andar, eh —dijo Luke—. Me duelen las piernas, ya digo.

—Podemos olvidarnos por un día de cazar y concentrarnos en pescar —sugirió Tico—. Así descansamos.

Todos estuvieron conformes. Nando, Tico y Paula se encargaron de apilar en tres montones unas cuantas piedras de gran tamaño y colocaron el armario encima, de forma que hubiera algo más de un palmo entre su base y el suelo. Los demás fueron al río.

* * *

La suerte los acompañó y pronto obtuvieron suficiente pescado para un día y medio, si controlaban el apetito y lo dosificaban, así que a mitad de mañana decidieron darse un baño para relajarse. Todos tenían bañador, pues Ramón les había advertido que lo utilizarían en el lago durante la excursión. Los tres que se habían quedado adecentando la despensa se les unieron un poco más tarde.

Por un momento, incluso pareció que seguían de acampada, que estaban allí por placer, pero sus risas y sus amagos de juegos y bromas duraron lo que tardó en reaparecer en sus mentes la realidad.

Entonces, guiados por la frustración y la tristeza, nadaron hasta la orilla y se sentaron en silencio. En cierto modo, todos tenían la sensación de que se les había prohibido divertirse. El mundo se había

acabado, o al menos la civilización de los hombres, por lo que ellos sabían, y resultaba fuera de lugar reírse o gastar una broma.

Sin embargo, a algunos el silencio les producía más miedo que el hecho de estar aislados en el bosque. Fue Alicia la primera en hablar:

—Deberíamos dedicar un tiempo a explorar. Ya lo hicimos con Ramón, pero nos vendrá bien saber exactamente qué hay a nuestro alrededor.

—Hacia allí —dijo Rivas señalando en dirección sur— está el lago. Al otro lado, las ruinas de la aldea esa...

—Grandesa —dijo Saray.

—Sí —prosiguió Rivas—. Y allá enfrente las montañas y la cueva en la que hicimos espeleología.

—Ya —dijo Alicia—, pero a lo que me refiero es que deberíamos intentar conocer todo al detalle. Como la palma de nuestra mano. —Luego añadió—: Por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué? —preguntó Luke.

—Por si acaso —se limitó a repetir Alicia.

—A mí me parece perfecto —intervino Nando—. Y, es más, también deberíamos construir una empalizada alrededor del campamento. Recoger troncos y piedras, y levantar una muralla.

—¡A ti se te ha ido la pinza! —exclamó Tico—. ¿Eso para qué?

—¿De verdad te lo tengo que explicar? —se sorprendió Nando—. ¿No has visto ninguna de esas películas sobre apocalipsis nucleares, o zombis o cosas así? Los supervivientes forman bandas, o tribus, y se atacan unos a otros. El ser humano se vuelve salvaje, las personas honradas suelen ser las primeras en morir.

—Pero tú lo has dicho, eso son películas y series de televisión —dijo Germán.

—Si alguien nos encuentra, no podemos estar muy seguros de que quiera ayudarnos, eso es lo que digo —sentenció Nando—. Para empezar, no sabemos cuándo llegó el virus, pero debió de ser hace cosa de dos semanas, y en todo este tiempo no hemos visto a nadie, ni tampoco un avión. Ni señal de que haya más supervivientes. Pero si

los hay, y si nos localizan, es posible que solo quieran quitarnos lo poco que tenemos, porque puede que ellos tengan aún menos que nosotros. ¿No lo entendéis?

—Y entre nosotros hay cuatro chicas —señaló Yasser.

—Exacto —corroboró Nando—. Quizá nos encuentre un grupo de tipos que quiera matarnos a nosotros y llevaros a vosotras con ellos.

—¡No me fastidies! —exclamó Alicia.

—Eso son películas, como dices —gruñó Luke.

Pero, pese a esos comentarios, la inquietud caló en todos ellos, como cala la lluvia en una prenda de algodón.

—Yo montaría la empalizada, os lo aseguro —dijo Nando, con firmeza.

—Si nos ponemos así —le espetó ahora Luke—, también nos convendría montar guardias para ver si alguien se acerca.

—Tú lo has dicho —aceptó Paula, que ya se había convencido de que Nando tenía razón—. Hasta ahora nos hemos comportado casi como si estuviéramos de vacaciones. Tenemos que empezar a preocuparnos por nuestra propia seguridad.

Eva asintió.

—Es cierto. No solo montar guardias y construir esa empalizada, también debemos hacer lo que ha dicho Alicia, registrar el territorio. Y, además, deberíamos pensar en la forma de tener armas. Aunque sean lanzas y flechas. Y aprender a utilizarlas.

—Como si fuéramos indios —dijo Rivas por lo bajo.

—Como si fuéramos lo que somos —le reprendió Eva—: diez pringados que se han quedado solos en el mundo. Llevamos solos una semana y nos hemos dedicado a cazar conejos y pescar truchas. Tenemos que espabilar.

—Si alguien viene por aquí, es mejor que los veamos nosotros antes a ellos que ellos a nosotros —sentenció Nando.

* * *

Esa misma tarde empezaron con la recogida de troncos caídos en

las proximidades y de piedras. No tenían hachas ni nada semejante, así que no podían recurrir a cortar árboles. Trazaron un surco alrededor del campamento para marcar el punto donde levantarían la empalizada, conscientes de que sería una tarea titánica a la que algunos seguían sin verle ningún sentido.

Decidieron que al día siguiente dos grupos irían de exploración y aprovecharían para cazar a la vez, y otro, como siempre, permanecería en el campamento, encargado de la pesca y de continuar con la labor de acumular piedras.

Pero esa noche, después de la cena y antes de acostarse, sucedió algo. De forma inesperada, Rivas dijo:

—Quiero contar una historia. —Sonrió un poco avergonzado al ver que los demás lo miraban sorprendidos—. Como hacíamos con Ramón. Me gustó lo de contar historias. Podríamos hacerlo, ¿no?, aunque él ya no esté.

—¡Genial! Sí, venga, cuenta algo —dijo Eva.

Rivas titubeó un momento, de pronto intimidado por la expectación de los otros. Luego, les mostró un tatuaje que tenía en el hombro izquierdo y que ellos ya le habían visto, cuando se bañaba o se cambiaba de ropa. La tinta trazaba en su piel una intrincada telaraña.

—¿Sabéis lo que significa este tatuaje?

—Que eres una araña —se burló Tico—. O que eres Spiderman.

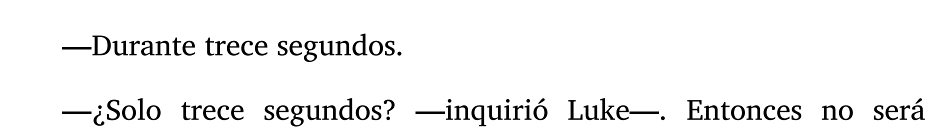
—Que pertenezco a una mara. —Todos sabían lo que eran las maras, pandillas de adolescentes desarraigados y delincuentes que habían surgido en América y se habían extendido a muchas ciudades españolas y de otras partes del mundo—. El significado real de este tatuaje es que todos los miembros de la mara están unidos, como los hilos de seda de la telaraña, y que la mara no va a parar nunca de extenderse. Si a una araña la dejas tranquila, creará una telaraña gigantesca, y cada vez más tupida. Eso es lo que hacen las maras.

—Un día vi un reportaje sobre las maras de El Salvador —dijo Germán—. Son... Eran brutales. ¿Por qué te metiste ahí?

—Porque no tuve opción, tío.

—Dicen que para entrar tienes que dejar que los demás te den

una paliza.



—Durante trece segundos.

—¿Solo trece segundos? —inquirió Luke—. Entonces no será tanto.

—Imagina a veinte, treinta o cuarenta tipos, cada uno con sus dos piernas y sus dos puños, golpeándote en cada centímetro de tu cuerpo. Si te tapas la cara, te golpean en el estómago o en las pelotas. Si te tapas la entrepierna, te rompen la nariz. Trece segundos son interminables. Pero yo no pasé por eso —añadió tras una breve pausa —. Hay otro modo de entrar. O aceptas la paliza, o vas a otro barrio y matas a un miembro de una mara rival, o a alguien a quien tus compañeros quieran liquidar.

—¿Tú mataste a alguien? —preguntó Paula, horrorizada.

En lugar de contestar, Rivas dijo:

—Para las chicas es peor, ellas tienen una tercera opción: pueden elegir acostarse con todos los chicos de la mara. Después se supone que quedan bajo la protección de todos ellos.

—¿Cómo te metiste en algo así? —volvió a preguntar Germán.

—Ya te he dicho que no tenía otra cosa. Mi padre murió, y mi madre, que era maestra de escuela, enfermó y quedó inválida. No teníamos nada. Si quería sobrevivir, tenía que entrar en la mara. Un amigo me convenció. Así podría tener comida para alimentar a mi madre. Casi un año más tarde, apareció de la nada una tía mía, hermana de mi madre; ella me sacó de allí. Me dio dinero y me metió en un avión para España. Yo ni siquiera me acordaba de ella, porque cuando era niño se casó con un tipo y se marcharon del barrio. Les fue bien, y eso me salvó a mí de rebote. Bueno, me salvó a medias, porque aquí volvía a estar solo, y el dinero no me duró mucho. Como lo único que conocía más o menos eran las bandas, busqué una en la que entrar. Este tatuaje fue mi salvoconducto.

Se quedó callado, y Saray aprovechó para intervenir:

—Tú también tienes uno, Eva. ¿Qué significa?

—Cosas mías —repuso Eva, con sequedad. Le había explicado a Ramón el significado, pero no deseaba contárselo a todos. Era como un mantra para ella, una frase que a menudo se decía a sí misma antes

de dormirse. «No me vencerán».

* * *

A partir de entonces, casi cada noche, durante o después de la cena, alguno de los miembros del grupo se animó a contar una historia. A veces se trataba de un fragmento de su propia vida, como había hecho Rivas, otras preferían contar un relato inventado, lo que de vez en cuando se transformaba en un juego en el que los demás sugerían posibilidades, giros del guion o incluso personajes. Otras noches alguno contaba la trama de una película que había visto o de algún libro que había leído, o algunas de esas leyendas terroríficas que se propagaban por internet. Así, ese ejercicio de narración nocturna se fue convirtiendo en una tradición.

Por el día, continuaban con la construcción del muro, lo que suponía un gran esfuerzo y, a cambio, pocos resultados visibles por el momento, dada su escasa o nula práctica en tareas de esas características. Eso lo combinaban con la caza diaria y con la exploración.

Habían recordado que Ramón poseía un mapa, lo encontraron en uno de los bolsillos de la mochila y les facilitó mucho las cosas para orientarse, aunque en eso no todos eran igual de hábiles.

En cuanto a la creación de armas, le dedicaban los tiempos muertos por las tardes, después de comer. Buscaban palos no muy gruesos, pero lo bastante fuertes, los pelaban y les sacaban punta con los cuchillos o navajas que tenían. Luke, Yasser y Nando se construyeron sus propios arcos, pero el resultado parecía más un juguete que una verdadera arma.

* * *

Un día reaparecieron las huellas de un animal cuadrúpedo y los chicos trataron de rastrearlo. La dieta de conejo y pescado ya hacía días que se había vuelto cansina y monótona.

Yasser, Luke y Alicia siguieron las marcas en la tierra hasta que las perdieron al llegar a un terreno rocoso. Buscaron por allí cualquier escondrijo donde el animal pudiera haberse metido, pero no encontraron nada, así que avisaron al resto y reemprendieron la búsqueda de manera más exhaustiva, aunque sin resultado.

Esa noche fue Eva la que tomó el turno de contar una historia alrededor de la hoguera, e inventó a un animal espectral que los

rondaba y vigilaba, pero que era invisible a los ojos humanos.

Los demás la escucharon cautivados por su relato, y cuando ella calló, aguardaron en vano a que prosiguiera.

—¿Ya está? —preguntó Nando.

—Sí, ya está.

—Te ha faltado decir si lo cazamos o no —comentó Tico, en broma.

—Mañana volveremos a buscarlo —dijo Rivas—. Si es un jabalí, nos pondremos las botas.

—Los jabalíes son peligrosos, ¿verdad? —dijo Saray.

—Habrá que tener cuidado, sí —convino Luke—, pero lo cazaremos.

Al amanecer, solo Paula y Alicia se quedaron en el campamento, los otros ocho volvieron al punto donde las huellas desaparecían y buscaron durante toda la jornada, sin suerte.

—A ver si va a ser verdad que es invisible a nuestros ojos —le dijo Nando a Eva.

El tercer día lo vieron por fin. A lo lejos, una mancha color gris oscuro que corría ladera abajo.

—¡Allí! —exclamó Germán.

—¡A por él!

Pero el animal se escabulló como por arte de magia, sin que ninguno de ellos pudiera ver por dónde había huido o dónde se había metido.

No fue hasta el cuarto día que lograron acorralarlo y darle caza. Era un ejemplar adulto que corría veloz a través de los arbustos y el sotobosque, pero los chicos consiguieron cerrarle el paso y obligarlo a ir hacia una pared vertical de roca, donde pudieron dispararle. Ese momento fue una mezcla de absurdo, torpeza y horror, pues el animal comenzó a emitir unos chillidos agudos que les helaron la sangre, y pese a las primeras heridas no dejó de correr e intentar salvarse. Los chicos lo rodearon sin atreverse a acercarse demasiado, por miedo a que se revolviera y se lanzara contra ellos. Le arrojaban sus lanzas una

y otra vez, pero como el animal no se estaba quieto, a menudo erraban el tiro o solo conseguían que la punta se clavara mínimamente.

Por fin, Rivas y Luke atacaron cada uno por un lado y le dieron muerte. Los dos soltaron sendos alaridos de victoria, pero los demás quedaron en silencio, compungidos por el sufrimiento que le habían infligido al jabalí.

Tuvieron que encontrar un trozo de madera lo suficientemente grueso y alargado para soportar el peso, ataron las pezuñas del animal y lo cargaron por turnos, de dos en dos.

—Tenemos que perfeccionarnos —musitó Eva—. Ha sido una pesadilla oírle chillar así.

—Intenta no pensarlo más —le dijo Alicia, también afectada.

—Sí, no lo penséis más —dijo Yasser—. Nos vamos a dar un festín con él, eso es lo único que cuenta ahora.

—Pero tenemos que perfeccionar nuestras armas y nuestra puntería —insistió Eva—. Los jabalíes no son animales solitarios, creo, así que seguro que habrá otros por aquí.

Ni siquiera sabían cocinarlo de manera adecuada, ni tenían claro qué partes eran comestibles y cuáles no, así que desperdiciaron bastante de lo obtenido, pero, por el lado positivo, tuvieron carne para varios días y pudieron abandonar la caza y la pesca mientras les duró.

Ese tiempo lo aprovecharon para otras cosas. Nando, Paula, Tico y Saray continuaron con la empalizada, que avanzaba despacio y todavía no parecía suponer ninguna gran protección, pero ellos seguían pensando que era necesaria y que, poco a poco, conseguirían darle la altura y la consistencia suficientes. Alicia, Eva, Germán y Yasser se dedicaron a una exploración detallada del bosque, las ruinas y las montañas circundantes. Había en la base de una de esas montañas una cueva que ya Ramón les había enseñado y en la que habían realizado un poco de espeleología, pues se hundía en la tierra varias decenas de metros. Yasser sugirió que quizá hubiera otra más amplia y confortable que pudiera servirles como alojamiento para el invierno, pues aquella era demasiado angosta. En cuanto a Grandesa, la aldea abandonada, lo único que quedaba de ella era una serie de muros irregulares y de escasa altura que marcaban lo que habían sido las casas, graneros o corrales, pero la maleza lo había invadido todo. Luke y Rivas, por su parte, hicieron una nueva expedición hasta el

refugio.

El segundo armario que habían sacado de la cocina continuaba en el mismo punto donde lo habían dejado. No habían vuelto a pensar en él, porque tampoco al que sí habían llevado al campamento le habían dado mucha utilidad.

El refugio se mantenía igual, como si aguardase la llegada de un grupo de senderistas o montañeros, como de costumbre. El mensaje permanecía inalterado sobre la mesa. La imagen de aquellas tres palabras formadas con el acero inoxidable de los cubiertos era hasta cierto punto dolorosa. Una llamada de auxilio que nadie escuchaba; un libro que, aunque abierto por una de sus páginas, nadie leía.

—¿Lo quitamos? —preguntó Luke.

—¿Por qué?

—A ver, tío, estamos construyendo una muralla para defendernos por si otros supervivientes nos atacan, y al mismo tiempo les decimos dónde pueden encontrarnos.

—Joder, es verdad —admitió Rivas.

Entre los dos, recogieron los cubiertos y los devolvieron a su cajón.

—Aquí hay muchas cosas que nos vendrían bien en el campamento. Los colchones, las sillas, la mesa...

—Sí, pero lo complicado es el transporte. Ya viste lo que hicimos con el armario. No es cuestión del peso, es lo incómodo que resulta cargar las cosas entre dos.

—Los colchones son individuales, podemos intentar llevar uno cada uno a la espalda.

Decidieron probar. Primero colocaron todo lo que les parecía que podría ser útil en el comedor, sobre la mesa, e hicieron el cálculo de cuántos viajes serían necesarios para trasladarlo al campamento.

Rivas sacó uno de los colchones afuera, lo equilibró sobre su cabeza y dio varios pasos para evaluar su peso.

—Podemos hacerlo —aseguró—. Y lo agradeceremos cuando estemos abajo: mejor dormir sobre esto que no sobre el suelo.

—Eso está claro —admitió Luke—. Pero antes de ponernos en marcha… —empezó a decir—, ¿no te gustaría bajar y echar un vistazo? —Su mirada se dirigió al camino.

—¿Bajar? No, tío. Ni hablar.

—Yo sí. ¿Y si ya no hay peligro? Puede que el virus ya haya desaparecido. O perdido fuerza, yo qué sé.

—Y también puede que no. Que nos acerquemos y nos infectemos. Si hay supervivientes, prefiero que sean ellos los que vengan.

—Ya, ¿y si no vienen nunca? ¿Tu idea es quedarnos para siempre en el maldito bosque?

—Mi idea es seguir vivo —respondió Rivas—. No sé tú, pero yo ya he tenido varias opciones de morir. Prefiero no arriesgarme. Allí abajo no queda nadie, Luke. No hay aviones, no se ve humo, nadie se ha acercado por aquí en semanas. El mundo ha muerto. Estamos solos, hazte a la idea.

Luke no pudo evitar volver a mirar el camino por el que habían llegado hasta allí tiempo atrás, el mismo camino por el que más tarde Ramón se había marchado y no había regresado.

Solos. ¿De verdad lo estaban? Era difícil aceptarlo. En cierto modo, todos ellos habían ya experimentado la soledad a lo largo de sus vidas, pero era una soledad muy distinta, producida más bien por la incomprensión de los demás, su instinto quizá mal interpretado de rebeldía, la sensación de rechazo que habían visto en los ojos de los adultos, la falta de amor. Se habían sentido solos por factores muy diversos que se habían combinado y los habían convertido a ellos en una especie de náufragos en las aceras de una ciudad con varios cientos de miles de habitantes. Pero la soledad de ahora era diferente. Más definitiva.

Tomó una decisión. No bajaría al pueblo entonces, porque se le haría de noche, pero bajaría. Necesitaba comprobar con sus propios ojos que era verdad, que la humanidad había dejado de existir.

No le dijo nada a Rivas, prefería evitar que tratase de convencerlo de que no lo hiciera.

Cargaron cada uno con un colchón y se dirigieron al campamento.

Horas más tarde, cuando los otros los vieron aparecer, les dedicaron una ronda de aplausos.

—Buena idea —dijo Germán.

—Hay colchones para todos —dijo Rivas—, pero habrá que hacer varios viajes. Y, con paciencia, también podemos traer las sillas y la mesa.

—Yo ya me he acostumbrado al suelo —comentó Nando—, pero no diré que no a un colchón.

Luke sorprendió a todos ofreciéndole el colchón que había cargado a Saray.

* * *

Fue Nando el que esa noche oyó a Luke levantándose y saliendo de la tienda. Lo siguió afuera, tratando de no hacer ruido para no despertar a los otros.

—¿Qué haces? —le preguntó en un susurro al ver que se calzaba las zapatillas—. Todavía no ha salido el sol.

—Por eso mismo. Quiero ponerme en marcha temprano.

—¿Ponerte en marcha? ¿Adónde vas?

—Al pueblo. Quiero bajar y ver cómo está todo.

—¿Estás loco o qué? ¿Y si te infectas? ¿Y si nos infectas a todos?

—Tranquilo, tío. No me acercaré tanto. No quiero suicidarme, solo pretendo ver cómo están las cosas.

Terminó de atarse los cordones y echó a andar sin decir nada más. Nando volvió a meterse en la tienda, cogió su ropa y sus zapatillas, se vistió y fue tras él.

—Eh, ¿qué haces? No intentes convencerme...

—No voy a hacerlo, Luke. Bajaré contigo.

Luke lo miró para evaluar su sinceridad. Acabó por asentir y los dos aceleraron el paso.

Ese día amaneció tristón, con una techumbre de nubes grises y

oscuras desplazándose por el cielo y cubriendo los bosques y los picos de las montañas.

Horas más tarde llegaron al refugio y continuaron adelante. Por primera vez desde que habían iniciado aquella excursión que iba a durar dos semanas y se alargaba ya por espacio de mes y medio, se aventuraban por el camino de tierra hacia el mundo que había sido de los humanos y que ahora era un lugar desconocido y, sin duda, muy cambiado. Ni Luke ni Nando hablaban, ambos se hallaban inmersos en una vorágine de pensamientos sobre las posibilidades que se abrían ante ellos. ¿Habría gente viva en el pueblo, o todos sus habitantes habrían huido con la noticia de la pandemia? ¿O, peor, estarían todos muertos? ¿Estarían sus cuerpos inertes en las calles y en las casas aguardando una sepultura que nadie les iba a dar? ¿Podría el virus alcanzarles si se acercaban demasiado a la población?

Antes de que llegaran, comenzó a llover, y lo que en un principio fue tan solo un chispeo refrescante se transformó al poco en un chaparrón agresivo del que no pudieron esconderse.

Amainó una hora más tarde, pero para entonces ya estaban calados como si se hubieran metido vestidos en el río y el camino se había embarrado por completo. Por suerte, no tardaron en llegar al punto donde se iniciaba el asfalto.

Divisaron los primeros tejados cuando aún debían encontrarse a una media hora de distancia. Estaban diseminados por una ladera, y aumentaban de número a medida que el terreno se allanaba. Los chicos buscaron un peñasco desde el que el pequeño pueblo se les ofreció en toda su dimensión. No salía humo de ninguna de las chimeneas, ni se veía el menor movimiento. Sí había algunos vehículos, coches particulares y un par de tractores, pero todos ellos estaban aparcados o detenidos. Uno tenía la puerta del conductor abierta.

Se sentaron en lo alto del peñasco y se quedaron allí, observando con atención por si descubrían a alguien. Cualquier indicio de que allí quedase vida.

Los dos lloraron en silencio, sin mirarse. La imagen desoladora que tenían delante había abierto un vacío en su pecho, un sumidero que se tragaba sus últimas esperanzas.

—Podemos rodearlo y mirar en el siguiente pueblo —murmuró Luke, sin mucha convicción.

—Ya es tarde. Salimos del campamento cuando todavía era de noche y llegaremos otra vez de noche. Si seguimos avanzando, tendremos que dormir por ahí, y no me apetece para nada. Estoy calado y tengo frío.

—Tiene que haber alguien, ¿no? En alguna parte.

Nando escrutó los coches abandonados en mitad de la carretera. Estaban demasiado lejos como para ver si había algún cadáver en su interior.

—Ahora mismo me cuesta creerlo. Puede que sea verdad que estemos solos.

—No digas eso. No puede ser. ¡No es posible, tío! ¿No te das cuenta? ¿De verdad crees que de toda la humanidad solo quedamos nosotros diez?

Nando se encogió de hombros.

—En el resto del mundo no puedo saberlo, pero en ese pueblo no hay nadie. —Dio un salto para bajar del peñasco e inició el regreso.

Al poco, Luke le siguió.

—Si no hay gente, puede que el virus tampoco esté ya, ¿no crees? ¿No necesitan transmitirse de un ser vivo a otro?

—No. Hay millones de virus diferentes, y miles de millones de formas de transmitirse. Podemos infectarnos por el aire, por el agua, por las picaduras de las pulgas o de los mosquitos, por el tacto... No me pidas que me acerque más, porque no voy a hacerlo. Ahora mismo mi vida es una mierda, pero estoy vivo.

Luke se detuvo y miró hacia atrás. Todavía se veía parte del pueblo. De pronto se le ocurrió una pregunta:

—Eh, Nando, ¿por qué crees que nos hemos salvado nosotros de este apocalipsis? ¿Por qué precisamente nosotros diez?

—No te hagas ilusiones, no es porque seamos especiales, sino por pura casualidad.

Era noche cerrada cuando llegaron al refugio, así que decidieron esperar allí hasta la mañana siguiente para evitar extraviarse en la oscuridad o sufrir algún accidente. Como faltaban tres colchones más,

supieron que los otros habían pasado por allí, quizá pensando que ellos dos estarían. Rellenaron las cantimploras y se tumbaron en una de las literas.

Cuando ya estaba medio traspuesto, agotado por la larga caminata, Nando oyó que Luke le decía:

—Prefiero pensar que sí somos especiales. Nos hemos salvado por alguna razón.

Quiso decirle que no, pero se durmió antes de que ese simple monosílabo saliera de sus labios.

* * *

Llegaron al campamento justo cuando Paula y Saray tenían la comida lista, cargado cada uno de ellos con un nuevo colchón, con lo que ya sumaban un total de siete, pero lo que no había imaginado ninguno de los dos era el recibimiento que les esperaba. Nando recibió la peor parte. El grupo les dirigió miradas de enfado y recriminaciones por haberse marchado sin explicaciones, pero Eva no se conformó con eso, se fue directa hacia Nando y le dio una sonora bofetada.

—¡No podéis largaros así, sin decirnos nada a los demás, ni avisar adónde vais ni cuándo vais a volver! ¡Habéis tardado un día y medio, joder!

Nando no fue capaz de reaccionar, se quedó tal y como estaba, aún con el colchón apoyado sobre su cabeza. Luke, en cambio, dejó caer el suyo y soltó una risita:

—¿Desde cuándo hay toque de queda, guapa? Aquí no mandas tú, Eva, y a mí que no se te ocurra levantarme la mano.

—Estamos todos juntos —dijo Alicia—. Si empezamos a ir cada uno por su lado, todo irá a peor. Tendríais que haber avisado, solo eso. Pensamos que habíais ido de caza, o al refugio, pero Germán, Yasser y yo fuimos allí y no estabais. Y ahora aparecéis con dos colchones; o sea, que sí habéis pasado por allí.

—Fuimos al pueblo —desveló Nando.

—¡¿Qué?! —exclamaron al unísono Paula, Germán y Rivas.

—Tranquilos, no nos hemos acercado lo suficiente para contagiarnos de nada. Pero sí lo hemos visto de lejos.

—¿Y? —quiso saber Eva.

—Nada. Allí no hay nadie. Está abandonado, o, bueno, vacío.

—¿Seguro que no os habéis acercado?

—Nos hemos quedado a varios kilómetros. Ni siquiera pudimos ver si había cadáveres en las calles, estábamos demasiado lejos para eso —explicó Nando.

—Pero sí vimos que los coches fueron abandonados de cualquier manera —dijo Luke—. Algunos no estaban ni aparcados, los habían dejado en la carretera... La gente debió de morir mientras trataba de huir.

—Este quería ir hasta el siguiente pueblo —dijo entonces Nando —, pero le convencí de volver.

—Algún día habrá que intentarlo —repuso Luke.

* * *

Cuando atardecía volvió a llover, aunque esa vez con menor intensidad que el día anterior.

Nando se metió en la tienda que compartía con Tico y Luke, y se quedó medio adormilado. En su mente fueron sucediéndose las imágenes del pueblo desierto, como abandonado a la carrera por sus escasos centenares de habitantes. No habían visto cuerpos caídos en el suelo, pero él estaba convencido de que sí estaban allí, descomponiéndose a la intemperie.

Oyó que alguien entraba en la tienda y entreabrió los ojos. Eva se había arrodillado a su lado.

—Perdona por el bofetón de antes. Estaba nerviosa. Tendríais que habernos avisado de que os ibais.

—Yo no pensaba irme, pero oí que Luke se levantaba y le pregunté. No me pareció buena idea, pero no quise que se fuera solo.

—¿Te he hecho daño?

—Ya te digo. ¡Vaya bofetada me has dado!

—Lo siento. ¿Me perdonas?

—Supongo que sí. —Nando se giró dentro de su saco y le dio la espalda. Estaba molesto con ella, pero, al mismo tiempo, no quería estarlo.

Eva se quedó un momento allí, observándolo, y luego salió de la tienda.

* * *

—¡Un lobo!

Por una vez, Paula había ido con uno de los grupos de cazadores. Eva y Rivas la habían convencido de que lo más inteligente era que todos supieran hacer un poco de todo, que aunque estaba claro que ella era la que mejor cocinaba también le interesaba espabilarse en la caza, por lo que pudiera pasar en el futuro. Y fue justo ella la que dio aquel grito. Estaba subiendo una ladera de roca tan empinada que necesitaba ayudarse con las manos, y resoplaba por el esfuerzo. Había perdido peso, como todos, pero aun así su condición física era peor que la de los demás. En un momento concreto levantó la vista para calcular cuánto le faltaba para llegar a la cima, y entonces se encontró con aquel animal que la observaba a unos cuarenta metros, quizá cincuenta. Del susto se echó hacia atrás y cayó boca arriba, poco le faltó para rodar pendiente abajo.

—¡Un lobo!

Rivas y Eva, que también subían por la ladera, miraron hacia arriba a tiempo de ver solo un movimiento, una sombra que se ocultaba tras unos salientes.

Rivas corrió hasta donde estaba Paula y la ayudó a levantarse.

—¿Seguro que era un lobo? ¿Hay lobos aquí?

—Yo creo que sí.

—No es un lobo —dijo Eva, que había subido unos metros más para localizar al animal.

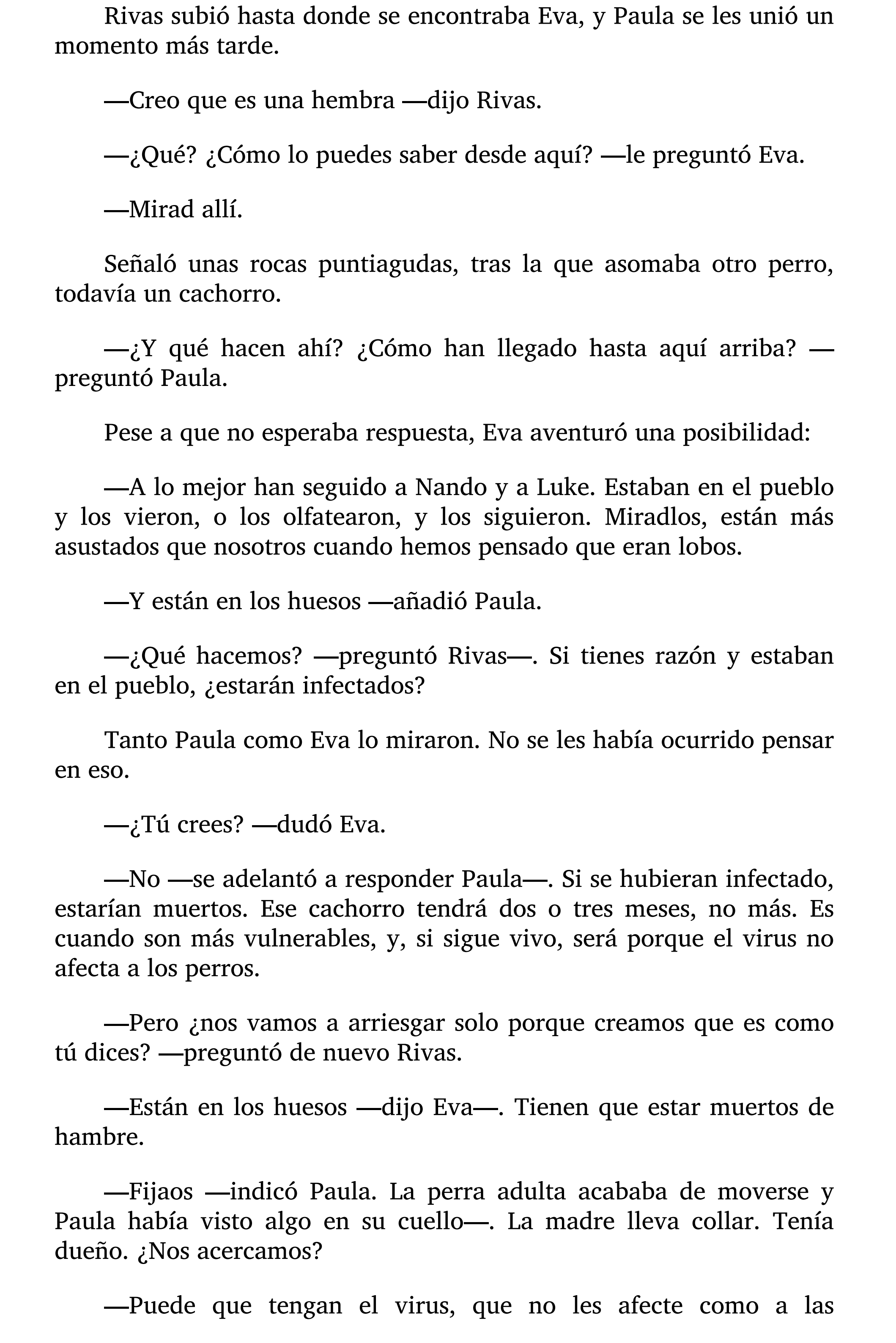
—¿No? ¿Y qué es?

—Un pastor alemán.

—¿Un perro? —se extrañó Paula, segura de que lo que había visto era un lobo.

—Sí, un perro —repitió Eva, irguiéndose sobre una roca—. Está ahí delante.

El animal devolvía la mirada a Eva. Tenía el pelaje bastante sucio, y estaba muy flaco. Sí, podía confundirse con un lobo, y, quizá, por su estado, podría ser peligroso, pero algo en la forma de mirar a la chica contradecía esa idea. Parecía asustado.


Rivas subió hasta donde se encontraba Eva, y Paula se les unió un momento más tarde.

—Creo que es una hembra —dijo Rivas.

—¿Qué? ¿Cómo lo puedes saber desde aquí? —le preguntó Eva.

—Mirad allí.

Señaló unas rocas puntiagudas, tras la que asomaba otro perro, todavía un cachorro.

—¿Y qué hacen ahí? ¿Cómo han llegado hasta aquí arriba? —preguntó Paula.

Pese a que no esperaba respuesta, Eva aventuró una posibilidad:

—A lo mejor han seguido a Nando y a Luke. Estaban en el pueblo y los vieron, o los olfatearon, y los siguieron. Miradlos, están más asustados que nosotros cuando hemos pensado que eran lobos.

—Y están en los huesos —añadió Paula.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rivas—. Si tienes razón y estaban en el pueblo, ¿estarán infectados?

Tanto Paula como Eva lo miraron. No se les había ocurrido pensar en eso.

—¿Tú crees? —dudó Eva.

—No —se adelantó a responder Paula—. Si se hubieran infectado, estarían muertos. Ese cachorro tendrá dos o tres meses, no más. Es cuando son más vulnerables, y, si sigue vivo, será porque el virus no afecta a los perros.

—Pero ¿nos vamos a arriesgar solo porque creamos que es como tú dices? —preguntó de nuevo Rivas.

—Están en los huesos —dijo Eva—. Tienen que estar muertos de hambre.

—Fijaos —indicó Paula. La perra adulta acababa de moverse y Paula había visto algo en su cuello—. La madre lleva collar. Tenía dueño. ¿Nos acercamos?

—Puede que tengan el virus, que no les afecte como a las

personas, pero nos contagiaremos si nos acercamos —insistió Rivas.

—Eso podría haber pasado también con el jabalí, o con los conejos.

—No es lo mismo. Estos perros han estado en contacto con personas. Eva lo ha dicho: puede que estuvieran en el pueblo y hayan seguido el rastro de Luke y Nando.

Eva resopló.

—Supongo que tienes razón. Lo mejor será que nos vayamos.

—¿Y los dejamos aquí, sin más, los abandonamos? —casi gritó Paula—. Si han seguido a Luke y a Nando es porque están desesperados y tienen hambre.

—Paula —le dijo Eva—, me encantan los animales, de verdad, los perros y los gatos, sobre todo, pero puede que Rivas tenga razón. Es más seguro que nos alejemos de ellos.

Lo hicieron, pero no sirvió de nada. De camino de vuelta al campamento, miraban a sus espaldas por si veían a los dos perros, y se confiaron al creer que los animales no los seguían. Sin embargo, cuando Saray se levantó por la mañana, los perros estaban allí, el cachorro encaramado a la muralla todavía en obras y su madre a un par de metros de él, ambos mirando suplicantes hacia las tiendas de campaña.

—Tenemos visita —dijo, llamando al resto del grupo.

Uno detrás de otro se fueron asomando y saliendo, alarmados y curiosos.

—¿Y ahora qué? —murmuró Eva, entre dientes.

—Pues puede que ya estemos infectados —dijo Rivas.

—Están famélicos —dijo Alicia.

Fue a la despensa y cogió un par de pedazos de carne que arrojó cerca de los perros.

Tanto la madre como el cachorro titubearon unos segundos, vigilando los movimientos de los chicos. Luego avanzaron, olisquearon la carne y comenzaron a mordisquearla.

—Bueno, pues parece que a partir de ahora tenemos mascotas —aseveró Paula—. Y dos bocas más que alimentar.

Yasser fue el primero en acercarse e intentar acariciarlos. Para ello, esperó a que hubieran terminado de comer. Se acercó a la madre, de modo que esta no fuera a temer por su cría, le habló con suavidad y extendió lentamente la mano hacia delante. La perra alzó la cabeza y le olisqueó los dedos con recelo, pero a continuación inclinó el hocico un poco para que la mano del chico pudiera alcanzarle entre las orejas.

Al instante se aproximó el cachorro, ansioso por recibir también alguna caricia.

—Sí, tenemos mascotas —anunció Yasser. Miró el collar de la madre y descubrió una chapa plateada con un nombre grabado—. Se llama Gacela.

Como el cachorro no tenía collar, decidieron un nombre para él. Tras varias propuestas que no cuajaron, al final se decantaron por bautizarlo como Lobo, un nombre que les agradó a todos.

Cuando estuvo claro que los perros no pensaban marcharse, Nando y Tico crearon un añadido en la cara interior de la muralla donde Gacela y Lobo podían guarecerse en caso de lluvia.

* * *

Ya nadie contaba las marcas que Paula había hecho en el árbol del calendario, ni siquiera ella se acordaba de hacer una nueva cada día. Lo que sabían con certeza era que el otoño ya había empezado, pues las temperaturas habían bajado de manera considerable y las lluvias eran bastante frecuentes, aunque, por suerte, no solían durar mucho ni eran tampoco muy intensas. En cambio, no tenían ni idea de en qué día de la semana se encontraban. En realidad, eso no les importaba. Pensaban que, si la civilización de los hombres había desaparecido casi de la noche a la mañana, poca trascendencia podía tener el hecho de que hoy fuera jueves o lunes.

Tampoco el año tenía relevancia. De hecho, Tico comentó que tal vez convendría crear un nuevo calendario. Lo dijo una de tantas noches en torno a la hoguera, que era el momento en que el grupo conversaba sobre todo tipo de temas, y a pesar de que su intención era más bien humorística, la idea suscitó un debate que concluyó con el acuerdo de que se hallaban en el Año I de una nueva era.

—El Año I de los Diez —dijo Luke, volviendo a su pensamiento de que, si se habían salvado, era porque había algo especial en ellos.

—Los Diez del Bosque —añadió Tico.

—Año I de los Niños Perdidos —murmuró Eva un momento después.

—No somos niños, Eva —le dijo Luke.

* * *

Carecían de ropa de abrigo. La excursión la habían realizado en pleno verano, así que en las mochilas habían metido sobre todo camisetas y pantalones cortos. Por fortuna todos tenían también un chándal o al menos un pantalón largo y un chubasquero, punto en el que Ramón había insistido, consciente de que en la montaña podía llover en cualquier momento, pero eso no era suficiente ahora que las temperaturas iban en descenso. No habían cazado a ningún animal del suficiente tamaño como para aprovechar su piel, pero decidieron que a partir de ahora conservarían todas las pieles para coserlas y crear mantas o capas con las que cubrirse. Para ello, contaban con un diminuto kit de costura que había en la mochila de Ramón. De todas maneras, hicieron otro viaje al refugio y encontraron en uno de los armarios unas pocas mantas viejas.

Lo peor no eran las lluvias en sí, pues la tela con que estaban hechas las tiendas de campaña era impermeable, lo peor era el barro, que no podían esquivar y que acababa pringándolo todo, y la advertencia tácita de que la situación sería aún más incómoda conforme la estación fuera avanzando. El frío podía aumentar mucho en las montañas, y, al mismo tiempo, la caza podría escasear.

Durante dos días seguidos los grupos de caza, a los que ahora se unían siempre Gacela y Lobo, que parecían deseosos de ganarse el cariño de los chicos, regresaron con las manos vacías.

Necesitaban conservar la carne, pero como no disponían de envases herméticos ni sal, la única forma que se les había ocurrido de intentarlo era ahumándola, y, ya fuera porque no dominaban la técnica o porque no lo hacían suficientemente, los insectos no se mantenían mucho tiempo alejados de la carne. Así las cosas, optaron por acumular bayas y otros frutos del bosque en la despensa.

* * *

Saray y Luke se mudaron a la tienda sobrante, la que había sido de Ramón y en la que, desde su vuelta al bosque, habían ido metiendo todo aquello que no utilizaban a diario, convirtiéndola en una especie de almacén o trastero. La intimidad entre ellos dos había aumentado en las últimas semanas, quizá a partir de aquel día en que Luke le ofreciera el colchón que había llevado desde el refugio.

Como Paula se quedó sola en su tienda, pues hasta entonces la había compartido con Saray, se pasó a la de las otras dos chicas, y, al poco, Alicia y Germán imitaron a Luke y Saray. Eso sí supuso una sorpresa para los demás, que no se habían enterado de que hubiera surgido una relación entre ellos.

De tal modo, se organizaron para que en cada tienda hubiera dos personas. Saray y Luke, Alicia y Germán, Eva y Paula, Nando y Tico, y Yasser y Rivas. Así todos disponían de algo más de espacio, pero, a cambio, perdían la tienda-almacén.

Gacela y Lobo dormían fuera, bajo el techado que Tico y Nando habían construido para ellos.

* * *

La carne comenzó a disminuir en su dieta, el frío y las lluvias fueron en aumento, la muralla se elevó día tras día, aunque quedaba todavía lejos de ser un elemento verdaderamente útil para una hipotética defensa, el ánimo general se tornó sombrío, como el clima, aunque se empeñaban en cambiarlo y de tanto en tanto lograban crear un ambiente de optimismo y vitalidad que, a todas luces, era forzado. Las historias junto al fuego también comenzaron a menguar, había noches en las que a nadie le apetecía contar nada, o en las que, cuando alguien se decidía a hacerlo, no encontraba un auditorio cómplice. Todos habían contado ya de sí mismos lo que querían que los demás supieran, y guardaban aquello otro que consideraban privado, lo que no querían compartir, lo que preferían esconder o atesorar. Por eso mismo, las historias que contaban por las noches, tras la cena (si había cena), eran mayoritariamente de ficción, inventadas al vuelo, y ahí destacaban Eva, Nando y Tico, poseedores los tres de una imaginación más fértil y afilada que los otros.

El cambio más notable era el que experimentaba Nando en ese momento antes de acostarse. Su carácter callado e introvertido quedaba por un rato olvidado y enlazaba unas frases tras otras, casi sin pausa, hasta enhebrar alguna historia que las más de las veces sorprendía y mantenía cautivados a los que le escuchaban.

—Podrías haber sido escritor —le dijo Paula una de esas noches.

En la penumbra, Nando vio que Eva asentía y sintió una satisfacción íntima. Siempre había inventado historias de todo tipo, pero hasta que Ramón les incitó a contar una alrededor de la hoguera nadie había conocido esa habilidad suya.

* * *

Fuera por el pesimismo otoñal, o por la sucesión imparable de jornadas casi idénticas, los roces típicos de la convivencia y las rencillas entre unos y otros se convirtieron en una constante. Quizá influyera que a Yasser también le gustaba Saray, o que Luke recurría con frecuencia a comentarios peyorativos hacia los demás y en especial hacia él, llevado por una inclinación xenófoba hacia su origen magrebí, pero lo cierto fue que la tensión entre ellos dos, Luke y Yasser, se hizo por momentos insoportable. Hasta tal punto que el resto del grupo procuraba alejar al uno del otro; si Luke iba al río o al lago a pescar, a Yasser lo incluían en uno de los grupos de caza; si uno de los dos decidía quedarse en el campamento, enseguida surgía alguien que conminaba al otro a irse con cualquier excusa, la caza, la exploración, la pesca, lo que fuera. No obstante, también entre los otros surgieron desavenencias que hasta entonces no habían asomado a la superficie. A menudo no eran más que simples diferencias de opinión o de parecer que enseguida quedaban en nada, pero de vez en cuando estallaban conflictos más graves que ninguno de los protagonistas olvidaba con facilidad.

La convivencia crea y fortalece lazos de afecto. O todo lo contrario.

* * *

La primera nevada fue en noviembre, según el antiguo calendario, aunque ellos no sabían la fecha exacta ni les importaba ya lo más mínimo. Los copos cayeron justo antes del amanecer, y el sonido que producían sobre las tiendas de campaña, entre líquido y sólido, poco más que el de unas bofetadas suaves contra la lona, los despertó. No duró mucho, pero la nieve permaneció formando pequeños parches blancos en el suelo del bosque y en las ramas de los árboles durante varias horas hasta que el sol acabó por derretirla.

—Nos vamos a congelar —sentenció Saray, tiritando a pesar de que se había envuelto en su saco de dormir al salir de la tienda.

Ninguno dijo nada durante unos minutos, pero ese temor lo

experimentaban todos. Más de una vez, desde la ciudad, habían visto las montañas en las que ahora se encontraban cubiertas de nieve durante buena parte del invierno. Alguno incluso, de niño, había realizado alguna excursión con el colegio o con sus padres para juguetear levantando un muñeco de nieve o librar una batalla de bolas, pero era muy distinto eso, pasar unas horas a sabiendas de que por la tarde regresarías al calor de casa, a verse obligados a estar allí por tiempo indefinido, con escaso abrigo y sin la menor ilusión por construir un muñeco gordo y blanco.

—Tenemos que asegurarnos de que la hoguera no se apague en ningún momento —dijo Alicia—. La madera estará cada vez más húmeda y mojada, y nos costará un montón encenderla si dejamos que se apague el fuego.

—Si llueve o nieva mucho, se apagará —masculló Rivas.

—Podemos montar un toldo para cubrir la madera y que no se moje —dijo Yasser.

—Nos falta tela para eso —opinó Luke.

—Se puede hacer con piedras, como hicimos la caseta para Gacela y Lobo —dijo Tico.

—Sí, habrá que hacerlo —convino Eva—. Cuanto antes.

—Lo que deberíamos hacer es volver definitivamente al refugio —dijo Luke.

—Allí no hay nada que cazar y el río queda muy lejos —repuso Yasser—. Cambiaríamos un poco más de comodidad por mucha menos comida.

Luke le dirigió una mirada cargada de desdén y masculló:

—Bueno, aquí podemos comer hasta que nos convirtamos en estatuas de hielo.

* * *

Cayó una segunda nevada unos días después, pero fue más leve que la anterior. Los copos se licuaban al contacto con el suelo. Sin embargo, tras la tercera, que se produjo un día en el que ni siquiera amaneció por lo espesas y enormes que eran las nubes, el mundo cambió su fisonomía. Todo quedó cubierto por un manto blanco cuyo

grosor mínimo era de un palmo y en algunos puntos alcanzaba el medio metro.

El frío dolía.

Los chicos concentraron sus esfuerzos en mantener la hoguera encendida, pero el ánimo general había decaído notablemente. Incluso Lobo y Gacela se arrimaban cuanto podían a las llamas para dejar de tiritar.

—¿Cuántas más como esta vamos a poder aguantar? —murmuró Saray, sin pretender que nadie pudiera darle una respuesta.

* * *

La soledad: árboles y más árboles, peñascos y barrancos, desfiladeros, el silencio blanco de un mundo cubierto por la nieve, los sonidos de tus propias entrañas como única compañía, ningún ser humano hasta donde abarca la vista, el frío en los huesos. El frío aumenta la sensación de soledad. La hace más intensa, más pesada y violenta. A lo largo de sus vidas había sido otro el frío y otra la soledad que habían experimentado, el frío y la soledad de la incomprensión, del desarraigo, de las malas relaciones familiares, de la ausencia de cariño. Pero ahora esa soledad y ese frío eran los del fin del mundo. Allí, rodeados de blanco y de silencio, acosados por un helor que se les metía dentro y no los soltaba, resultaba difícil tener esperanzas.

Eva, que había subido a un punto elevado del terreno que circundaba el bosque para contemplar la desolación del otoño que ya se transformaba en invierno, oyó una respiración cansada a su espalda y se volvió para descubrir a Nando. Se limitó a sonreírle a modo de saludo.

—¿Qué haces?

—Mirar —dijo ella.

Nando miró lo mismo que miraba Eva, cualquier punto en la distancia, y los dos permanecieron así varios minutos, muy juntos.

—¿Te importa abrazarme? —preguntó Eva—. No hay forma de que se me vaya el frío.

Nando la rodeó con los brazos y volvieron a mirar hacia delante, como si esperasen que por aquella dirección llegase alguien.

—Mañana, o pasado, saldrá el sol y todo irá mejor.

—¿Tú crees?

—Ya lo verás.

—No quiero decirlo delante de todos, pero a veces pienso que Saray tiene razón y que nos quedaremos helados.

—Eso no pasará, Eva. No podemos rendirnos. Tú no puedes rendirte. Eres la más sensata de todos nosotros.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Sí lo eres. Que los demás se quejen y duden lo puedo soportar, porque siempre te veo a ti segura de todo. Tú no puedes rendirte.

—Pues te equivocas: yo dudo como el que más. No sé por qué crees que tengo las cosas claras, porque dudo de todo. No sé si debemos quedarnos aquí, o si deberíamos ir al refugio, o bajar al pueblo. ¡No sé nada!

Nando la miró a los ojos, aquellos ojos verdes que ahora parecían más claros, como si la nieve los hubiera blanqueado, y luego giró la cara.

—¿Sabes dónde me encantaría estar ahora mismo?

—¿Dónde?

—En el cráter de un volcán. Dentro. Uno de esos volcanes de Islandia o Nueva Zelanda, en los que se ve la lava bullendo. Tengo tanto frío que casi me apetece bañarme en lava.

Eva sonrió y se arrebujó un poco más bajo los brazos de Nando, que aprovechó para continuar:

—Quizá... El frío lo podríamos combatir mejor si cambiáramos... el reparto de las tiendas. Podríamos irnos tú y yo a una. Y que Paula se ponga con Tico o con quien quiera.

Eva tragó saliva. Desde hacía tiempo sabía que Nando se sentía atraído por ella.

—Estoy bien con Paula —dijo.

El abrazo de Nando perdió un poco de fuerza. Su timidez y el

rechazo se combinaron para hacer que se sintiera herido. Eva le gustaba desde hacía mucho, ya cuando empezó a comprarle droga a ella y no a ningún otro. De vez en cuando le daba por pensar que a lo mejor el azar se entretenía jugando con ellos: los había unido fuera primero mediante el lazo de la droga que ella vendía y él compraba cada cierto tiempo, los había vuelto a unir luego en el Centro de Menores, adonde habían ido a parar tras ser arrestados en la misma redada, y después los había dirigido al grupo que Ramón había elegido para llevarse a la montaña en aquella excursión que iba a coincidir con el fin de la civilización que los hombres habían creado.

Pero ahora Eva rechazaba su proposición de mudarse juntos a una misma tienda y Nando deseó no haberlo sugerido. Si se hubiera quedado callado, tragándose las palabras que pugnaban por salir, como había hecho tantas y tantas veces a lo largo de sus diecisiete años, podría seguir creyendo que sí, que ella también sentía algo por él, que existía una posibilidad.

* * *

La caza escaseaba de forma alarmante. Los animales se habían guarecido en sus madrigueras y no parecían dispuestos a salir. Solo conseguían atrapar de tanto en tanto algún pájaro, así que la mayoría de días su dieta se reducía a pescado, del que, por suerte, el río no cesaba de proveerles.

El hambre les producía dolores de cabeza y mal humor, y el frío, la nieve y la lluvia desbarataban su voluntad de alejarse del campamento, que continuaba teniendo un aire de lugar temporal, con el muro a medio construir que, si bien no sería de gran ayuda en caso de que sufrieran algún ataque, sí servía como parapeto contra el viento gélido que soplaba algunas noches.

—Lo tenéis claro ya, ¿verdad? —masculló una mañana Rivas.

—¿El qué? —preguntó Paula.

—Que vamos a morir aquí —dijo el salvadoreño. Su cuerpo, amenazante por lo musculoso cuando se conocieron en el Centro, daba la impresión de haberse encogido, y su mirada, antes fiera y desafiante, era ahora solo oscura y triste, resignada—. Todos. No hay más supervivientes, y, si los hay, están tan lejos que es como si no existieran. Estamos solos y vamos a morir congelados de frío si nos quedamos aquí.

—En el refugio podríamos calentarnos mejor —aprovechó para

decir Luke.

—¡Otra vez con lo mismo, tío! —le espetó Alicia—. En el refugio nos moriríamos de hambre.

—Hambre o frío, ¿es eso lo que tenemos que elegir? —musitó Paula—. ¿A qué te refieres tú, Rivas? ¿Se te ha ocurrido algún sitio al que podríamos ir?

—Necesitamos ropa de abrigo, y no nos vendría mal tener latas de comida en conserva. Solo hay un sitio en el que podemos encontrar ambas cosas.

—¡No podemos bajar al pueblo! —exclamó Eva.

Rivas extendió los brazos para acercar las palmas de sus manos a las llamas.

—Hambre, frío o virus —recitó—. Es posible que la temperatura haya acabado con el virus. Han pasado meses... Debemos arriesgarnos a bajar para comprobarlo. Y si ya no nos infectamos, podemos quedarnos allí, no hará falta que volvamos aquí.

—Podríamos ir incluso a nuestras casas —dijo Tico.

—Está muy lejos —apuntó Germán.

—No digo de hacerlo en un día —repuso Tico, y luego, mirando a Rivas—: Yo voy contigo. Primero al pueblo, y si todo está bien allí, podemos continuar.

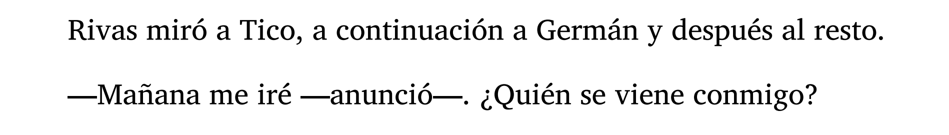
Los demás los miraron en un silencio atemorizado.

—¿Habláis en serio? —preguntó Alicia—. ¿De verdad queréis bajar sabiendo que podríais morir?

—Es que podemos morir aquí también, Alicia. No nos matará el virus, pero sí el frío.

—Pasará pronto.

—No tan pronto. Quedan meses de nevadas, lo peor está por llegar —señaló Germán—, y aunque sobrevivamos a este invierno, vendrá el próximo y seguiremos sin ropa de abrigo, y puede que para entonces nos hayamos comido todo lo que hay que comer en este bosque.



Rivas miró a Tico, a continuación a Germán y después al resto.

—Mañana me iré —anunció—. ¿Quién se viene conmigo?

—No es una buena idea —dijo Eva.

—Me importa una mierda tu opinión. Yo me voy a ir. Si alguien quiere acompañarme, que lo diga. Si no, me iré solo.

—Yo ya lo he dicho: voy contigo —dijo Tico.

Luke se sintió en cierto modo impelido a apuntarse, puesto que en otras ocasiones había sido él quien había sugerido ir al pueblo, aunque ahora le frenaba un tanto su relación con Saray. Sabía que ella no querría hacer el viaje.

Los otros mostraron su rechazo, solo Nando no dijo nada. Continuaba dolido por su fracasado acercamiento a Eva y se sintió tentado de ir con Rivas y Tico, pero su miedo pudo más que su despecho.

—Venga, yo también voy —dijo de pronto Luke, decidido al fin. De reojo vio que Saray lo contemplaba con la boca abierta y experimentó una satisfacción secreta.

—Es una estupidez —escupió Alicia, poniéndose en pie y retirándose a su tienda.

—Lo que tú digas —le contestó Luke, alzando la voz—, pero a lo mejor nosotros tres os salvamos la vida a todos.

—¿Eso es lo que quieres, que te tratemos como un héroe? —le dijo Eva.

—Mejor ser un héroe que una princesita santurrona —le reprendió Luke, con desdén—. Aquí todos sabemos de sobra lo que hacían los otros antes de llegar al Centro, y lo que hacías tú no era más suave que lo que hacía yo, así que conmigo déjate ya de ir de chica buena.

—Púdrete, imbécil.

TERCERA PARTE Camino a Ítaca

El alba llegó impregnada de una lluvia no muy fuerte pero sí persistente, y algunos albergaron por un momento la esperanza de que el viaje se suspendiera o, al menos, se retrasara, pero Rivas, que ejercía de líder ya que la idea había sido suya, no estaba dispuesto. Tico, Luke y él se vistieron con las prendas más cálidas que tenían, se pusieron encima el chubasquero y cargaron las mochilas con las cantimploras llenas y algo de comida.

—Esperad —dijo de repente Nando, con tal urgencia que provocó que los demás lo mirasen. Quizá, pensó, alguno de ellos creía que iba a unirse a la expedición—. Esperad, no podéis iros y ya está, sin más. Tenemos que tener en cuenta lo que puede pasar a partir de ahora, todo lo que puede pasar. —Los otros seguían mirándolo—. Me refiero a... Bueno, debemos pensar en las diferentes posibilidades. Por ejemplo..., ¿y si no volvéis? Ramón no volvió, ¿y si vosotros tampoco lo hacéis?

—¡Joder, tío, gracias por tus ánimos! —gruñó Tico.

—Hablo en serio. Estáis a punto de largaros y no hemos planeado nada de lo que puede ocurrir tras separarnos.

—Volveremos —afirmó Rivas.

—No vale con que sea eso lo que quieres —repuso Eva.

—Ya estamos —refunfuñó Luke.

Desde que se había levantado había evitado mirar a Saray, cuyos ojos se habían enrojecido a causa del llanto.

Rivas se mordió un instante el labio inferior, pensativo.

—No iría si pensase que no es seguro ir —dijo.

—Pero es que no lo entiendes, Rivas —contestó Nando—. Lo que tú pienses o creas no importa en realidad, porque la cuestión es que no sabemos nada de ese maldito virus. Puede que tengas razón y que el frío haya acabado con el peligro, pero no lo sabemos, no podemos saberlo. No trato de convenceros de que no vayáis. Es vuestra decisión, si queréis arriesgaros, hacedlo. Lo que digo ahora es que antes de que os pongáis en marcha debemos decidir qué hacer.

—Está claro, joder —bufó Luke—. Comprobaremos que el pueblo es seguro y vendremos a avisaros. Bajaremos todos allí y

sobreviviremos al maldito invierno en lugar de congelarnos aquí y convertirnos en diez estalactitas de carne y hueso.

Nando, poseído por una vehemencia muy poco habitual en él, negó con la cabeza y dio un paso adelante hacia el trío de expedicionarios.

—Primero: ¿cómo sabréis que el pueblo es seguro? ¿Cuánto tiempo hace falta para saber que el virus ya no está, que ya no podemos contagiarnos? Y segundo: ¿y si no volvéis? ¿Qué hacemos si no podéis volver?

—Según los vídeos que pudimos ver —dijo Tico—, la gente moría el mismo día que caía enferma, en cuestión de horas.

—Puede que se haya ralentizado —opinó Paula—. A causa del frío, digo.

Rivas asintió.

—Vale. A ver, ¿qué os parece esto? Hoy haremos noche en el refugio, y mañana bajaremos desde allí al pueblo. Nos quedaremos en el pueblo cuatro o cinco días. Con eso debería ser suficiente, ¿no creéis? Si para entonces no hemos enfermado, vendremos a avisaros.

—Es decir, en seis o siete días estaríais de vuelta.

—Eso es —confirmó Rivas—. Digamos una semana, siete días. Si en ese plazo no hemos vuelto..., será que no vamos a volver.

Todos se quedaron mudos unos segundos. Que no volvieran significaba que estarían infectados o ya muertos, pero era preferible utilizar aquellas otras palabras.

—¿No hay otra manera de saber si el virus sigue siendo peligroso? —preguntó Saray, desesperada.

—¿La sabes tú? —dijo Rivas—. Porque a mí no se me ocurre.

—De acuerdo, hacemos lo que tú dices —dijo Nando—. Siete días. Suerte, chicos.

De improviso, Rivas le tendió la mano.

—Nos vemos en siete días.

—¡Suerte!

Luke emuló un saludo militar llevándose la mano derecha a la sien.

—No temáis por nosotros —dijo—. Volveremos sin un rasguño. —Transformó el saludo militar en un beso al aire, se dio la vuelta y echó a caminar.

Rivas y Tico se pusieron a su lado. Sus pisadas aplastaban la nieve con una retahíla de crujidos acuosos.

—¡Buena suerte!

Luke regresó unas tres horas después, usando una rama de poco grosor a modo de muleta y con una mueca de sufrimiento que le desleía las facciones del rostro. Su tobillo izquierdo había adoptado el aspecto de un balón de *rugby*. La nieve había creado una especie de tapa sobre un agujero en el terreno y su pie se había hundido y se había torcido por donde no debía, produciéndole tanto dolor que de su garganta había escapado un alarido que había espantado a unos pájaros negros de la copa de un árbol cercano.

No se le había roto, pero estaba claro que no podría andar en varios días, así que Tico y Rivas le buscaron la muleta y se despidieron de él. El avance era lento por culpa de la nieve y la lluvia, y querían llegar al refugio cuanto antes. Luke dijo que no necesitaba ayuda para volver al campamento, pero empleó el triple de tiempo que le había llevado llegar al punto donde se había doblado el tobillo, y cada vez que se veía forzado a apoyar el pie una llamarada de dolor le atravesaba la pierna.

Cuando llegó, se encontraba agotado y maldecía para sus adentros la decisión de haberse apuntado a la expedición de Rivas. Al verlo, Paula, Alicia y Nando, que se habían quedado en el campamento mientras el resto pescaba en el río, corrieron hacia él para ayudarle en el último trecho que le quedaba.

—¿Qué ha pasado?

Lo explicó de forma entrecortada, terminando cada frase y casi cada palabra con un bufido lastimero.

—¿Los otros han seguido? —preguntó Alicia.

—Sí.

Una vez que lo dejaron sentado ante la hoguera, Nando se retiró un momento a su tienda y salió a los pocos minutos con la mochila a la espalda.

—¿Qué haces tú ahora? —le soltó Paula.

—Iré al refugio. Van a hacer noche allí, así que los encontraré.

—¿Para qué? No hace falta que vayas —trató de convencerlo Paula—. Con ellos dos es suficiente.

—Tranquila, se me acaba de ocurrir una cosa. No pienso ir más

allá del refugio.

Sin decir más, se puso en marcha.

* * *

Se le hizo de noche justo cuando divisaba la silueta del pequeño edificio frente a él, entre los pinos, y deseó que Rivas y Tico se hubieran ajustado al plan y no se les hubiera pasado por la cabeza continuar hacia el pueblo sin detenerse allí. Supo que sí enseguida, al aproximarse, pues de la chimenea emergía una fina columna de humo. Habían llegado a media tarde, con unas pocas horas de luz por delante que utilizaron para recoger leña y prender un fuego en el hogar.

Cuando Nando llamó a la puerta, los dos dieron un respingo y se miraron entre asombrados y asustados, pero al instante el recién llegado habló para tranquilizarlos:

—Soy yo, Nando. Abrid.

Rivas le franqueó el paso.

—¿Qué haces aquí? No hacía falta que sustituyeras al elfo.

—No he venido por eso. ¡Qué frío! Menos mal que habéis encendido el fuego.

Apartaron la mesa y se sentaron los tres frente a la chimenea, con las piernas extendidas hacia las llamas. La caminata los había dejado helados.

—Di, ¿por qué has venido? ¿De pronto has decidido apuntarte a bajar al pueblo? —lo interrogó Tico.

—No es eso. Creo que es un error que lo hagáis, pero tampoco he venido a convenceros.

—Entonces, ¿a qué?

—Pues he pensado que... —Al empezar a hablar, cayó en la cuenta de que lo que pensaba decir sonaba muy duro y cruel. Quizá incluso egoísta por su parte, pero, al fin y al cabo, habían sido ellos los que habían decidido realizar aquel viaje de locos. Rivas y Tico lo contemplaban expectantes—. He pensado que podéis encender un fuego. En el pueblo. Uno bien grande. Si..., si os infectáis, me refiero. Un fuego para avisarnos. Yo lo veré desde aquí, me quedaré en el

refugio toda esta semana, para esperaros. Pero… si no podéis volver, encended ese fuego.

Tico tragó saliva, y Rivas, en cambio, pareció no inmutarse.

—Quemaremos todo el maldito pueblo, si nos infectamos. Pero no nos infectaremos. No nos pasará nada.

* * *

Aunque semanas atrás habían cogido varios de los colchones para llevarlos al campamento, todavía quedaban unos cuantos. Colocaron tres de ellos frente a la chimenea, para que el fuego les mantuviera los pies calientes, y se acostaron.

El cansancio que sentían no los condujo al sueño como era de esperar y como deseaban, ya que la inquietud por lo que pudiera suceder a partir de la mañana siguiente los embargaba.

—Oye, Rivas —murmuró Nando, con los ojos abiertos y las manos entrecruzadas bajo la cabeza—, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Sí.

—Aquel día que nos contaste tu historia, la de cómo entraste en la mara, ¿recuerdas?

—Sí.

—Hay una parte que no contaste. Y me acuerdo que Paula te lo preguntó, pero no le respondiste. Si ahora tampoco quieres responderme a mí, me parecerá bien, pero… Me quedé con la duda, creo que a todos nos pasó lo mismo: ¿de verdad llegaste a matar a alguien para que te aceptasen?

Rivas se revolvió en su colchón y les dio la espalda a los otros dos.

—¿Te importa eso ahora?

—No. Bueno, no lo sé. No es asunto mío. Yo no viví tu vida, así que no puedo ni hacerme una idea de lo que era estar en tu situación. Y todos nosotros estábamos con razón en el Centro de Menores, todos hicimos cosas que ahora parecen mentira. Pero…, solo es curiosidad, no me lo digas si no quieres.

—Lo que pasó antes del fin del mundo ya no es importante —

murmuró Tico, que estaba en el colchón de en medio.

—No maté a nadie —dijo entonces Rivas—. Eso solo yo y otra persona lo sabíamos. Los demás creían que sí. Y a mí me venía bien que lo creyeran. Luego sí di palizas, y robé, y participé en peleas contra otras maras, pero no maté a nadie.

—Pero ¿cómo entraste entonces? Porque dijiste que te exigían matar a una persona.

—También os dije que fue un amigo el que me convenció para entrar. Él ya estaba dentro. Sauco, así lo llamábamos. Sauco. Me tenía cariño desde que éramos pequeños. Después se metió en la mara y, aun así, siguió respetándome. Cuando mi madre se puso enferma, me insistió para que me uniera a ellos. Le dije que no pensaba dejar que me dieran de palos entre todos ellos, y que tampoco quería matar a nadie, y él dijo que lo haría por mí, que confiase en él. Los otros, los que mandaban, me dieron un nombre y una foto, la de un rival al que le tenían ganas, inquina de la de verdad. No sé qué les había hecho, ni se lo pregunté. Ricardo. Moco, lo llamaban. Me dijeron que fuera a su barrio y que lo buscara allí, y me dieron una pistola para que le metiera un tiro entre los ojos. Pero Sauco lo sabía todo, me esperó a unas calles del barrio del Moco y se vino conmigo. Me quitó la pistola y se cargó al Moco cuando por fin nos topamos con él. Después me devolvió el arma y se esfumó. Para el resto de la mara, yo maté a Ricardo el Moco, pero en realidad nunca maté a nadie.

—Estaba seguro de que no lo habías hecho —dijo Nando—. Nunca he conocido a nadie que haya matado a alguien de un balazo, no sé si se les notará de alguna manera, en la mirada o algo así, pero estaba convencido de que tú no lo habías hecho.

Se quedaron un rato en silencio, hasta que Rivas volvió a hablar, en voz tan baja que resultó difícil escucharle:

—Creo que la verdad es que no importa si vosotros me creéis. Ya no importa. Quiero decir, ¿qué importa ahora si me lo he inventado todo, si Sauco ni siquiera existió, si fui yo el que disparó, o si no lo fui? Ya no importa, ¿no? Estamos colgando en el abismo, en el borde del mundo, todo ha terminado y nosotros seguimos empeñados en creer que podemos salvarnos. Puede que solo seamos como las gallinas a las que les arrancas la cabeza y siguen corriendo como idiotas sin saber que ya están muertas. ¿Y si nosotros diez también hemos muerto ya? ¿Qué más da si maté al Moco o si lo hizo Sauco para salvarme? Porque ellos dos están muertos ahora, y yo, yo no sé si estoy vivo o

muerto. Lo único que sé es que tengo un frío de cojones.

Ni Tico ni Nando supieron qué contestar a eso, de modo que optaron por quedarse callados, y así, poco a poco, acunados por el crepitar del fuego, los tres acabaron por quedarse al fin dormidos, en el borde del mundo.

Suponiendo que no sería difícil que encontrasen un cargador en cualquiera de las casas del pueblo, Tico y Rivas cogieron sus móviles y los guardaron en un bolsillo. Cuando los hubiesen cargado, llamarían a todos los números que tenían en su listado de contactos, y a todos los que se les ocurriesen, por si alguien contestaba.

Ambos abrazaron a Nando, se colocaron la mochila a la espalda y se pusieron en marcha por el camino de tierra, ahora alfombrado de nieve.

Sus huellas quedaron allí grabadas un largo rato, y Nando no pudo dejar de mirarlas, sin saber si volvería a ver a sus compañeros.

Un rastro de huellas que llevaba a la boca del lobo.

Finalmente volvió al interior del refugio. Hacía demasiado frío como para quedarse inmóvil allí fuera. Sabía que tenía que hacerse el ánimo de salir a cazar, necesitaba buscar comida para la semana que se había comprometido a pasar allí solo.

Rivas y Tico avanzaban convencidos de que su expedición sería clave para el futuro del grupo. Sabían del riesgo al que se exponían, pero preferían ignorarlo, conscientes de que si se dejaban llevar por el miedo a ese riesgo no saldrían nunca de la montaña.

Mientras recorrían el camino, empezaron a hablar de lo primero que se les pasaba por la cabeza. Recuerdos de su vida anterior, todavía no tan lejana y, sin embargo, envuelta en el halo que cubre las cosas perdidas; anécdotas divertidas del viaje con Ramón, antes de que descubrieran lo ocurrido; el atractivo de Saray y Alicia; el carácter a menudo insoportable de Luke; la primera chica a la que habían besado; el primer día en el Centro de Menores. Cualquier tema era bueno para no mencionar el hecho de que, quizá, se dirigían por su propio pie al punto final de sus vidas.

Pero no mencionarlo no significaba que no pensaran en ello. A medida que la distancia con el pueblo se reducía, su conversación se fue apagando y la sensación de duda se hizo cada vez más y más intensa. Sin embargo, no dejaron de avanzar.

Solo se detuvieron unos segundos cuando los primeros tejados aparecieron ante ellos.

—Ahí está —murmuró Tico.

Rivas asintió.

—Venga, vamos.

Tras el siguiente recodo pudieron ver el pueblo en toda su extensión. Las casas tenían en su mayoría dos plantas, había algunas de una única planta y solo una de tres; había varios coches, un par de tractores y una motocicleta caída junto a un banco. Vieron diversos bultos en el suelo, cubiertos casi por completo de nieve. Ambos supieron enseguida lo que eran.

Respiraron hondo y continuaron.

—No los mires —dijo Rivas—. Mejor no los mires.

—Es fácil decirlo —contestó Tico, percibiendo que un impulso morboso dirigía su mirada hacia uno de aquellos bultos inmóviles.

Pese a la nieve y al tiempo transcurrido todavía se notaba con claridad lo que era.

—¿Crees que...? —empezó a decir—. ¿No deberíamos enterrarlos?

—Por ahora no los toques. Ya pensaremos qué hacer con ellos. No podemos perder el tiempo cavando tumbas.

Tico miró a Rivas. Su voz no denotaba ninguna impresión por haber visto los cuerpos inertes de los habitantes del pueblo, pero su rostro había palidecido.

A Tico le encantaban las películas de terror gore, cuanta más sangre mejor, con escenas repugnantes llenas de vísceras y asesinos sádicos. Nunca había tenido pesadillas después de haber visionado una de esas películas de serie Z, pero mientras avanzaba por la primera calle del pueblo supo que, si en algún momento volvía a dormir, los bultos caídos en el suelo y cubiertos de nieve y escarcha inundarían sus sueños. Se alegró de no estar solo. Se había pasado media vida prácticamente solo, encerrado en su cuarto con su ordenador y su conexión a internet, y ahora, más que nunca, se alegraba de que hubiera alguien a su lado.

Rivas había visto otros cadáveres antes que aquellos, pero eso no menguaba la sensación que le embargaba. La presencia de los cuerpos en mitad de la calle demostraba que allí no quedaba nadie con vida, que el pueblo estaba desierto, pues cualquier superviviente habría enterrado o incinerado a los muertos, aunque solo fuera para no tenerlos a la vista. Si alguien había sobrevivido, hacía mucho que se había ido.

La calle por la que caminaban se abría en una pequeña plazoleta en pendiente con una fuente en uno de sus laterales. Varias ventanas daban a la plaza, y alguna se había quedado abierta. Rivas dudó un instante y luego puso las manos a modo de bocina y gritó:

—¿Hola? ¡Hola!

Su voz percutió en las calles adyacentes y se extinguió un par de segundos después. Los dos chicos escucharon con atención, sobrecogidos por la inquietud, pero no hubo respuesta.

Solo su respiración y el viento, débil, que susurraba en las esquinas. Lo demás era silencio.

Volvieron a llamar, ahora los dos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tico después.

—Hemos venido a por ropa de abrigo y comida, vamos a buscarlo.

Rivas se acercó a la puerta de una casa y probó a abrirla, pero estaba cerrada con llave. Fue a la casa siguiente, y luego a la tercera.

—Por la ventana —dijo Tico.

Había una abierta en aquella casa, pero se hallaba en la segunda planta.

—Sí. Ven, ayúdame.

Tico se colocó de espaldas contra la pared y entrelazó sus manos para aupar a Rivas. Este estiró los brazos todo lo que pudo y se aferró al alféizar. Meses atrás no le habría supuesto ningún problema izarse a pulso, ahora le costó un enorme esfuerzo y varios arañazos en los codos y las rodillas conseguir encaramarse. Por fin se sentó arriba, en el alféizar frío y húmedo, resoplando como un fumador empedernido, cogió aire y atisbó el interior. Era un dormitorio.

Había un cuerpo descompuesto tumbado en una cama y un par de zapatos marrones sobre una alfombra, a la izquierda del fallecido. Rivas tragó saliva, saltó al interior y cruzó la habitación con prisas. El pasillo estaba en penumbras, palpó la pared hasta dar con un interruptor, pero al pulsarlo no se encendió la luz. Frente a él, unas escaleras llevaban a la planta baja. Descendió por ellas y abrió la puerta para que Tico se le uniera.

—Hay un fiambre ahí arriba —informó.

El otro no pudo evitar estremecerse. Una cosa era ver gente muerta en los vídeos que habían recibido en los móviles, y otra verla a apenas unos metros, caída en la calle. Y otra aún peor estar en una casa ajena en la que había al menos un cadáver.

—Entra, tío —le instó Rivas—. Vamos a buscar ropa de invierno.

—Espera… Busquemos en otra casa, en una donde no haya muertos.

—Puede que en todas las casas del pueblo haya alguno.

—No, Rivas, aguanta un momento. —Tico continuaba en el umbral—. Tenemos que buscar un sitio para pasar la noche… No pienso dormir con un muerto. Hagamos eso primero, seguro que hay

casas vacías.

Rivas dudó un instante y acabó, por acceder. Solo había mirado de reojo el cuerpo que había en la cama, pero había sido suficiente para saber que prefería no volver a verlo.

—Vale, quédate aquí un segundo —dijo. Fue al interior, entró en una nueva habitación tras cerciorarse de que no había nadie en ella y abrió un armario. La ropa que había dentro era de gente mayor, pero no le importó. Cogió las dos chaquetas más grandes que encontró, se puso una y le entregó la otra a Tico.

Antes de abandonar la vivienda, comprobó que en las alacenas de la cocina no había nada que pudieran aprovechar.

En una de las calles que surgían de la plazoleta encontraron una casa vacía. Era la cuarta en la que miraban. En la segunda y la tercera también había cuerpos de víctimas del virus, pero en la cuarta por fin no había nadie. Incluso la puerta estaba mal cerrada, lo que tomaron como una indicación de que los propietarios habían tratado de huir sin preocuparse de lo que dejaban atrás. Tal vez algunos de los cuerpos que habían visto tirados al aire libre fueran los suyos.

La vivienda era pequeña: una cocina, un saloncito que parecía una caja de zapatos, un aseo y un dormitorio con una cama doble. Un par de fotografías colgadas en la sala mostraban a una pareja de unos sesenta años, él achaparrado y robusto, calvo, ella de la misma altura, un tanto entrada en carnes y con un peinado que parecía recién hecho. Había un par de armarios empotrados en los que hallaron ropa y mantas, y en la cocina, además de varios productos podridos y ya irreconocibles, encontraron unas latas de atún, judías, garbanzos y otros alimentos en conserva que aún no habían caducado, y media docena de cervezas, y hasta una botella de vino intacta.

—Usaremos esta casa como cuartel general —dijo Rivas, tras localizar el cuadro eléctrico y conectar las luces—. Registraremos todas las casas del pueblo y traeremos aquí toda la comida y toda la ropa que pueda sernos útil.

—De acuerdo, pero eso mañana —repuso Tico—. Hoy vamos a prepararnos una buena cena. —Abrió el grifo del fregadero y comprobó que el agua salía limpia—. Genial. —A continuación, abrió los cajones y los armarios de la cocina, y sacó una olla y una sartén—. Vamos a inventar una nueva receta.

Rivas lo dejó con ello y regresó a la sala para registrarlo todo a

conciencia. No tardó mucho en dar con lo que buscaba: un cargador de teléfonos. Soltó una exclamación de triunfo y se apresuró a conectar su móvil, y en cuanto apareció en la pantalla el icono de carga, encendió el aparato.

Tico se asomó desde la cocina y le preguntó a qué venía aquel grito.

—Volvemos a tener teléfono.

—¿A qué esperas, tío? Llama a todo el mundo.

Antes de hacerlo, Rivas comprobó que no tenía llamadas perdidas ni nuevos mensajes. Luego, uno tras otro, seleccionó el número de cada uno de sus contactos y pulsó la pantalla táctil para realizar la llamada, pero el resultado fue siempre el mismo, aquella voz mecánica diciendo que era imposible establecer la conexión.

«El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura».

—¡Mierda! Mierda, mierda, ¡MIERDA!

—Haz una cosa —dijo Tico—. Crea un grupo de WhatsApp y mete a todos tus contactos, a todos. Y envía un mensaje informándoles de que estamos aquí. Si alguno está vivo y enciende en algún momento su móvil, lo recibirá.

Rivas miró en su teléfono las opciones de internet.

—Los que vivían en esta casa no tenían internet.

—Habrá alguna otra en la que sí haya. Y ordenadores, seguro que encontramos algún ordenador.

* * *

La receta inventada por Tico estaba asquerosa, pero se la comieron como si se tratara de un manjar y trasegaron el vino copa tras copa hasta vaciar la botella. Como no podía ser de otra manera, terminaron tan mareados que decidieron acostarse cuando ni siquiera había anochecido todavía.

Solo había una cama, así que cada uno se tumbó en un lado y se cubrieron con varias mantas para combatir el frío.

—¿Es un terremoto o soy yo? —preguntó Tico, con voz lastimera.

En lugar de contestar, Rivas se incorporó a duras penas y caminó dando tumbos hasta el aseo para vomitar.

Tico se encogió en su rincón del colchón y cerró los ojos para que el mundo dejase de agitarse como una centrifugadora.

* * *

En mitad de la madrugada se despertó y le sobrecogió la negrura total que le envolvía. Supuso que Rivas habría apagado la luz al regresar del aseo. Se levantó y la encendió de nuevo. Nunca le había dado miedo la oscuridad, ni siquiera cuando era pequeño (o, al menos, no lo recordaba), pero allí, en aquel pueblo abandonado en el que había cadáveres pudriéndose en plena calle, era distinto. Allí la noche sí tenía algo de siniestro y amenazador.

—¿Estás despierto? —preguntó.

Rivas emitió un sonido gutural que probó que sí lo estaba.

Tico se asomó a la ventana y miró afuera. Llovía. Pensó en el resto del grupo, en la montaña, en la sensación de tristeza y desamparo que provocaba el sonido de la lluvia sobre la lona de las tiendas de campaña.

Asco de invierno, pensó.

Ya habían cargado por completo los dos móviles, pero no había servido de nada. Habían probado a llamar incluso a números elegidos al azar, siempre sin resultado. Nadie contestaba al otro lado. Cada vez parecía más evidente que no había nadie más. Solo ellos. Diez supervivientes. Seis chicos y cuatro chicas. Diez robinsones en un mundo desierto.

Volvió a la cama.

—¿Sabes una cosa?

Rivas abrió un ojo y lo miró.

—Apaga la luz, tío.

—Ni de coña.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Por los muertos.

Rivas refunfuñó y se tapó la cabeza con la almohada. Tico continuó hablando, sin estar muy seguro de que el otro le prestase atención:

—Nunca he estado con una chica. No he salido jamás con ninguna. Tú sí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Tenías novia?

—No, novia no. Estuve con chicas de la mara, ninguna de ellas era mi novia. En la mara..., allí las cosas funcionan de otra manera.

—Tampoco he salido apenas de España. Hace unos años estuve en París. Y en Andorra también. Pero quería dar la vuelta al mundo, ¿sabes? Tenía pensado viajar sin parar, siempre de un país a otro...

—Eso todavía podrías hacerlo —murmuró Rivas—. Si el virus ha desaparecido, podemos ir adonde nos dé la gana. ¡Podríamos mudarnos a un palacio!

—¿Ya para qué? Quería viajar para conocer a gente de todas partes, pero si solo quedamos nosotros...

Entonces Rivas dijo algo de lo que enseguida se arrepintió:

—Mucha gente viaja para visitar ruinas, ¿no? Pues eso podemos hacerlo nosotros a partir de ahora, y sin que nos cueste un céntimo. El mundo está en ruinas y es todo nuestro.

—A mí me da vértigo pensar así —susurró Tico—. No me hago a la idea, Rivas, tío. No consigo convencerme de que el mundo esté vacío.

—Ya lo hemos hablado. No puede ser que esté vacío del todo, seguro que hay otros grupos de supervivientes. Y puede que comunidades enteras, o países enteros. Pero es posible que no logremos contactar con ellos, o que tardemos años en hacerlo.

—Cuando amanezca, buscamos una casa con internet.

—Tus deseos son órdenes para mí. Ahora cállate.

—Voy a ducharme.

—Ve donde quieras, pero cállate. Ya bastante me duele la cabeza

con la porquería esa de vino como para tener que oírte.

* * *

A ambos les dolía la cabeza, pero en cuanto amaneció y la lluvia paró un poco, iniciaron el registro de las demás casas del pueblo. Si en alguna encontraban un cadáver, cosa que sucedía con frecuencia, cerraban esa habitación y registraban el resto. Cogieron bolsas y metieron en ellas todas las latas de bebida y comida sin caducar, y mantas y ropa que consideraron que les iría bien, y lo llevaron todo al pequeño salón de la casa en la que habían pasado la noche. En un garaje encontraron unos botes de pintura y decidieron marcar con una equis la puerta principal de aquellas casas en las que había muertos.

Y también hallaron por fin un ordenador. Tico corrió a conectarlo y se sentó ante el teclado, mientras Rivas consultaba la pantalla de su móvil para cerciorarse de que sí, allí había una red wifi disponible.

Se les hicieron eternos los segundos que tardó el aparato en arrancar y mostrar la pantalla del escritorio.

—Venga —dijo Rivas, conteniendo el aliento.

Tico pulsó en el navegador para acceder a la red y cruzó los dedos. La pantalla cambió y pasó a blanco unas décimas de segundo hasta que se cargó la página de inicio, en la que se mostraron los iconos de las páginas que el anterior propietario del ordenador solía utilizar con mayor frecuencia. Google, *El País*, *El Diario*, Wikipedia... Tico seleccionó el de *El País* e hizo doble clic.

En el centro de la pantalla apareció un reloj de arena que indicaba que el servidor trataba de cargar la página del periódico..., pero no lo conseguía. Probó luego con la de Google y sucedió lo mismo. Entonces escribió en la barra superior la dirección de diversas páginas web que él acostumbraba a usar, pero ninguna se cargó.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Rivas.

—Que internet ha muerto. —Tico comenzó a abrir distintos programas del ordenador, con lo que varias ventanas emergentes se solaparon entre sí—. Déjame pensar.

—Tú sabes de informática, ¿no? Quédate aquí intentándolo mientras yo sigo registrando casas.

Los dedos de Tico se detuvieron sobre el teclado y se giró a mirar

a su compañero.

—Espera, no es buena idea que nos separemos.

—¿Qué va a pasar? Estamos solos, y no me alejaré mucho.

Tico sintió un leve escalofrío. No le hacía ninguna ilusión quedarse a solas en la casa, por mucho que la hubieran registrado y supiera que en ella no había ningún muerto. Sin embargo, Rivas lo ignoró y salió del cuarto. Un momento después, Tico oyó que abría la puerta principal y trató de concentrarse en el ordenador.

* * *

Rivas regresó unas dos horas más tarde, tiempo que había ocupado en transportar más latas de conservas a la casa donde habían dormido y en agenciarse asimismo una escopeta de caza.

—¿Cómo vas? —inquirió.

Tico realizó un gesto de negación.

—Solo consigo acceder a la caché de algunas webs, en la mayoría ni eso. Nada se actualiza desde hace meses, desde cuando todavía estábamos de excursión sin enterarnos de lo que pasaba. He consultado páginas de noticias, españolas y extranjeras...

—¿Americanas también?

—He probado con webs mexicanas, argentinas, canadienses, estadounidenses, chilenas... Además de todas las que se me han ocurrido en Europa, Australia, India... Todo se ha paralizado. Bueno, todo no. Había...

—¿Qué?

Tico resopló, a punto de romper a llorar.

—Hay una web que me gustaba mirar, solo por curiosidad. Por lo de los viajes que te dije antes. Te permite ver en tiempo real el tráfico aéreo en todo el mundo, te muestra vía satélite todos los aviones que están en vuelo. Bueno, supongo que solo los de un tamaño mínimo suficiente, o los que cuenten con un sistema concreto de radar, yo qué sé. Mira. —Maximizó una ventana y ante los ojos de Rivas apareció un mapamundi. Tico señaló la esquina superior derecha, donde aparecía la fecha y la hora—. Se actualiza cada treinta minutos. Fíjate, ni un

solo avión en todo el mundo. ¡Ni uno! Normalmente se veían aquí, y si los marcabas con el cursor te indicaba la compañía y su número de vuelo. Ahora los cielos están vacíos. Mira, no hay nada. —Amplió la imagen del mar Mediterráneo y a continuación pasó sobre la península ibérica hasta el océano Atlántico y lo recorrió de norte a sur.

—¿Todos los aviones aparecían ahí? —se sorprendió Rivas.

—Supongo que todos los comerciales, al menos. Ahora están todos en tierra. Eso solo puede significar una cosa.

—Pues a la mierda, Tico. Estamos solos. Que le den al mundo.

—Las redes sociales no funcionan —añadió Tico, con tono ausente—. He intentado entrar, pero no se puede.

—Tenemos comida, ¿no tienes hambre? —Rivas quería cambiar de tema cuanto antes.

—Sí.

Salieron de aquella casa y se dirigieron a la que habían establecido como cuartel general.

—¿Sabes lo que me apetece ahora mismo? —murmuró Tico—. Un bocata de calamares. Con mayonesa.

—Confórmate con unas lentejas. Es lo que más he encontrado. Y también café, a mí me apetece tomar un buen café.

—¿Y leche? ¿Tenemos leche?

—Sí.

—Pues genial. Lentejas y luego café.

—Oye, ¿y tú por qué narices mirabas esa web de tráfico aéreo?

—Me imaginaba los lugares hacia dónde se dirigían y quién viajaba en ellos. Me imaginaba a mí mismo a bordo, sobre todo si el vuelo era de largo recorrido. ¿Por qué me miras así, es que tú nunca has soñado con viajar?

* * *

Cocinaron las lentejas y prepararon una cafetera que bebieron con

la parsimonia de quien quiere disfrutar cada gota por si no vuelve a tener la oportunidad de hacerlo. Rivas se echó hacia atrás para que su silla se mantuviera en equilibrio sobre las patas traseras y colocó los pies sobre la mesa.

—No se está mal aquí —dijo.

Frente a él, Tico había comenzado a rascarse el cuello, en el punto donde asomaba la nuez.

Llevaban dos días en el pueblo y no habían mencionado el virus (no lo habían acordado así, simplemente habían preferido no hacerlo).

Hasta que Tico empezó a toser.

Rivas lo miró y el otro carraspeó y rellenó su taza.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Solo he tosido... Hay mucho polvo aquí.

—¿Eres alérgico?

—No, pero cuando hay mucho polvo me hace estornudar.

—No has estornudado, has tosido.

—Vete a la mierda, no pasa nada.

—¿Te pica la garganta?

—¿Y qué? Hay polvo, ya te digo. Se me habrá metido un poco en la boca. A lo mejor no he limpiado bien la taza y al beber...

—No sabemos cuáles son los síntomas que provoca el virus —murmuró Rivas.

—Por eso mismo: no lo sabemos, así que déjame tranquilo. ¡Solo he tosido dos veces!

Se quedaron en silencio un segundo, mientras Rivas bajaba los pies al suelo y se incorporaba. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo.

—Si no se te va el picor, dímelo, ¿vale?

—¡No es el virus! —gritó Tico—. ¡Joder, solo es tos!

—Ya, bien, ojalá solo sea tos, pero ¿y si es más que eso?

—Si es el maldito virus, ¿por qué no toses tú también?

—Puede que no nos afecte a los dos por igual.

—¡Puede que no sea más que polvo de mierda! Mira la capa de polvo que cubre los muebles, aquí nadie ha limpiado en meses.

Rivas asintió.

—Vale, pero si te sigue picando la garganta, o si sigues tosiendo, dímelo.

Tico fue al aseo y se encerró dentro. Se inclinó hacia el pequeño espejo que había sobre el lavabo y examinó su rostro en busca de alguna señal, algún indicio de que de verdad hubiera contraído el virus. Estaba demacrado, había perdido peso y sendas ojeras le subrayaban los ojos, pero eso eran consecuencias del tiempo pasado en la montaña. Nada había cambiado en su cara desde que habían llegado al pueblo. Se quitó la ropa hasta quedar desnudo y registró cada centímetro de su piel, pero no vio llagas, ni erupciones ni manchas que no hubieran estado ahí antes.

Volvió a vestirse, se lavó la cara y se contempló de nuevo en el espejo.

—No lo tengo —le dijo a su imagen reflejada—. No tengo el virus.

Sin embargo, en la garganta continuaba teniendo aquella molesta sensación de haberse tragado una pelusa.

No tenía por qué ser el virus que había provocado el desastre, podría ser una gripe normal y corriente, como la de todos los años, o una simple infección de garganta, o tan solo un malestar pasajero. Abrió el grifo otra vez, se llenó la boca de agua y luego echó la cabeza hacia atrás para hacer gárgaras.

* * *

Rivas lo esperaba fuera.

—¿Seguimos?

—He pensado que lo mejor es que tú vuelvas al ordenador. Mientras, yo continúo reuniendo comida y mantas, y todo lo que pueda interesarnos.

—¿Qué pasa, prefieres no estar cerca de mí por si acaso?

—No seas idiota: si estás infectado, yo también lo estaré antes o después. Pero es posible que tengas razón y que no sea nada.

—Entonces, ¿por qué quieres que nos separemos?

—Porque tú eres un fuera de serie con los ordenadores, ¿no? Intenta hacer algo, tiene que haber una manera de enviar un mensaje por si hay alguien más aparte de nosotros.

—No funciona bien, tío. Los servidores han caído, las webs no se cargan correctamente...

—Solo te pido que lo intentes.

Tico se encogió de hombros y se encaminó a la casa del ordenador. Sospechaba que Rivas no estaba siendo sincero, pero no ganaba nada discutiendo con él.

Rivas lo siguió con la mirada un momento y luego se fue en dirección contraria. Quedaban muchas casas por registrar, pero se dirigió a una en la que ya había estado por la mañana. En ella había visto un coche en el garaje y una llave de automóvil en el recibidor.

Entró en la casa, cogió la llave y se montó en el coche, un Ford C-Max de color blanco. Tuvo que intentarlo tres veces para que el motor volviera a la vida después de tanto tiempo parado, y al hacerlo se conectó el equipo de música y Rivas se sorprendió al escuchar una voz femenina que cantaba en francés una canción que, aunque no podía entender, le sonó tan alegre que le pareció fuera de lugar. Apagó el aparato. El depósito estaba un poco por encima de la mitad; el ordenador de a bordo indicaba que había suficiente combustible para recorrer unos cuatrocientos kilómetros, y supuso además que no supondría ningún problema conseguir más gasolina.

Aferró el volante con ambas manos. Solo había conducido un coche una vez, no tenía carnet, claro, pero estaba seguro de que podría hacerlo, más ahora que no debía preocuparse de otros vehículos en la carretera. O sí, claro, sí que los habría. Coches abandonados aquí y allá, quizás alguna carretera estuviera bloqueada por completo. Pero si circulaba despacio no habría problema. No sería como ir por una autopista de cuatro o cinco carriles y todo el mundo con prisas.

Podría irse lejos.

Desde que se había quedado solo, Nando se sentaba en el punto donde nacía el camino, sobre una piedra plana, y oteaba la lejanía por si veía volver a sus amigos o la señal que había acordado con ellos.

Sabía que si todo iba bien no regresarían tan pronto, pero prefería estar atento por si acaso algo les incitaba a dar la vuelta, y además el hecho de sentarse allí le servía para ocupar un par de horas de sus jornadas horriblemente largas y monótonas. Se había comprometido a esperarlos en el refugio, pero al poco de quedarse allí solo ya empezó a pensar en bajar al campamento. No lo hizo, sin embargo. Había dicho que los esperaría y eso haría, a pesar de que la soledad se hizo tan intensa que resultaba opresora.

Por la mañana dedicaba todos sus esfuerzos a buscar alimento, y, como escaseaba, guardaba una parte para el día siguiente. Por la tarde, vigilaba el camino y también el lado opuesto de la ladera, por si alguno de los del campamento se decidía a hacerle compañía. Por la noche, no podía dormir: su mente desbrozaba los diferentes posibles resultados a la aventura emprendida por Rivas y Tico.

En el supuesto de que el virus hubiera desaparecido o ya no fuera peligroso, ¿qué harían? ¿Intentarían regresar a la ciudad? ¿No correrían un riesgo excesivo al hacerlo? ¿Y si había allí, o en el camino, otros supervivientes que los atacaban? No era tan ingenuo como para pensar que los supervivientes, si los había, tratarían de ayudarse unos a otros. ¿Se mantendrían ellos unidos si descubrían que podían abandonar la montaña? No formaban un grupo perfecto, eso era obvio y todos lo sabían, pero Nando estaba seguro de que solo podrían salir adelante si estaban juntos… si la montaña y el invierno se lo permitían.

Luego, a medida que la madrugada avanzaba, sus pensamientos derivaban hacia su vida pasada, los recuerdos de su familia y de su infancia, pero enseguida procuraba apartarlos de su cabeza. Lo importante eran los días por venir, no los que ya tenía a sus espaldas.

Rivas apagó el motor. No había salido del garaje, ni siquiera había abierto la puerta. Desde el primer momento había sido consciente de que no se iría. Si alguien le preguntase, no sabría explicar bien por qué.

Se había montado en el coche para saber que podría irse, y, en cambio, que no lo haría.

Le empezaba a picar la garganta.

Carraspeó.

Se le habían humedecido los ojos, los apretó con fuerza y golpeó el volante con el puño.

Encendió de nuevo el equipo de música y el reducido espacio del vehículo se llenó con los acordes de aquella canción de la que no comprendía nada, pero que sonaba hermosa y feliz.

Quizá el picor fuera psicológico, pensó. Cuando alguien piensa que algo le pica, acaba rascándose.

Quizá fuera el polvo que había en el ambiente, como quería creer Tico.

Tosió.

La canción terminó y empezó otra, ahora cantada por una voz masculina y rota. Rivas apagó el equipo y bajó del coche. Volvió a la casa y salió a la calle.

Lloviznaba. Varias gotas le dieron en la cara y se mezclaron con sus lágrimas.

Podía haber muerto ya en más de una ocasión en su ciudad natal, no entendía que se hubiera salvado entonces solo para morir ahora en un pueblo en mitad de ninguna parte. No lo había llegado a formular en palabras, pero, al igual que Luke, en cierto modo había creído que si ellos diez se habían salvado de la pandemia era por alguna razón que de momento se les escapaba y que con el tiempo acabarían por descubrir, y no solo porque la casualidad había querido que cuando se desataba el apocalipsis ellos estuvieran demasiado lejos de cualquier fuente de contagio.

El picor aumentaba. Tosió y escupió, pero nada: el picor

continuaba ahí, en el punto donde nacía su lengua, más y más intenso cada vez. Pensó en algún tipo de parásito que se le había metido dentro y carcomía sus entrañas.

* * *

Tico había encendido el ordenador, pero a los pocos minutos había dejado de intentar nada. Intuía que era inútil. Internet, que cuando vivía con sus padres había sido su gran aliado, ahora se mostraba como un ente ajeno que le cerraba las puertas en las narices.

En alguna parte había leído que si la red dejase de funcionar durante varios días consecutivos (no recordaba el número de días, pero sí que no eran muchos), se produciría el caos. Prácticamente todo dependía, en mayor o menor grado, de una conexión a internet. La sociedad dependía hasta tal punto de la red que, sin ella, caería. Ahora le resultaba evidente que lo mismo sucedía al revés: sin gente, internet había aguantado en pie un tiempo, pero había terminado viniéndose abajo. Pensó en todos los satélites que giraban alrededor de la Tierra, ellos sí seguirían en funcionamiento, aunque ya nadie verificaba ni analizaba los datos que enviaban. Pensó en la nave (no recordaba su nombre) que la NASA había lanzado hacia los confines del sistema solar. Toda la información que pudiera enviar ya no serviría de nada.

Millones de años de evolución habían concluido en cuestión de días por culpa de un virus microscópico.

La especie humana se había considerado a sí misma el *summum* de la evolución, y un virus invisible la había borrado del mapa en un santiamén. A ojos ajenos podría resultar incluso irónico, tanta prepotencia, tanto egocentrismo y antropocentrismo eliminado de un plumazo. Pero los ojos de Tico no eran ajenos. Ahora, además, le picaban también. Como una vez, de niño, cuando un compañero de clase le contagió una conjuntivitis.

Se dejó llevar por un arrebato de impotencia y volcó la mesa donde estaba el ordenador. La pantalla cayó hacia atrás con un sonido seco y el ratón inalámbrico se deshizo en varios pedazos. Cogió la torre, le arrancó los cables y la arrojó contra la ventana. El cristal estalló y la CPU cayó con un fuerte estrépito sobre el empedrado de la calle.

Se asomó para ver su obra y vio a Rivas contemplando el estropicio.

Se reunieron abajo.

—Me he dejado llevar —explicó Tico.

—Ya.

—Has vuelto pronto.

Rivas lo miró. Tico tenía los ojos enrojecidos y se preguntó si a él le ocurría lo mismo.

—A mí también me pica la garganta —dijo.

Tico notó que le temblaban las piernas y se sentó en el bordillo de la acera. La lluvia no era fuerte, todavía había zonas del suelo que permanecían casi secas y se veía con claridad donde iban cayendo las gotas. Por un momento, ver el dibujo abstracto que creaba la humedad al extenderse le pareció un buen pasatiempo.

—¿Qué hacemos?

—Hay coches y tractores... Vamos a sacarles la gasolina.

CUARTA PARTE Principio

Poco antes del anochecer, la lluvia cesó y las nubes se dispersaron para dejar hueco libre a los rayos del sol de la tarde, que iluminaron con intensidad las cumbres de las montañas. Desde donde estaba, Nando se entretuvo identificando formas en las nubes. Siempre le había gustado hacerlo, más aún cuando un profesor de primaria le explicó un día que eso se llamaba «pareidolia». Le encantaba esa palabra. No hacía falta mucha imaginación para ver un rostro feroz en una nube, o un animal, o un monstruo, las torres de un castillo, un cucurucho de helado, la proa de un barco...

Tenía hambre, pero prefería guardar los restos del conejo que había logrado cazar esa mañana para desayunar al día siguiente.

Daría lo que fuera por tener alguien con quien hablar, alguien que hiciera la espera más llevadera. Y que ese alguien fuera Eva.

Le había dolido que ella rechazara su sugerencia de compartir tienda de campaña, pero, por otra parte, continuaba pensando que Eva sentía por él lo mismo que él sentía por ella. O algo similar.

El viento deformó el rostro que había visto en un cúmulo de nubes y expandió su boca como si gritase. Un grito atroz, de absoluta desesperación. Buscó el resto de figuras que había identificado y no pudo encontrar ninguna. Se esforzó en hallar otras nuevas, pero fue en vano, como si su imaginación se hubiera desconectado y no quisiera seguir jugando.

Bajó la mirada y de pronto el corazón le dio un vuelco. Había allí una nube que antes no estaba.

Una nube negra que crecía y burbujeaba.

* * *

Paula había cogido esa noche el turno de contar una historia al calor de la hoguera. Un impulso del que más tarde se arrepentiría le hizo hablar de su época en los últimos cursos de primaria, cuando unas compañeras de clase la tomaron con ella porque era gorda y torpe, y cómo eso la llevó a encerrarse en sí misma y a decidir que, a partir de entonces, ya que el mundo le daba la espalda, ella atacaría primero.

Los demás la escucharon en silencio, pero ninguno dijo nada cuando Paula terminó de hablar y ella se mordió el labio, deseando haber sido capaz de resistir el impulso de revelar aquella parte de su infancia.

En los siete que formaban el grupo que se había quedado en el campamento del bosque cundía la inquietud desde la marcha de los otros y no había muchos ánimos de hablar. La voz de Paula se apagó y el crepitar de las llamas los envolvió.

Luego, poco a poco, se fueron retirando a dormir. Paula fue la última, y también la primera en levantarse por la mañana. Gacela y Lobo trotaron hasta ella y se puso a jugar con ellos, arrojándoles palos

tan lejos como podía.

Los otros seis se levantaron casi a la vez y, tras desayunar, se concentraron en las tareas diarias. Yasser, Alicia y Germán fueron de caza; Eva fue al río a pescar; y Saray y Paula se quedaron montando guardia con Luke, que todavía no podía apoyar el pie herido.

* * *

A mediodía los perros echaron a correr hacia los árboles al detectar un olor conocido. Nando llegaba al campamento, y con él la noticia de que los Niños Perdidos eran ahora solo ocho.

–Oí una vez —dijo Germán— que la gente del mar tiene una ley según la cual si encuentran algo a la deriva pueden quedárselo, sea lo que sea. No sé si es verdad o no... Pero si esa ley existe es como si el mundo fuera nuestro. El mundo y todo lo que hay en él. Solo quedamos nosotros. Somos los dueños del mundo, sus reyes. —Hizo una pausa—. Pero no podemos acceder a él, todo es nuestro, pero no podemos coger nada. Estamos encerrados en una cárcel de aire y árboles. Si el virus sigue en el pueblo, no podemos salir de aquí, no podemos bajar de la montaña.

—Hay una melodía que no consigo quitarme de la cabeza —dijo Alicia, cambiando de tema tras una nueva pausa—. Una que nunca aprendí a tocar bien. Lo intenté montones de veces, durante semanas, un día y otro, y jamás conseguí que sonase parecida a como sonaba en mi cabeza.

Germán la miró a través de la penumbra sin comprender a qué venía aquello. Estaban los dos en la tienda de campaña que compartían, metidos en sus sacos de dormir.

—¿Y? ¿Qué quieres decir, qué pasa con esa melodía?

Alicia cambió de postura en el saco. Ella misma no estaba segura de lo que pretendía decir.

—Me refugié en la música. Pero esa melodía se me escapó siempre. Así que decidí olvidarla. Eso fue el año pasado. Y ahora he vuelto a recordarla, y no puedo quitármela de encima. Y lo peor es que me hace pensar en mis padres. Joder, y no quiero pensar en ellos. No quiero pensar en nadie que no esté aquí.

—Cántala. Esa melodía, cántamela.

—No. Es solo mía.

Germán se incorporó apoyándose en el codo.

—Tú y yo no estaríamos juntos si no estuviéramos aquí y no existiese el virus. No nos parecemos en nada. Antes de todo esto, no me fijaba en las chicas como tú.

—Ni yo en los pijos como tú, idiota —confesó Alicia, y soltó una carcajada que enseguida contagió a Germán.

* * *

Sus risas llegaron a la tienda en la que ahora dormía Nando solo. Por un momento los odió por ser capaces de reír en la situación en que se encontraban, luego los envidió y deseó reír también.

Durante días la conversación fue muy escasa en el campamento, ninguno tenía claro cómo reaccionar a la confirmación de que el virus continuaba activo y que, por tanto, no les quedaba más alternativa que resistir en la montaña.

Si la propia montaña y el invierno se lo permitían.

Luke, mientras el esguince le impedía caminar con normalidad, se encerró en sí mismo. Algunos días cojeaba hasta la ribera del río y pasaba las horas allí pescando, o se sentaba cerca de la hoguera y se dedicaba a preparar lanzas y flechas como para un ejército, pero en cuanto la hinchazón y el dolor desaparecieron, se unió a uno de los grupos de caza.

Con ayuda del mapa de Ramón, habían recorrido y registrado ya buena parte de los alrededores, pero todos estuvieron de acuerdo en que convenía seguir ampliando sus conocimientos del pequeño mundo en el que ahora vivían. Así, cada grupo que iba de caza, elegía antes de partir un punto del mapa y luego, al regresar, comentaban cualquier cosa interesante que hubieran encontrado. En esa relación entraban pequeños accidentes del terreno, cuevas, riachuelos y demás.

Hubo nuevas nevadas que empeoraron aún más el ánimo general, y un día, ya tarde, sin que hubiera un detonante claro, Yasser y Luke se enzarzaron en una riña. Ambos jamás se habrían dirigido la palabra si la vida no les hubiera hecho coincidir primero en el Centro y luego en la montaña, se detestaban, tenían caracteres tan diferentes que no hacían otra cosa que chocar constantemente. Allí, obligados a estar juntos, la tensión era evidente. De pronto empezaron a lanzarse pullas, y esta vez hicieron oídos sordos a las voces de los otros, que les exigían que parasen. La discusión fue creciendo hasta que Yasser escupió:

—Tú eras el que más insistía en bajar al pueblo, ¡eres tú el que debería haber muerto, elfo, y no Rivas y Tico!

—¡Eh, no digas eso! —exclamó Saray.

Pero Luke ya había saltado sobre Yasser, y los dos rodaron abrazados, lanzándose puñetazos. Luke se soltó y se incorporó con rapidez, y mientras el otro continuaba en el suelo le dio una patada en el costado. Intentó darle una segunda, pero Yasser reaccionó con agilidad, le agarró la zapatilla y le hizo caer. Luego se le tiró encima y le soltó una andanada de golpes en la cara que solo terminaron cuando Nando y Germán lo sujetaron y lo arrastraron unos metros

hacia atrás.

—¡Ya os vale, joder! —chilló Paula, al borde de las lágrimas.

—¡Estaos quietos! —ordenó Germán.

Saray corrió junto a Luke, a quien le había empezado a sangrar un labio y también la nariz. Él era más alto y algo más corpulento que Yasser, pero este había demostrado que no era la primera vez que empleaba sus puños.

—¡Moro de mierda!

—Venga, baja al pueblo, elfo, baja y muérete —le espetó Yasser.

—Sois imbéciles los dos —dijo Eva—. ¿Qué pasa, que sois incapaces de soportaros? Pues nada, mataos a golpes. ¿Os creéis que los demás os soportaríamos si tuviéramos otra opción?

Luke le dirigió una mirada feroz y se alejó hacia el río para lavarse las heridas. Saray fue tras él, y Nando y Germán soltaron a Yasser.

* * *

Tras aquello, al día siguiente Luke se marchó del campamento temprano, sin avisar a nadie, ni siquiera a Saray. Volvió a media tarde, con un conejo que entregó a Paula, y se metió en su tienda. Al poco rato, se le unió Saray y le preguntó dónde había estado.

—Por ahí. —Fue la escueta respuesta.

—Te podría haber acompañado, si me lo hubieras dicho. Me desperté y ya no estabas.

Luke se tumbó boca arriba y cruzó las manos bajo la cabeza, a modo de almohada.

—¿Te vendrías conmigo? —preguntó.

—Ya te lo he dicho. Claro que sí, ya lo sabes.

—No me refiero a un día, de caza o expedición, sino...

Saray se tumbó a su lado.

—¿Adónde?

—A otro sitio. Otro... campamento. Paso de esta gente, no puedo más con ellos. El moro me toca las narices, Eva me pone de los nervios, Paula solo sirve para cocinar...

—Espera, tío, ¿quieres largarte de verdad, quieres que nos separemos?

—Me importan una mierda los demás. No los soporto, ni los necesito para nada.

—Pero, Luke, solo estamos nosotros, ¿no es mejor que sigamos juntos?

—Yasser y yo acabaremos matándonos.

—Pues pasa de él. Simplemente pasa de su cara, que le den. Ignóralo.

—No. Me voy, yo me voy. Tú no digas nada, no quiero que se pongan todos a comerme la cabeza. Vente conmigo.

—Pero ¿adónde? Aquí ya hemos montado un campamento.

—Montaremos otro. Hoy he estado en las ruinas, podemos instalarnos allí. Nos llevamos nuestras cosas y punto.

—¿Tú y yo solos?

—He pensado decírselo a Germán, pero no estoy seguro de que quiera venir.

—Si va él, irá también Alicia.

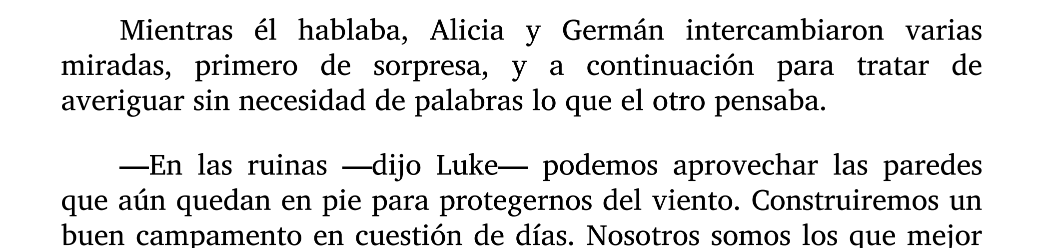
—Supongo. No me importa. Con ellos me llevo bien. Y puede que se lo diga también a Nando, no lo sé todavía.

—¿Estás hablando en serio, Luke?

—Te lo aseguro. Me largo de aquí. Y no se te ocurra decírselo a nadie. Me largaré sin avisarles.

* * *

Por la mañana, Luke cogió en un aparte a Germán y a Alicia y les pidió que le acompañasen ese día para cazar. En cuanto se alejaron lo suficiente y estuvo seguro de que los demás no le oirían, les contó su plan de escisión.


Mientras él hablaba, Alicia y Germán intercambiaron varias miradas, primero de sorpresa, y a continuación para tratar de averiguar sin necesidad de palabras lo que el otro pensaba.

—En las ruinas —dijo Luke— podemos aprovechar las paredes que aún quedan en pie para protegernos del viento. Construiremos un buen campamento en cuestión de días. Nosotros somos los que mejor cazamos, no necesitamos a nadie más.

—A Yasser también se le da bien —apuntó Alicia.

—Al diablo con Yasser. Ahora que Rivas no está, nosotros cuatro somos los mejores del grupo, los más fuertes. A ellos que les den.

Germán miró una vez más a Alicia, y luego a Luke.

—Tío, no sé, ¿de verdad crees que merece la pena?

—Sí.

—No somos más que ocho, ¿para qué separarnos en dos grupos?

—Porque a ellos no los soporto más —aseguró Luke.

—¿Y no puedes pasar de ellos y ya está?

—Escuchad, os lo he dicho por si os apuntáis, pero yo ya he tomado la decisión. Pensáoslo.

—¿Saray se va contigo?

—Creo que sí, se lo dije anoche.

—Está enamorada de ti, seguro que irá —dijo Alicia.

—Con vosotros seríamos cuatro —dijo Luke—. Decidíos pronto. Y a los demás no les digáis nada. —Se detuvo y los miró de frente para añadir—: Que a nadie se le ocurra intentar convencerme para que cambie de opinión.

Germán resopló y se encontró con la mirada de Alicia.

—¿Tú qué dices? —le preguntó.

Ella se encogió de hombros y bajó la voz:

—En parte también me asquea el resto del grupo. Pero somos tan

pocos que no sé si es buena idea separarnos en dos campamentos.

—Habladlo entre vosotros —intervino Luke—. Yo me ocupo de la caza, quedaos aquí y después vengo a por vosotros y volvemos juntos. Saray y yo nos iremos dentro de uno o dos días.

* * *

Horas después los tres regresaron en silencio hacia el bosque. Luke no quiso preguntar si habían tomado una decisión, no quería dar la impresión de que les suplicaba que se unieran a su plan, aunque deseaba que lo hicieran.

Cuando ya llegaban al campamento, Alicia lo cogió por el codo:

—Es mejor hacerlo dentro de dos días, y aprovechar ese tiempo para llevarnos todo lo que podamos sin que ellos se enteren.

A Luke se le escapó una sonrisa y asintió.

—Sí, dos días. Perfecto. Mañana hacemos el primer viaje, temprano, antes de que los otros se despierten. Nos llevamos armas, y algún mechero para el fuego, y todo lo que podamos transportar y que no se note que nos lo hemos llevado.

Por la noche, dentro de su tienda, le contó las novedades a Saray.

—¿Se lo vas a decir a Nando? —preguntó ella.

—Creo que no —respondió Luke tras una pausa—. Con Germán y Alicia somos cuatro, y dos parejas, además. Nando no se sentiría a gusto, imagino.

—Y está colado por Eva —añadió Saray—. ¿No te has dado cuenta? No querrá apartarse de ella.

—Sí, eso es verdad. No se lo diremos, que se quede con ella y con los otros dos.

En sueños, Nando sintió que alguien entraba en su habitación, se deslizaba por el suelo hasta su cama y lo zarandeaba.

—Despierta, tío. Vamos, Nando, despierta.

No era la voz de su madre, sino una voz masculina, con un ligero envoltorio extranjero.

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos. Bostezó y trató de girarse hacia un lado, pero las manos que lo sujetaban tiraron ahora con fuerza de él.

—¡Se han ido!

Ya no dormía. Había reconocido la voz de Yasser y había recordado también todo lo demás. Que no estaba en su dormitorio, que la especie humana se había extinguido casi por completo, que su casa era una montaña, que Tico y Rivas habían encendido un fuego para advertirle de que se habían contagiado.

—¿Qué? ¿Quién se ha ido? —inquirió, con un nuevo bostezo.

Se incorporó un poco e interrogó con la mirada a Yasser.

—Luke, Saray, Alicia y Germán. Se han llevado hasta sus tiendas, se han llevado todas sus cosas.

Salieron fuera, donde ya estaban Paula y Eva, contemplando el vacío que habían dejado las tiendas de las dos parejas. Había dos parcelas rectangulares donde la hierba estaba aplastada, limpia de nieve. Gacela y Lobo también estaban allí.

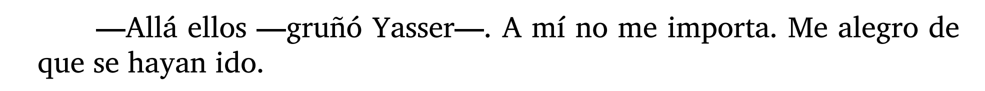
—¿Qué...? ¿Por qué? ¿A qué viene esto? —balbuceó Nando, incapaz de dar crédito a lo que veía—. ¿Qué os han dicho? ¿Por qué se han largado?

—No nos han dicho nada. Se han ido antes de que nos levantásemos —le contestó Eva—. Se han cuidado de no hacer ningún ruido para que no nos enterásemos.

—¿Y no lo sabíais, ninguno? —continuó preguntando Nando—. ¿En serio?

—¿Tú lo sabías? —le espetó Paula.

Nando negó con la cabeza.


—Allá ellos —gruñó Yasser—. A mí no me importa. Me alegro de que se hayan ido.

Los otros tres lo miraron, pero ninguno llegó a decir nada.

—¿Qué pasa, vais a decir que es culpa mía? Yo no les he pedido que se larguen.

—¿Alguna idea de dónde se han ido? —preguntó Paula, sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Y qué más da? —dijo Eva, entre dientes—. No pienso ir a buscarlos. ¿Se han ido? Pues se han ido. ¿Qué quieres, Paula, que vayamos a pedirles por favor que vuelvan y no nos dejen solos? Nos han abandonado.

—Sí, ahora estamos nosotros cuatro solos —confirmó Yasser.

Paula se agachó hacia Lobo, el cachorro, y lo acarició.

—¿Y vosotros dos qué, habéis decidido quedaros con nosotros? Me alegro, Lobo, ¡me alegro un montón!

Eva cogió un par de lanzas.

—Me voy a cazar. ¿Quién me acompaña?

—Yo —se adelantó Yasser a Nando.

—Vale, pues Paula y yo nos encargamos de la pesca.

—Alucino —exclamó Paula—. ¿Y ya está? ¿De verdad vamos a hacer como si no hubiera pasado nada?

—Escucha, Paula —le dijo Eva—. Ellos han decidido irse, no han contado con nosotros para hacerlo. Nos han dejado atrás. Nosotros... Joder, Paula, nosotros tenemos que seguir adelante.

Paula rompió a llorar, pero lo hizo en silencio, sin el menor ruido, mientras continuaba acariciando a Lobo.

—¡Esto es una mierda! —murmuró—. Solo quedamos ocho y no hacemos otra cosa que pelearnos.

Pasaron tres días sin que tuvieran noticias, hasta que una mañana Nando y Yasser vieron a lo lejos a Luke y a Germán. Descendían por una ladera y parecían poco más que hormigas, pero el día era muy claro y no había duda de que eran ellos.

—¿Los llamamos? —sugirió Nando.

—Yo paso —repuso Yasser.

Sin embargo, su mirada estaba fija en los otros, que no se habían percatado de que estaban siendo observados.

—Podríamos seguirlos. ¿No quieres saber dónde han montado su campamento? Deberíamos averiguarlo, por si las moscas. Nunca se sabe.

—Síguelos —dijo Yasser con desgana.

—¿Yo? Digo de hacerlo los dos.

Yasser hizo un gesto de negación con la cabeza y echó a andar en dirección contraria. Llevaban horas y todavía no habían conseguido ninguna pieza.

Nando fue tras él.

—Eh, ¿qué haces?

—Tío, tú sabes por qué se fueron, ¿verdad? Se largaron por mí. Así que no, no voy a ir tras ellos. Ve tú, si tanto quieres saber dónde viven ahora.

—Va, no me refiero a pedirles que vuelvan, Yasser. Solo creo que nos interesa ver dónde están. Por lo que pueda pasar, tío. No sé... Imagina que en algún momento necesitemos mudarnos, abandonar el campamento por la razón que sea. Nos vendrá bien tener un sitio decidido de antemano al que ir.

—Yo no pienso acercarme a ellos —insistió el otro—, tú haz lo que quieras. Es más, estoy seguro de que volverán con el rabo entre las piernas.

—¿Tú crees? Yo no lo tengo tan claro. Para nada. Y me importa una mierda si se han ido por ti. Lo que sí tengo claro es que ni a ellos ni a nosotros nos viene bien estar separados. Lo decía siempre Ramón y tenía razón: es mejor trabajar en equipo. Nos está costando un

montón encontrar comida, y ahora somos menos para conseguirlo.

—Ahora somos rivales, eso es lo que somos. O espabilamos, o la comida va a escasear de verdad.

Nando se quedó un instante pensativo, y acabó por asentir.

* * *

Por la noche les contaron a las chicas lo que había ocurrido.

—A mí solo se me ocurren dos sitios donde pueden haberse instalado —dijo Paula—. Las ruinas o la cueva.

—Estoy de acuerdo, yo también elegiría uno de esos dos sitios —opinó Nando.

—Apuesto por Grandesa —sentenció Paula.

—Pero es cierto lo que dice Yasser —terció Eva—. Lo que de verdad debe preocuparnos es conseguir suficiente comida ahora que competimos con otros cazadores. Si se han ido, es que ellos no quieren compartir lo que cacen con nosotros.

Los cuatro se confabularon para demostrarse a sí mismos que no necesitaban a los otros para sobrevivir. Por un lado, se sentían traicionados, y por otro, enrabietados.

* * *

La mañana siguiente Paula se quedó sola en el campamento. Eva y Yasser habían cogido el turno de caza y Nando fue a pescar. Paula no quiso acompañarle, porque ese día le dolía la cabeza, un mal que se había hecho frecuente en todos ellos, por el hambre y el frío, por la tensión y por el miedo que se les había instalado dentro.

Sentada frente al fuego, se tocó la frente con el dorso de la mano: tenía fiebre. Echó de menos su cama y su habitación. Hacía tiempo que no le sucedía. Su habitación siempre le había resultado diminuta, y ahora, en cambio, la recordaba acogedora. Incluso espaciosa.

Al rato oyó pisadas a su espalda. Era pronto para que ninguno de los otros estuviera de vuelta, pero quizá Nando hubiera tenido un golpe de suerte. Se giró hacia el origen del ruido.

—¿Qué pasa, Nando, has encontrado un banco entero de pec...?

Pero quien estaba detrás de ella era Luke. Y más allá estaba también Germán.

Paula se levantó con rapidez.

—¡Eh, hola!

—¿Qué hay, Paulita?

—¿Volvéis?

—¿Qué dices? Ni de coña —bufó Luke.

—¿Entonces?

—Pues hemos pensado que os sobra una tienda.

—¿Qué dices? Somos cuatro y solo tenemos tres tiendas.

—Nosotros también somos cuatro y solo tenemos dos.

—Pero, tíos, vosotros decidisteis largaros. Estábamos mejor juntos.

Germán soltó una risita.

—¿Nos echas de menos, gordita?

—Vete a la mierda.

Luke fue a la tienda que ocupaba Nando y se metió en el interior para vaciarla. Paula intentó impedírselo, pero Germán se plantó ante ella y la empujó.

—Quédate quieta y no me toques las narices.

Una vez que hubo sacado todo lo que había dentro, Luke desmontó la tienda y comenzó a plegarla. Había llevado la bolsa de una de las suyas para evitar un posible retraso localizando la de Nando.

Entonces Paula empezó a gritar. El río no estaba lejos, tal vez Nando la oyera. Gritó su nombre varias veces, hasta que Germán le dio una bofetada que sonó como la explosión de un globo y la hizo callar. Ella se llevó una mano al sitio del impacto, sintiéndose más humillada que dolorida.

El propio Germán parecía haberse sorprendido por lo que acababa de hacer.

—¿Puedes estarte quieta, Paula? Quieta y calladita.

—Que te den. Primero nos traicionáis, y ahora venís a robarnos.

—No me llames traidor, porque te suelto otra —la amenazó Germán.

Nando apareció a la carrera, alertado por los gritos de Paula. No había pensado en lo que podía estar sucediendo en el campamento, solo que la voz de su compañera denotaba alarma, pero si algo no esperaba era encontrar a Germán y a Luke, y ver que habían desmontado su tienda de campaña.

—¿Qué pasa? ¡Luke, Germán! ¿Qué está pasando, tíos, qué hacéis? Eh, esa es mi tienda.

—Era —se jactó Luke.

—¿Qué dices? Yo duermo ahí.

—A partir de ahora duerme con Yasser, o con las chicas.

Nando se adelantó hacia Luke e intentó arrebatarle la bolsa donde había guardado la tienda ya plegada, pero el otro echó el brazo hacia atrás y tiró con fuerza para retener su presa.

—Es mi tienda.

—¡Te digo que ya no!

—¡Sois unos mierdas!

—Cállate o te parto la cara, Nando —estalló Luke—. En serio, no tengo nada contra ti. Estuve a punto de invitarte a venir con nosotros, si no lo hice fue porque sabía que no vendrías. No querrías venirte sin Eva, ¿verdad que no?

Nando no supo qué decir. No había tenido la menor idea de que lo que sentía hacia Eva fuera conocido por los demás. Igual que Paula un momento antes, sintió una humillación que ya había experimentado anteriormente, en distintos episodios de su vida.

Sin pararse a pensar bien en lo que hacía, cerró el puño derecho y lo estrelló contra el rostro de Luke.

Dos segundos después se encontró tumbado boca arriba, con Luke encima, martilleándole la cara. Este no había podido con Yasser, y ahora parecía dispuesto a desquitarse con Nando.

Paula corrió hacia ellos para ayudar a Nando, pero Germán la trabó por detrás y le hizo caer de bruces al suelo.

—Ya, Luke, vámonos ya.

El rubio soltó a Nando y se puso en pie.

—Sí —dijo. Recogió la bolsa con la tienda y se alejó unos pasos, pero enseguida se volvió otra vez hacia los dos que estaban en el suelo —: No nos busquéis las cosquillas, ¿entendido? No nos toquéis las narices.

—Venga, vamos —le insistió Germán—. ¡Vamos!

Cuando se marcharon, Paula y Nando se miraron el uno al otro. Él era el peor parado, su ojo izquierdo había recibido dos puñetazos directos y pronto empezaría a hincharse tanto que no podría abrirlo del todo durante unos días, y en la mandíbula ya le aparecía un hematoma.

—¿Estás bien? —le preguntó Paula.

Dijo que no sin hablar, mientras se levantaba y contemplaba el desorden en que habían quedado sus cosas. Maldijo a Luke y a Germán en voz baja. Luego miró el cielo y trató de calcular las horas de luz que aún tenían por delante. Se le había ocurrido una idea.

—Paula, ¿puedes recoger tú mis cosas?

—¿Qué, y eso por qué?

—Si me doy prisa, quizá pueda ir al refugio y volver antes de que oscurezca.

—¿Al refugio para qué? —se extrañó Paula.

—Ya lo verás.

—No te da tiempo a ir y volver ni en pintura.

—Si voy corriendo, puede que sí.

—No con toda la nieve que hay, Nando.

—Entonces me quedaré allí a pasar la noche.

—Me voy contigo. No quiero quedarme sola.

—No van a volver, no te preocupes. Es mejor que esperes aquí a Eva y a Yasser. Yo me largo ya.

Por absurdo que fuera, habían tenido desde el primer momento armas al alcance de la mano y a ninguno de ellos se le había ocurrido cogerlas. En lugar de eso, las habían utilizado para escribir un mensaje cuando no había lectores para él.

Nando cogió los cuchillos más afilados que había en el refugio y tiró los demás cubiertos detrás del pequeño edificio, donde el otro grupo no los encontraría si decidía buscarlos. A partir de ahora llevaría siempre un cuchillo consigo, y nadie volvería a pegarle como había hecho Luke esa mañana.

A pesar de que empezó a anochecer cuando todavía estaba allí, no quiso dormir en el refugio. Era arriesgado volver al campamento sin luz suficiente, pero se encontraba tan alterado que se puso en camino.

A las dos horas la oscuridad era tanta que Nando sintió que avanzaba a ciegas y que podría caer en cualquier agujero que se abriera a sus pies.

Volvió a maldecir a Luke y a los que se habían ido con él.

* * *

Llegó pasada la medianoche. Yasser, Paula y Eva continuaban despiertos, sentados alrededor de la hoguera. Los tres se levantaron de un salto al verlo aparecer. Por un instante, Nando temió que Eva le daría una bofetada, como ya había hecho en una ocasión pasada, pero todo lo que ella hizo esta vez fue preguntarle:

—¿Cómo estás, Nando?

Por única respuesta, el chico depositó ante sus compañeros el paño con que había envuelto los cuchillos, excepto el que llevaba sujeto con la cinturilla del pantalón.

—¿Cómo estoy? Decidido a evitar que vuelvan a atacarnos. Nos defenderemos si vuelven a venir por aquí. Luke ha roto el grupo, pero no podemos permitir que se convierta de pronto en un dictador. No volverán a robarnos nuestras cosas.

Además de tener cada uno de los cuatro siempre a mano un cuchillo y una lanza, idearon un plan para proteger su campamento. Por un lado, reanudarían con nuevos bríos la construcción de la empalizada, aun a sabiendas de que terminarla les llevaría meses (más ahora que eran menos los que trabajaban en ella), y mientras tanto crearon toda una serie de trampas que, en realidad, solo servirían para advertirles de que alguien se acercaba. Ni siquiera estaban convencidos de que fuera práctico, pero su enfado los llevó a cavar fosas alrededor del campamento, en puntos que consideraron estratégicos. No fue nada fácil, dada la dureza del terreno, pero se esforzaron en que cada una de esas fosas tuviera al menos un metro de profundidad, o más si era posible, y luego las taparon para ocultarlas a la vista. Marcaron los troncos de los árboles más próximos a cada trampa con una equis y trazaron un camino seguro que se aprendieron de memoria y que les permitiría llegar sin contratiempos a la letrina y al río.

Solo cuando ya habían hecho una cuarta parte de los agujeros que se habían propuesto, a Yasser se le ocurrió comentar que tal vez fuera una pérdida de tiempo.

—Puede —reconoció Nando—. Pero algo tenemos que hacer, ¿no? Está claro que las fosas no impedirán que vengan, pero sí pueden servir para avisarnos. Si alguien cae en una de ellas, el susto le hará gritar, y nos enteraremos.

También acumularon en el interior de la empalizada piedras de un tamaño y un peso apropiado para convertirlas en armas arrojadizas. Tras el robo de la tienda y las agresiones, no estaban dispuestos a permitir que el grupo de Luke se acercase más de la cuenta. Ellos habían iniciado las hostilidades, y a partir de ahora los bombardearían a pedradas en cuanto los vieran venir.

—No los atacaremos —dijo Eva—, pero sí nos defenderemos para que se enteren de que no pueden venir cada vez que les dé la gana y quitarnos nuestras cosas.

—Os dais cuenta, ¿no? —murmuró Paula, en voz baja.

—¿De qué, Paula? —la interrogó Yasser.

La chica mostró las palmas de sus manos como si fuera algo evidente:

—Somos los restos de la especie humana en el planeta. Que

sepamos, al menos. Los ocho supervivientes de la pandemia. Y no se nos ha ocurrido nada mejor que pelearnos entre nosotros.

—Han sido ellos —indicó Yasser.

—Sí, pero da igual, eso da igual. Tal y como yo lo veo ahora mismo, los seres humanos nos merecemos la extinción. —Se sacudió la tierra que se había adherido a sus manos al tiempo que se le humedecían los ojos—. Empezamos bien, creamos una comunidad en miniatura y nos repartimos las tareas, pero mirad qué poco hemos tardado en liarnos a luchar.

—Eso ve y cuéntaselo al elfo —gruñó Nando.

—Sí, ya sé que han sido ellos los que nos han atacado —siguió Paula—, y también estoy de acuerdo con que tenemos que defendernos. No tenemos otra opción. Solo digo que el planeta no nos echará de menos.

Los días se sucedieron sin que los dos grupos entrasen de nuevo en contacto. El invierno se intensificó, las lluvias y las nevadas se fueron alternando con días en los que el cielo se presentaba limpio por completo y el aire era claro bajo un sol que brillaba, pero se mostraba incapaz de calentar. El frío era tanto que hería. Les costaba reunir los ánimos suficientes para salir a cazar, pero no les quedaba más remedio que hacerlo, por mucho que lo que de verdad deseasen fuera quedarse dentro de las tiendas, cubiertos con los sacos de dormir y las mantas que habían cogido del refugio.

Para empeorar las cosas, a menudo las largas jornadas de caza no daban ningún resultado. Los animales sabían esconderse, e incluso los peces parecían haber disminuido en número, con lo que la moral de los chicos no hacía otra cosa que hundirse un poco más cada día.

Se sentían desolados y desesperados, temerosos de que si no empezaban a subir las temperaturas les costaría mucho sobrevivir al invierno.

Alguien sugirió que quizá en primavera les convendría buscar un emplazamiento diferente para el campamento, un lugar donde cazar no resultase tan difícil, pero la primavera se antojaba tan lejana que ninguno pensó mucho en esa idea. Sus prioridades eran conseguir comida y mantener el fuego ardiendo.

* * *

Un día Eva cayó en la cuenta de que ya hacía semanas desde que habían debido pasar las navidades, y también su propio cumpleaños, pues era a mediados de enero.

—Pero enero ya no existe, y hace años que no celebro las navidades. Sentía que era una obligación estar feliz y sonreír todo el tiempo, aunque por dentro estuvieras asqueada.

—¿Os habéis fijado lo rápido que hemos dejado de contar el tiempo? —dijo Nando—. Antes del virus mirábamos la hora cada dos por tres, y ahora no sabemos ni en qué día de la semana vivimos, ni siquiera en qué mes estamos.

—Yo solo quiero que deje de hacer frío —murmuró Paula, encogida frente a la hoguera—. No me importa nada más, solo quiero que se acabe este frío.

Sus palabras, solo unos días más tarde, sonaron a premonición.

La búsqueda de madera que pudiera alimentar el fuego se hizo tan trascendental como la caza. Estaban en un bosque, pero no disponían de ninguna herramienta que les permitiera talar un árbol; lo intentaron con uno de los cuchillos que Nando había cogido del refugio, pero lo único que consiguieron fue que la hoja de acero se partiera en dos. Se tenían que conformar con arrancar las ramas más delgadas y, sobre todo, con recoger toda la madera que localizasen en sus caminatas diarias.

Un día en el que Eva y Nando, acompañados por Gacela y Lobo, se encargaron de la caza, Yasser decidió alejarse hacia el sur para recolectar palos y Paula quedó encargada de la pesca.

Aunque las circunstancias la habían obligado a espabilar en muchos sentidos, seguía siendo la más torpe del grupo, así que eran muy pocas las veces que se unía voluntariamente a las expediciones de caza. Prefería ocuparse de la cocina y, si acaso, de la pesca. Ahí solía bastar con asegurar las cañas que habían construido y esperar a que alguno de los hilos se tensase, señal de que un pez había picado el anzuelo. De cebo empleaban lombrices o alguna araña, o un trozo diminuto de carne de conejo.

Esa mañana, tras una hora larga en el sitio de costumbre, decidió recoger las tres cañas que tenían y desplazarse río abajo por si la suerte de una vez le sonreía un poco. Estaba desganada, pero sabía que tenía que cumplir con su parte, no quería que ninguno de sus compañeros pudiera echarle nada en cara. Sospechaba que a ella le tolerarían menos errores que a otros, esa sensación de inferioridad siempre la acompañaba y no podía deshacerse de ella. Antes de la pandemia se había rebelado contra el mundo y contra todos, pero ahora ya no podía hacerlo, no quería quedarse sola.

Llegó a un punto donde el curso del río se ralentizaba y formaba una pequeña ensenada delimitada en uno de sus lados por los árboles y en el otro por una formación rocosa. Colocó las cañas y se sentó en una de las rocas más altas, desde donde podía vigilar los anzuelos.

Al rato se descubrió a sí misma pensando en Germán. Si uno de los chicos del grupo le parecía atractivo era él, pero precisamente había tenido que ser Germán el que le diera aquella bofetada. Idiota.

Algo captó su atención por el rabillo del ojo: uno de los hilos acababa de tensarse. Por fin habían picado. Trató de levantarse a toda prisa, pero la suela de su zapatilla patinó con la humedad y de repente

vio el estanque por encima de ella, como si el mundo se hubiera dado la vuelta. Apenas tuvo tiempo de comprender que era ella la que estaba cabeza abajo.

Su frente impactó contra el borde de otra roca justo antes de caer al agua y hundirse.

No perdió el conocimiento del todo, pero quedó tan aturdida que tardó varios segundos en reconocer lo que estaba pasando, y mientras tanto continuó descendiendo hacia el fondo de la ensenada. En su mente el agua helada se transformó en una mortaja verdosa. Braceó para despojarse de ella, necesitaba salir de la mortaja. Su cuerpo dejó de hundirse y empezó a ascender, aunque la superficie parecía increíblemente lejana.

Tenía que ser una ilusión, no podía haberse hundido tanto. Extendió los brazos hacia arriba, como si pudiera agarrarse a algo que le permitiera auparse, pero sus dedos no hallaron nada. Tuvo la idea absurda de que el tiempo se había detenido, de que, como ya no prestaban atención al calendario, los relojes habían dejado de funcionar justo cuando ella había quedado sumergida por la caída.

Empezó a dolerle el pecho, sus pulmones se contraían vacíos de aire. ¿Y qué era aquello rojo que flotaba delante de sus ojos? Un destello de lucidez le hizo entender que era su propia sangre, manando de la herida de su frente.

Boqueó y tragó agua, tosió y de pronto era aire lo que penetraba en su boca y en sus fosas nasales. Había sacado la cabeza y palmoteaba nerviosa para no volver a hundirse. Estaba segura de que no tendría fuerzas para salir a flote una segunda vez.

Encontró un asidero en las mismas rocas de las que había caído, pero no pudo trepar por ellas, tenía que conseguir llegar hasta el lugar donde había puesto las cañas, allí la orilla era menos escarpada. Sin embargo, el agua estaba tan fría que parecía sólida, y sus brazos y sus piernas se negaban a obedecerle. Todo le dolía. En especial la cabeza, que no cesaba de sangrar.

Estuvo a punto de rendirse al verse incapaz de recorrer los metros que le separaban del terreno seco, pero se negó a quedarse allí. Nadie la iba a ayudar, tenía que salvarse por sí misma, tenía que obligarse a sobrevivir una vez más. Gritó, pero no para pedir auxilio, sino para darse ánimos, para rebelarse otra vez contra todo.

Cuando logró salir, todo su cuerpo temblaba y se convulsionaba.

Solo pudo arrastrarse fuera del agua y quedarse allí, tumbada de lado, tosiendo y tiritando. Los dientes le castañeteaban con tanta violencia que temió que se le quebrarían en pedazos.

Fuego. Necesitaba llegar al campamento, a la hoguera, necesitaba secarse o moriría congelada. No podía conformarse con cambiar morir ahogada por morir congelada.

Puso las palmas de las manos en el suelo y empujó para incorporarse. Si esperaba más, ya no podría levantarse. Cada segundo que pasaba, notaba cómo su voluntad la abandonaba.

Ya estaba de pie, ahora tocaba mover los pies uno detrás del otro. Primero el derecho. Era un primer paso, intentó calcular cuántos le separaban del fuego. Demasiados. Sus músculos estaban tan agarrotados que el más simple de los movimientos le exigía todas sus energías.

* * *

Yasser había regresado con un buen cargamento de madera y había alimentado la hoguera. Después fue al río y se extrañó al no encontrar a Paula. Volvió junto al fuego y se sentó allí. Casi nunca era él quien se quedaba a esperar a los demás, así que no pasaría nada porque lo hiciera una vez.

* * *

Cuando Paula llegó, hacía más de una hora desde que había resbalado y caído a la ensenada. Todo el invierno se le había metido dentro y no pensaba soltarla.

—¡Paula! —exclamó Yasser, corriendo hacia ella—. ¿Qué te ha pasado?

Paula se dejó caer de rodillas. Las palabras no podían salir de su garganta. Se desplomó hacia delante y Yasser acertó a sostenerla justo antes de que su cara se golpease contra el suelo.

—¡Paula! —La cogió en brazos y la llevó hasta el borde mismo del fuego—. Paula, tienes que cambiarte de ropa. ¿Me oyes? ¡Paula, no te duermas!

Pero ella ya no le oía, así que Yasser se abalanzó al interior de la tienda que compartían las chicas y salió con todas las mantas que encontró dentro.

—Paula, te voy a quitar la ropa, ¿me estás oyendo? La tienes completamente empapada, o te la quito o te congelas. —«Si no te has congelado ya», pensó.

La desnudó y la envolvió en las mantas, le limpió la herida de la cabeza lo mejor que pudo y le puso una venda. Luego se tumbó a su lado y la abrazó para transmitirle todo el calor que pudiera.

–Cuando la cogí en brazos, parecía un bloque de hielo —les explicó Yasser a Nando y a Eva cuando estos volvieron a media tarde.

Paula no había recuperado el conocimiento todavía, ni había dado muestras de saber lo que sucedía a su alrededor. Continuaba sintiendo el agua gélida envolviéndola, su mente la engañaba diciéndole que no había conseguido salir a la superficie.

—¿Cómo se cayó? —preguntó Eva.

—Ni idea. No ha dicho nada. Solo tuvo fuerzas para llegar hasta aquí.

Decidieron permanecer despiertos toda la noche para cuidarla.

De madrugada le subió la fiebre y tuvo convulsiones. Más tarde pareció despertar, pero las pocas frases que pronunció sonaban incoherentes y casi ininteligibles. Hablaba del agua y las piedras, y de las cañas de pescar. Después de eso volvió a quedarse dormida.

—Necesita medicinas —dijo Eva.

—No tenemos —contestó Nando.

—Ya sé que no tenemos, pero ella las necesita.

—¿Y qué propones, que bajemos al pueblo a cogerlas?

—¿Os podéis callar? —exclamó Yasser—. No vamos a ir al pueblo, el pueblo está vedado, ¿entendido? Nos tenemos que quedar con ella y darle calor. Se pondrá bien. Se pondrá bien.

Nando y Eva asintieron, pero al mirar a Paula no tenían nada claro que fuera a ponerse bien. En su rostro se había petrificado una mueca de sufrimiento.

Antes del amanecer habló unas cuantas veces más, frases sueltas que brotaban de sus labios. Los demás le hicieron preguntas, pero no pudo oírlos.

Por la mañana, Nando se ofreció a encargarse él solo de la caza para que Eva y Yasser cuidasen de Paula. Consiguió atrapar un conejo que había cometido la imprudencia de salir de su madriguera en el momento preciso en que él pasaba por allí, y como le pareció que era temprano decidió dar un rodeo y volver al campamento bordeando el río, por si así podía recuperar las cañas.

Las encontró donde Paula las había colocado, y en una de ellas seguía esperando el pez que había provocado que ella intentase levantarse y resbalase.

Con el conejo, el pescado y las tres cañas a cuestas, llegó al campamento. Eva estaba sentada con las piernas cruzadas y sostenía la cabeza de Paula sobre su regazo. Yasser no estaba a la vista. Nando imaginó que se habría metido en su tienda para descansar un poco.

—El menú de la casa: conejo y pescado —dijo, forzando una sonrisa en sus labios—. ¿Algún cambio por aquí?

Eva alzó la mirada y asintió en silencio. Entonces Nando dio un par de pasos más y se fijó en el rostro blanco de Paula. Demasiado blanco. El color del hielo y la nieve, y del invierno que se la había llevado.

—Yasser ha ido a cavar una tumba.

El entierro lo realizaron cuando ya anochecía. Yasser había escogido una hondonada para cavar la fosa, a un centenar de metros al este del campamento. Nando le ayudó a terminarla, y después Eva colocó un par de troncos de la hoguera a ambos lados. Depositaron el cuerpo de Paula en el agujero y lo cubrieron con tierra.

Después los tres se quedaron a los pies de la tumba hasta que el frío les aconsejó volver junto a la hoguera para no quedar ellos también congelados.

Esa noche Eva se quedó sola en su tienda por primera vez desde que habían salido del Centro el día que comenzaron la excursión, y la soledad se le hizo más intensa que nunca antes.

En la otra tienda, Yasser y Nando tampoco pegaron ojo.

—Creo que habría preferido estar en la ciudad cuando llegó el virus —susurró Yasser.

—¿Qué dices?

—¿Por qué no, tío? El virus habría sido más rápido que el invierno. Está claro que solo nos salvamos de la pandemia para morir despacio en vez de rápido, pero al final todos vamos a morir igualmente. Rivas, Tico, Paula, los demás acabaremos también como ellos antes de que llegue la primavera.

—¡Cállate! ¡Cállate de una vez, Yasser!

El azar volvió a unir a los dos grupos una semana después del entierro de Paula. Y entonces las cosas empeoraron. Aún más.

Ese día eran Eva y Yasser quienes trataban de cazar, y Nando dedicaba la mañana a pescar y a recolectar madera para mantener la hoguera encendida.

Avanzada la mañana, los cazadores tropezaron con unas huellas en la nieve. Tras inspeccionarlas, Yasser calculó que había tres animales.

—Jabalíes, como aquel que cazamos, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Diría que hay dos crías. Un adulto y dos crías, mira el tamaño de las huellas.

—Nos vendría de perlas coger a uno —dijo Eva, aunque no había olvidado la horrenda escena que se había producido cuando habían cazado al primer jabalí.

Siguieron el rastro mientras pudieron, pero unas decenas de metros más adelante la nieve daba paso a un terreno rocoso y en cuesta donde las huellas desaparecían.

—¿Y ahora qué? —preguntó Yasser—. ¿Ahora qué hacemos?

—Línea recta —contestó Eva—. Hasta aquí han venido más o menos en línea recta, no tienen por qué haber cambiado de dirección solo porque ya no pisan nieve.

Yasser le guiñó un ojo.

—Perfecto.

Apresuraron el ritmo con cuidado de no dar un mal paso y caer pendiente abajo. Sabían que los animales no podían estar muy lejos, pues en la nieve sus huellas aún eran frescas.

Los divisaron tras un peñasco, los tres avanzaban en fila, primero el jabalí adulto y tras él las dos crías.

—Mejor vamos a por uno de los pequeños —sugirió Yasser—. El adulto puede ser peligroso.

—Tenemos que hacer que se separen.

—Eso es. Los separamos y luego seguimos a una de las crías.

—Como idea está muy bien, pero ¿cómo lo hacemos?

Yasser frunció el ceño.

—No lo sé, pero lo hacemos rápido o se nos escapan.

Consiguieron su objetivo lanzando una lluvia de piedras sobre los tres jabalíes. Así lograron que el último se quedara muy rezagado, entonces saltaron hacia él, pero el animal se escabulló entre las manos de Yasser, giró en redondo y volvió a subir la ladera, mientras los otros dos huían cuesta abajo. Eva y Yasser corrieron tras él, cortándole el paso cada vez que el jabato giraba a uno u otro lado buscando una escapatoria.

Poco a poco redujeron la distancia, Yasser se preparó para arrojar su lanza, echó el brazo derecho hacia atrás y justo en el momento en que se disponía a atacar, fue otra lanza la que rasgó el aire y atravesó el cuello del animal, poniendo fin a su carrera. Yasser se detuvo en seco y miró a Eva para felicitarla por su puntería, pero la sorpresa lo dejó boquiabierto cuando descubrió que su compañera todavía sujetaba su propia lanza.

Eva soltó un exabrupto y le hizo un gesto con la barbilla para indicarle que mirase a su espalda, a lo alto de unas rocas. Allí estaban Alicia, Luke y Germán. Había sido Alicia quien había ensartado al jabato, y ahora los tres gritaron de júbilo y emularon una danza de la victoria que a los otros dos se les antojó una burla.

—¡Era nuestro! —aulló Yasser—. Estábamos a punto de cazarlo.

Luke se interpuso entre ellos y el animal muerto.

—Hemos sido nosotros los que lo hemos matado. Es nuestro. —Solo fue un gesto, pero a ninguno de los presentes les pasó inadvertido cómo Luke sujetaba su lanza hacia el frente, apuntando hacia Yasser.

—Hay suficiente para repartirlo —dijo Eva—. Es una cría, pero lo bastante grande para compartirla entre todos.

Luke y Germán soltaron una carcajada.

—Quedan otros dos, ¿no? Cazadlos, porque este es nuestro.

—¡Os habéis aprovechado de nuestro esfuerzo! —insistió Yasser.

Luke dio una zancada hacia delante y levantó su lanza hasta que la punta quedó a escasos centímetros del rostro del marroquí:

—¿Algún problema con eso?

Germán le pasó su lanza a Alicia y cogió al jabato.

—Vámonos.

Alicia le guiñó un ojo y le dio a continuación una palmada en la espalda a Luke.

—Sí, vámonos. Ya tenemos comida para varios días.

Los tres se retiraron, y Eva les gritó:

—Paula está muerta, por si os interesa saberlo.

Los otros se pararon un instante, pero solo Alicia se giró para preguntar:

—¿Muerta? ¿Cómo?

—¿De verdad te importa?

Alicia meditó un segundo, luego negó con un gesto.

Ese día en el campamento del bosque pasaron hambre. La pesca no se le había dado bien a Nando, y tras la pérdida del jabato Eva y Yasser no encontraron ninguna otra presa.

—Sabéis lo que está pasando, ¿no? —escupió Yasser, con rabia—. Está claro. —Eva asintió mientras colocaba un leño más en la hoguera. Nando no dijo nada, solo miró a su compañero—. Vinieron y nos robaron, ahora nos quitan una presa que era nuestra, que ya estábamos a punto de atrapar. Si no se la devolvemos de alguna manera, pensarán que pueden hacerlo otra vez. Y otra. Y otra, y otra, y otra. Primero rompieron el grupo, ¿por qué? Porque se creen mejores que nosotros, por eso. Nos pisarán. Siempre que les apetezca hacerlo, nos pisarán.

—No les dejaremos hacerlo —respondió Nando.

—¿De verdad? —dijo Yasser—. ¿Y cómo lo vamos a hacer?

Eva y Nando se miraron sin decir nada, y Yasser continuó:

—Os lo digo yo: o atacamos, o nos atacarán ellos.

—¿Eso es lo que quieres, que empecemos una guerra?

—Para eso cogiste los cuchillos del refugio, ¿o no?

—Los cogí para defendernos.

—Atacar es defendernos, Nando.

—No sé yo si quiero hacer eso —dijo Eva.

—Entonces te diré lo que va a pasar: nos acabaremos convirtiendo en sus esclavos. Yo no crucé el Estrecho para ser esclavo de nadie.

Nando cogió su cuchillo y trazó varias líneas en el suelo.

—Hablemos con ellos antes —dijo—. Vamos a reunirnos y a ofrecerles un pacto. Podemos repartirnos el territorio, una parte de la montaña para cada grupo.

—No lo aceptarán, ¿no os dais cuenta?

—Ya, yo tampoco creo que lo acepten —convino Nando—. Pero...

—Pero ¿qué?

Nando miró a Eva antes de contestar:

—Pero hagámoslo. Hagámoslo antes de atacar. Les ofrecemos el trato, un coto de caza para cada uno. Si lo aceptan, bien; si no, dejaremos de pensar que podemos volver a estar todos juntos.

—Me parece bien —confirmó Eva.

—No lo aceptarán —repitió Yasser—. Ofrecédselo, si es lo que queréis. Id a buscarlos y hacedles vuestra oferta. Ya os digo yo que no la van a aceptar. O, si la aceptan, será para daros la peor zona. La zona donde no hay nada que cazar.

—Si pretenden hacer eso, seremos nosotros los que no aceptaremos.

Yasser le sostuvo la mirada a Eva y terminó asintiendo.

—Vale, lo haremos así.

* * *

En el campamento de las ruinas de Grandesa se dieron un festín. Entre Saray y Germán prepararon y cocinaron la carne del jabato, y los cuatro comieron hasta que quedaron tan saciados que apenas podían moverse.

Se rieron un rato burlándose de las caras que habían puesto Yasser y Eva cuando les quitaron la presa delante mismo de sus narices. Después, Luke inició una batalla con bolas de nieve y, pese a las protestas iniciales de Saray, todos acabaron corriendo de un lado para otro esquivando balas blancas y lanzando a su vez otras.

Cuando se cansaron regresaron junto al fuego, y poco más tarde cada pareja se metió en su tienda de campaña. Hasta cierto punto se sentían felices. Era extraño, no querían pensar mucho en ello, pero sí, se sentían felices. O algo parecido. Pese a todo.

* * *

En mitad de la noche, Germán se despertó de golpe. Tenía un maremoto en su estómago y amenazaba con desbordarse. Se abalanzó afuera y se alejó a la carrera unos metros, pero enseguida se dobló por la cintura y un torrente de vómito le subió por la garganta.

Intentó erguirse, pero no le quedó más remedio que inclinarse

otra vez y buscar un apoyo para no caerse de bruces. Los ojos le iban a estallar, mientras su vientre se contraía como si no le perteneciera y las piernas le temblaban, incapaces de sostenerle.

Permaneció así cinco eternos minutos, preguntándose cuándo su estómago se vaciaría por fin.

Luego se dejó caer hacia atrás hasta quedar sentado, con el mundo dándole vueltas y las sienes palpitándole. Sudaba y al mismo tiempo sentía un frío atroz dándole mordiscos.

No fue hasta que logró ponerse en pie cuando descubrió a Saray a poca distancia, vomitando como acababa de hacerlo él. Segundos después, Alicia y Luke también se vieron obligados a salir a la carrera para no vaciar su estómago en el interior de sus tiendas.

—¿A todos nos pasa lo mismo? —preguntó Germán, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Qué ocurre?

Fue Saray la que sugirió la opción más lógica:

—El jabalí. ¿Estaría enfermo?

* * *

Por la mañana cayó la nevada más larga e intensa de aquel invierno. También sería la última, pero eso ellos no lo sabían. Lo único que pensaban al contemplar cómo el mundo se cubría de blanco era que el clima se había conjurado contra ellos.

La situación en las ruinas empeoró con el paso de las horas. A los cuatro les subió la fiebre y les dolían las piernas y los brazos, siguieron vomitando de vez en cuando y sufrieron también episodios de diarrea. No tenían dudas ya de que la causa era la cría de jabalí que le habían arrebatado al otro grupo. No sabían exactamente qué, pero algo en la carne del jabato los había hecho enfermar.

Saray y Germán eran los que se encontraban en peor estado. Luke y Alicia estaban algo mejor, pero no lo suficiente como para dedicarse a la caza o a la pesca. Ni ese día ni los siguientes tuvieron nada sólido que llevarse a la boca, pero tampoco podían pensar en comer. La sola idea les producía arcadas.

El malestar, en lugar de menguar, iba en aumento. La fiebre apenas les daba respiro, la cara se les hinchó a todos, sobre todo alrededor de los ojos, y sentían dolores en músculos que ni siquiera

sabían que tenían. En el pecho y en los antebrazos les aparecieron sarpullidos y leves decoloraciones de la piel, lo que les hizo temer que su enfermedad no tuviera que ver con el jabato. Tal vez se tratase de otra cosa, tal vez el virus se hubiera extendido al fin hasta la montaña.

Germán no podía levantarse, el más ligero movimiento le hacía gemir de dolor. Alicia procuraba cuidar de él, pero las más de las veces se limitaba a tumbarse e intentar dormir.

—Si es el virus, estamos muertos, ¿verdad? —farfulló Germán.

Ella no respondió. No porque no le oyera, sino porque no quiso hacerlo. Recordó el otro día, cuando Eva les dijo que Paula había muerto. La noticia la había sorprendido por inesperada, pero no podía engañarse a sí misma diciendo que la hubiera entristecido. No la había afectado, y no entendía por qué. Se preguntó cómo era eso posible. ¿Qué les había pasado para que la muerte de una compañera no les afectase apenas?

Y ahora eran ellos los que parecían más muertos que vivos.

Alicia se encogió para formar un ovillo dentro de su saco de dormir. Se cubrió la cabeza para que Germán no oyera su llanto.

* * *

Abrió los ojos. Tenía la molesta sensación de que se le había metido arena debajo de los párpados. Un enorme puñado de arena.

Alguien hacía ruido fuera de la tienda. Miró a Germán, que estaba quieto, boca arriba. Le puso la mano en el pecho para percibir su respiración. Sí, estaba vivo. Todavía.

A duras penas salió del saco y asomó la cabeza por la abertura de la cremallera. Era Luke el causante del ruido. Pateaba la nieve y maldecía su mala suerte, gemía, gruñía y maldecía de nuevo.

—¿Qué pasa, Luke?

—¿Qué pasa? Se nos ha apagado el fuego, ¡eso es lo que pasa! Se ha apagado la puta hoguera.

Alicia se reunió con él.

—Pues hay que encenderla de nuevo.

Luke la miró fuera de sí.

—¿Qué te crees que he estado intentando durante una hora? La madera está congelada, no hay forma de hacer que prenda.

—Déjame el mechero, yo lo intento.

Luke le enseñó el mechero que tenía en la mano. Lo accionó varias veces, y solo consiguió emitir unos breves e inútiles chispazos.

—Se ha acabado. —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Cómo hemos sido tan imbéciles? Sin fuego estamos perdidos.

—Lo encenderemos, tranquilo. Lo encenderemos.

Luke pateó un montículo de nieve.

—Vale. Enciéndelo tú, Alicia, porque yo ya te digo que no puedo.

Alicia cogió el mechero y se arrodilló ante las cenizas de la hoguera. Luke tenía razón: no había nada que estuviera seco.

No tardó en darse por vencida. Ramón les había enseñado a encender un fuego con dos palos, pero estaba todo tan mojado que era imposible.

—Vaya mierda.

—¿Se nos ha acabado la suerte, Luke?

—¿Qué suerte? ¿Desde cuándo no tenemos suerte, Alicia? No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve un golpe de suerte.

—¿Cómo está Saray?

Luke soltó un bufido cuando el castañeteo de los dientes se lo permitió.

—Más muerta que viva —dijo—. O eso me parece. ¿Y Germán?

—Igual.

—Y tú y yo no estamos mucho mejor. Enfermos, sin fuego, ni comida, cubiertos de nieve... Sí, Alicia, si lo que teníamos hasta ahora podía llamarse suerte, se nos ha acabado.

La temperatura ascendió un poco, lo bastante para que la nieve se licuara en su camino desde las nubes hasta el suelo. Pero la lluvia era aún más molesta que la nieve. Embarró el suelo y empapó todo, absolutamente todo.

Germán y Saray no mejoraban, al contrario. Alicia y Luke al menos podían sostenerse en pie. Con dolores, fiebre y escalofríos, pero en pie.

Encender el fuego era por el momento tarea imposible, así que decidieron esperar a que la madera se secase, pero no podían retrasar por más tiempo la búsqueda de alimento.

—¿Los dejamos solos? —inquirió Alicia, señalando con un gesto hacia las tiendas.

Luke hizo un mohín. Se sentía miserable y desganado.

—¿Quieres quedarte con ellos? Quédate.

—¿Podrás cazar tú solo?

Luke negó con la cabeza.

—No tengo ni fuerzas ni ánimos para estar buscando un conejo que lo más seguro es que no encuentre. Iré a pescar. Eso puedo hacerlo solo.

Alicia asintió.

—¿No dicen que cuando llueve se suele dar mejor la pesca?

El otro se encogió de hombros, recogió las cañas y se encaminó hacia el río.

* * *

La nevada y la lluvia posterior habían dejado en suspenso el plan de Nando y Eva de negociar con el otro grupo. En cuanto notó que la tormenta amainaba, Yasser se puso en marcha sin avisar a sus compañeros. Pese a que había fingido que aceptaba su propuesta, no estaba dispuesto a negociar nada con Luke. Tal y como él lo veía, hacerlo era rebajarse, y eso no iba con él. Yasser no había abandonado su país y había cruzado el mar para humillarse ante nadie.

El invierno terminaría tarde o temprano, y con la llegada del buen

tiempo sería el momento de plantearse la posibilidad de buscar otro lugar donde establecerse. Otro campamento. Otra montaña. Entonces Germán, Alicia y Saray podrían quedarse toda esta montaña si lo deseaban, pero Luke no. Él no.

Llevaba consigo una de las lanzas y uno de los cuchillos afilados que Nando había cogido del refugio.

* * *

A solas en la ribera del río, Luke colocó las cañas y se sentó a esperar a cubierto de un peñasco. Estaba empapado, pero eso no le importaba ya. Se había acostumbrado a la humedad.

Lo que sí le importaba era el vuelco que habían dado las cosas. Llevaban días enfermos y no sabían con certeza la razón. Luke solo sabía que jamás se había encontrado tan mal y durante tantos días seguidos. No era una gripe ni un resfriado, eso seguro. Si se trataba del virus que había matado a todo el mundo, ¿por qué seguían ellos vivos? Podía ser una buena señal, la confirmación de que el virus había perdido potencia. O, más bien, el hecho de que siguieran con vida podía significar que no era el virus lo que les había hecho enfermar. ¿Entonces? ¿El maldito jabato que les habían arrebatado a los otros? ¿Podía una indigestión hacerlos sentir tan mal?

Fuera lo que fuera, estaba por apostar a que Saray y Germán no sobrevivirían. Él sí. Alicia también. Pero Saray y Germán eran dos moribundos. Y no quería perder a Saray.

Seguramente en la ciudad Saray y él no hubieran durado juntos más que unas pocas semanas, Luke no era de formar pareja estable, pero allí en la montaña todo era diferente.

Si ella moría… No quiso concluir esa corriente de pensamiento. No quería pensar en más muertes. Cuando el mundo terminó, ellos eran diez. Luego cayeron Tico y Rivas, y más tarde Paula. Si Germán y Saray también morían…

Oyó unos pasos sobre los guijarros que bordeaban aquel lado del río. La lluvia casi había parado por completo, solo quedaban unas gotas colgando del aire. ¿A qué venía Alicia? ¿Por qué había dejado a los otros dos solos?

Pero no fue a Alicia a quien vio cuando giró el cuello.

—¿Qué haces tú aquí?

—Tú y yo tenemos asuntos pendientes, elfo —contestó Yasser—. Llevo un buen rato buscándote.

* * *

Alicia pensó que llevaba demasiado rato junto a Germán y que debía echarle un vistazo a Saray. Cada uno de ellos estaba en una tienda, y aunque ella y Luke habían mencionado la posibilidad de meterlos en una misma, a modo de enfermería, al final habían preferido mantenerlos como estaban, porque el solo hecho de transportar a uno ya le producía un gran sufrimiento y porque ellos mismos querían estar con su pareja respectiva por las noches.

Desde que Luke había ido al río, ella se había sentado con las piernas cruzadas al lado de Germán y le había hablado. Ahora no podía recordar de qué había hablado, porque había dicho todo lo que se le pasaba por la cabeza solo para que el silencio no la derrotase. Sabía que en los hospitales se solía recomendar a los familiares de los enfermos, incluso de aquellos que se encontraban en coma, que les hablasen. Eso era lo que ella había hecho, pero dudaba mucho que Germán hubiera escuchado ni una sola palabra. Tenía los ojos cerrados y respiraba de forma entrecortada, el sudor le perlaba la frente y las mejillas, y su pecho apenas se movía, como si su corazón latiera con escasez de energías.

Alicia no tenía conocimientos de medicina, pero le parecía obvio que a Germán solo le quedaban unas horas de vida como mucho. En cualquier momento podría apagarse.

Le besó con suavidad en los labios, que estaban fríos pese al calor que emanaba del resto de su rostro.

—Voy a asomarme para ver qué tal está Saray —dijo.

Fue entrar y salir. Y correr hasta uno de los muros que se mantenían aún en pie y vomitar al otro lado.

Saray había muerto. Mientras ella hablaba con Germán, la enfermedad había terminado de conquistar el cuerpo de Saray. Por mucho que hubiera intuido próxima la muerte, la visión del cadáver de su compañera le había revuelto el estómago.

—Necesitamos una tumba —sollozó, tras limpiarse la boca con la manga. Enseguida se corrigió a sí misma, mirando su propia tienda de campaña—: Necesitamos dos tumbas.

* * *

Al ver que Luke estaba desarmado, Yasser arrojó a un lado su lanza.

Luke se incorporó. Detestaba a aquel chico que tenía delante, y, si había venido a buscar pelea, la iba a encontrar. Por mucho que él no se encontrase en buenas condiciones, no pensaba rebajarse a pedirle al marroquí que dejasen sus diferencias para otro día.

En la última ocasión en la que se habían liado a puñetazos, él había salido perdiendo; y ahora estaba enfermo, así que si quería tener alguna oportunidad de vencer, tenía que golpear primero. Y quizá hacer trampas.

—¿Sabes? —dijo Yasser—. Nando y Eva han pensado en ofreceros un trato. A ellos les gustaría que todos nos llevásemos bien, o al menos como antes, pero como vosotros quisisteis romper el grupo ahora se les ha ocurrido que podríamos partir la montaña en dos y quedarnos cada uno una parte. Así ni nos veríamos, ni nos molestaríamos para cazar. Pero... Es que yo...

—¿Tú qué? —se impacientó Luke.

—Yo paso de acuerdos, tío. Vosotros elegisteis iros, luego nos quitasteis una tienda, y después encima nos robasteis el jabalí que Eva y yo estábamos a punto de cazar...

—Si pudiera retroceder en el tiempo, te lo serviría en bandeja —le interrumpió Luke—. Todo el maldito jabalí para ti, enterito.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Yasser.

A Luke le temblaron los labios. No quiso responder, pero sus profundas ojeras, la hinchazón que todavía le deformaba la cara, la palidez, todo eso fue suficiente respuesta.

Yasser soltó una carcajada. Él sabía que la carne de un animal salvaje, y en especial la de un jabalí, podía resultar peligrosa y transmitir a los humanos una enfermedad terrible, la triquinosis.

—Como te digo, yo paso de llegar a acuerdos con vosotros. No voy a hacer las paces con un elfo ladrón.

La risotada de antes ya había sido detonante suficiente, aquel último insulto solo supuso el colofón. El puño de Luke dibujó una

parábola en el aire hacia la mandíbula de Yasser, pero este esperaba el movimiento, se echó hacia atrás y hacia la derecha, y contraatacó con una patada directa a la cadera del otro.

Un momento después los dos rodaban por el suelo, abrazados como dos amigos que se reencuentran, golpeándose y arañándose como dos enemigos irreconciliables. Luke llevaba las de perder, lo había sabido desde el principio y se lo confirmaba cada nuevo puñetazo que recibía. Se soltó como pudo de su contrincante, trastabilló hacia atrás y fingió que caía de rodillas. Apoyó las manos en el suelo, y mientras Yasser tomaba aire para lanzarse de nuevo sobre él, palpó la tierra húmeda en busca de una piedra adecuada.

Yasser dio dos veloces zancadas, sin ver el movimiento que Luke hacía con su brazo derecho, y se encontró con una mancha negra que volaba hacia él. La piedra le dio de lleno en la nariz y se la aplastó. El marroquí soltó un alarido de dolor y se llevó las manos a la cara.

Luke era consciente de que solo con piedras podría ganar. Cogió otra, del tamaño de su puño, corrió hacia Yasser, lo agarró por las piernas y lo hizo caer de espaldas. Estaban en la orilla, y la cabeza de Yasser quedó casi sumergida. Sentado sobre él, Luke levantó el brazo y golpeó con todas las fuerzas que le quedaban. La piedra abrió una herida profunda en la frente del marroquí.

Luego levantó el brazo otra vez.

Yasser logró sujetarle con su mano izquierda, y con la derecha sacó el cuchillo que llevaba bajo la camisa, sujeto con la cinturilla del cinturón.

Luke se removió para liberar su brazo. Quería golpear de nuevo, estrellar la piedra otra vez en la frente de Yasser, abrirle la cabeza, pero lo que se abrió fue su costado. Se abrió un tajo en su piel y le entró una corriente de aire frío. Dejó de forcejear y buscó con la mirada la mano derecha de su rival. Se movía. La mano se movía como una cobra, con una velocidad endiablada, y le abría más y más tajos por los que no paraba de colarse el frío.

Ni siquiera sentía dolor, solo asombro.

Asombro porque comprendía que estaba muerto. Y no podía culpar a Yasser, porque de haber podido él habría hecho lo mismo.

Se desplomó hacia un lado y vio cómo Yasser se apoyaba en los codos, con la cara cubierta de sangre, y lo miraba. Estaba asustado,

Luke no sabría decir si porque había estado a punto de morir o porque una cosa era pensar en usar un cuchillo contra otra persona y otra muy distinta hacerlo.

Yasser se puso de pie. La nariz y la frente le chorreaban sangre. Todavía sostenía el cuchillo en su mano, lo apretaba con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Los dos habían estado dispuestos a matar al otro, pero solo uno podía ganar. Y había sido él.

O quizá no. Quizá ninguno de ellos pudiera ganar.

Oyó el grito por encima de los latidos de su propio corazón. Un alarido en el que palpitaban por igual la ferocidad, la rabia, el miedo más atroz, la incredulidad e incluso la impotencia.

Yasser bajó la mirada: de su pecho sobresalía la punta de una lanza. Miró por encima de su hombro y vio a Alicia, que todavía sujetaba la lanza que acababa de clavarle. Ella seguía gritando, como si cualquier palabra, cualquier pensamiento lógico se hubiera borrado de su cerebro. Había ido a avisar a Luke de la muerte de Saray y había llegado al río en el momento justo en que Yasser le clavaba el cuchillo por primera vez.

Un palmo de la lanza sobresalía del pecho del marroquí, casi un metro más por su espalda. Con su mano izquierda, Yasser tocó la punta. No era una ilusión, realmente lo atravesaba.

¿Es que todas sus victorias tenían que convertirse en derrotas?, pensó.

Levantó el brazo derecho y giró la cintura hacia atrás. La punta del cuchillo cortó el cuello de Alicia de lado a lado, sin que ella fuera capaz de reaccionar y apartarse.

Los dos se miraron durante unos segundos antes de que sus ojos se quedasen ciegos.

Las ruinas de Grandesa se convirtieron en un cementerio. Entre sus muros semiderruidos Eva y Nando cavaron cinco tumbas y tallaron en sendos trozos de madera los nombres de los que habían sido sus compañeros.

Cuando se dieron cuenta de que Yasser no estaba, cometieron el error de pensar que había decidido ir a cazar por su cuenta. Cuando pensaron que tal vez su propósito era otro, ya le habían concedido demasiada ventaja. Se armaron con una lanza y un cuchillo cada uno y se pusieron en camino.

Les dio la impresión de que el campamento estaba vacío, pero no tenía mucho sentido que los cuatro se hubieran ido, de modo que decidieron acercarse con precaución y dar unas voces. La hoguera apagada llamaba la atención. Como nadie contestó, se asomaron a las tiendas.

Germán aún respiraba, si se podía llamar así al sonido que emitía su boca entreabierta cuando el aire entraba y salía. Saray, en la otra tienda, ya estaba muerta.

A Eva se le humedecieron los ojos. Nando no daba crédito a lo que veía, así que ni siquiera reaccionó como su compañera.

—¿Y Luke y Alicia, dónde están? —murmuró Eva—. ¿Y Yasser?

Intentaron preguntarle a Germán, pero aquel sonido que brotaba de su garganta era el único indicio de que seguía con vida. No podía ya verlos ni oírlos.

Buscaron en los alrededores y finalmente fueron hasta el río, que no muy lejos de la vieja aldea de Grandesa refrenaba su avance en una serie de pequeños meandros. En uno de ellos encontraron a los otros tres.

Cavaron cinco tumbas en lo que quedaba de la aldea, porque al volver a las tiendas Germán se había cansado de respirar. Les llevó dos días de duro trabajo realizar las fosas con suficiente profundidad. Dos días en los que solo descansaron para regresar al bosque y alimentar la hoguera y en los que apenas hablaron entre ellos. Ninguno sabía qué decir.

La noche que separaba esos dos días, Eva le pidió a Nando que durmieran juntos.

—No quiero estar sola cuando se haga oscuro —dijo—. Ya bastante solos estamos como para meternos cada uno en una tienda.

Permanecieron abrazados hasta que el cielo volvió a clarear, dándose calor y tratando de disipar el vacío que los abrasaba desde dentro.

Por último, tallaron los cinco nombres en palos de madera que colocaron sobre las tumbas. Saray, Germán, Yasser, Luke y Alicia. Habían hecho lo mismo semanas atrás en la tumba de Paula. Los únicos que no tenían una tumba ni un trozo de madera con su nombre eran Tico y Rivas.

Cuando hubieron terminado, abandonaron Grandesa con la firme intención de no volver.

* * *

Durante varios días que parecieron repetirse de forma casi idéntica, reanudaron lo que habían estado haciendo en los últimos meses: pescar, cazar algún que otro conejo despistado, continuar con la construcción de la empalizada, más que nada para mantenerse ocupados.

Después de esa monótona sucesión de jornadas que no se molestaron en contar, una mañana se percataron, como quien despierta de un largo sueño, de que el sol brillaba con más fuerza. Ya apenas quedaba nieve en los picos más altos. El aire olía distinto.

La primavera se hallaba a la vuelta de la esquina.

Subieron a un punto elevado del terreno y se sentaron a contemplar su mundo. La montaña.

Lobo y Gacela los acompañaron.

—Vamos a tener que hacernos a la idea de que estamos solos —murmuró Nando—. Quedamos tú y yo, nadie más.

Algún tipo de pájaro alzó el vuelo desde la copa de un árbol cercano y al poco desapareció entre las ramas de otro.

—Si es así, vas a tener que cambiarte el nombre.

El chico la miró extrañado.

—¿Qué?

—Que vas a tener que cambiarte el nombre. Yo soy Eva. Tú tendrás que ser Adán.



Dicen que la convivencia crea lazos de afecto,
los crea y los fortalece, pero…
¿también ocurre en una situación extrema?
¿Qué pasaría si un virus acabase con toda la humanidad?
¿O prácticamente con toda?

Un grupo de diez chicos conflictivos
que cumplen condena en un Centro de Menores
se ve abocado a organizarse para sobrevivir.
Un virus mortífero se ha extendido por el mundo.
Están solos y apenas tienen comida.

-. --- / -- . / ...- . -. -.-. . .-. .- -.

